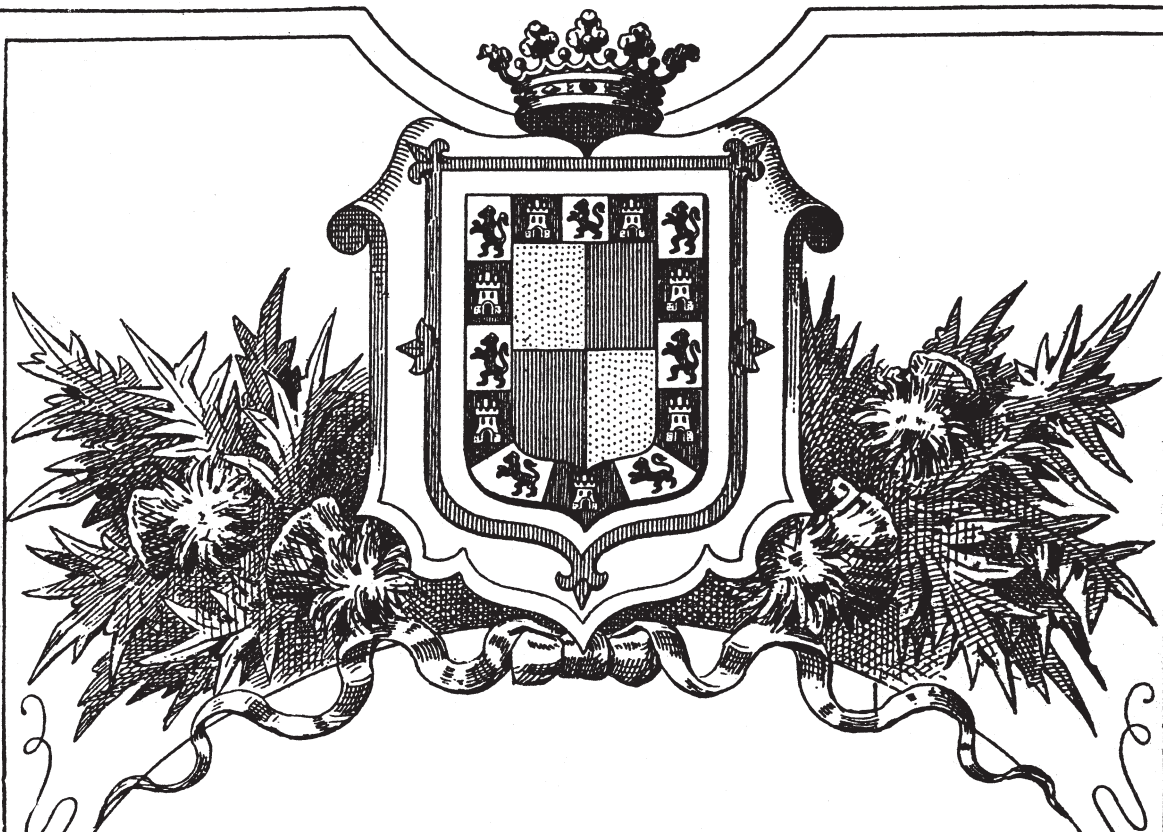


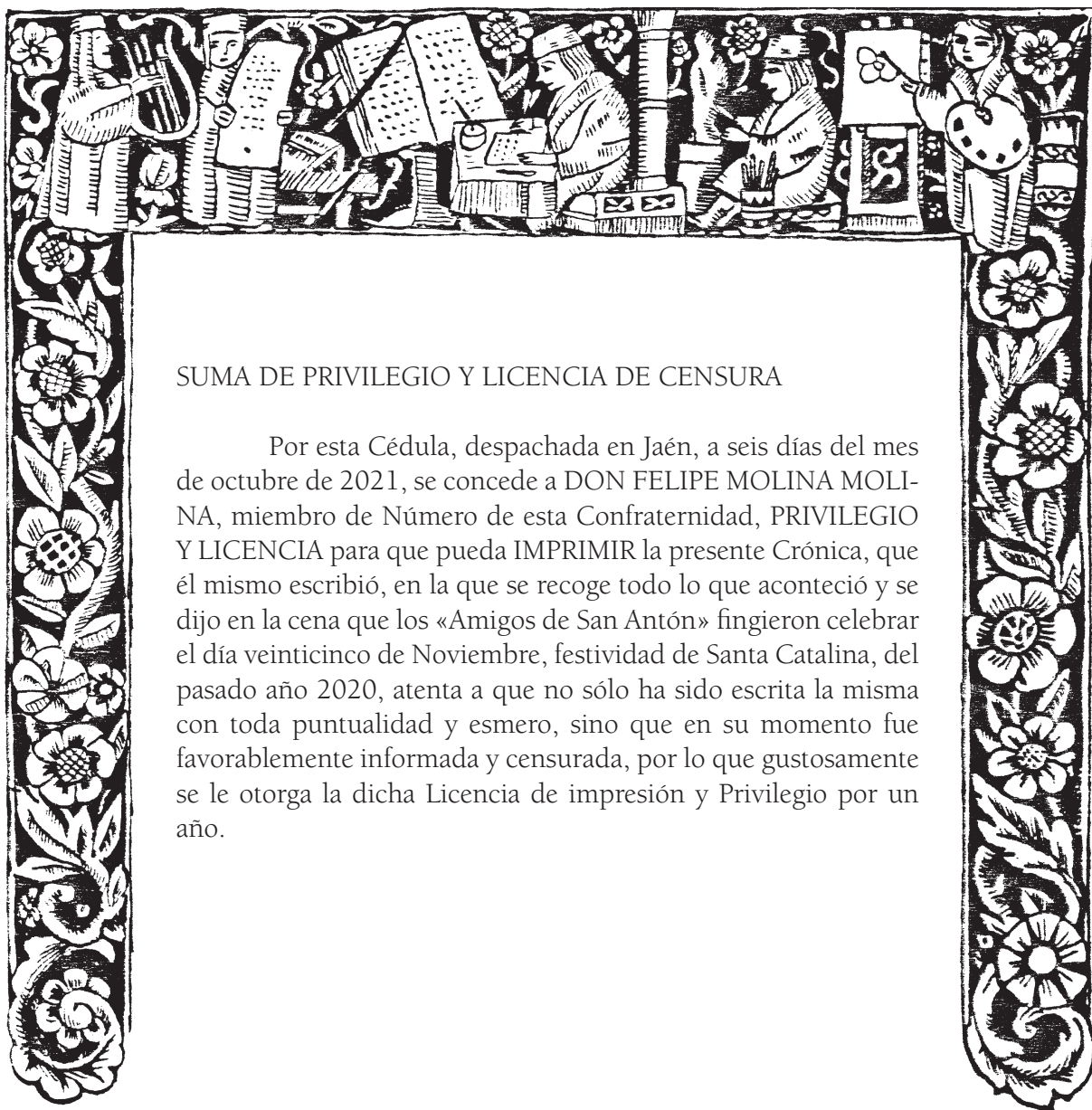
**CRÓNICA DE LA "CENA JOCOSA"
2020**



**AMIGOS DE SAN ANTÓN
JAÉN**



CRÓNICA
DE UNA MUY FAMOSA CENA
QUE LA CONFRATERNIDAD
«AMIGOS DE SAN ANTÓN»
→ FINGIÓ CELEBRAR
EN LA NOCHE DEL DÍA 25 DE NOVIEMBRE
DEL AÑO 2020
EN EL REFUGIO ANTIAÉREO
«PLAZA DE SANTIAGO»



SUMA DE PRIVILEGIO Y LICENCIA DE CENSURA

Por esta Cédula, despachada en Jaén, a seis días del mes de octubre de 2021, se concede a DON FELIPE MOLINA MOLINA, miembro de Número de esta Confraternidad, PRIVILEGIO Y LICENCIA para que pueda IMPRIMIR la presente Crónica, que él mismo escribió, en la que se recoge todo lo que aconteció y se dijo en la cena que los «Amigos de San Antón» fingieron celebrar el día veinticinco de Noviembre, festividad de Santa Catalina, del pasado año 2020, atenta a que no sólo ha sido escrita la misma con toda puntualidad y esmero, sino que en su momento fue favorablemente informada y censurada, por lo que gustosamente se le otorga la dicha Licencia de impresión y Privilegio por un año.

SUMA DE TASAS

Tasaron los señores de la Confraternidad esta CRÓNICA en.....reales de vellón por página, lo que hace.....reales por ejemplar, según más largamente consta por certificación expedida por el Sr. Administrador de Caudales de la Confraternidad de «Amigos de San Antón», el día 6 de octubre del año 2021

Aquí se puede consultar en qué página comienza cada trozo en que está dividida esta crónica.

(Siempre hay alguien que no se siente con ánimos para leerla de corrido)

Retrato de los farsantes que acudieron a la cena.	Pag. 4
Antes de empezar, introito o introducción innecesaria.	Pag. 5
Parte primera: De cómo este narrador llegó a ser el cronista de una cena que no se celebró.	Pag. 7
Libro de descripción de verdaderos retratos de ilustres y memorable varones.	
Por Francisco Pacheco (retrato de Baltasar del Alcázar).	Pag.
Parte segunda. El lugar escogido para fingir la cena.	Pag.
Parte tercera. Preparando el menú.	Pag.
Parte cuarta. La noche del 25 de noviembre del 2020	Pag.
Parte quinta. La copa de espera. Algunas conversaciones que escuché.	
Lo que dijo nuestro prioste.	Pag.
Parte sexta: Homenaje póstumo a Pedro Cruz Casado.	
Palabras de José García y Juan Cuevas.	Pag.
Parte séptima: Empieza la cena. Los entrantes.	Pag.
Parte octava: Palabras de Juan Antonio López Cordero.	Pag.
Parte novena. Se sirve el primer plato.	Pag.
Parte décima. Palabras de Juan Eslava Galán.	Pag.
Parte undécima. Se sirve el segundo plato.	Pag.
Parte duodécima. Palabras de M ^a Isabel Sancho Rodríguez.	Pag.
Parte decimotercera. Los postres.	Pag.
Parte decimocuarta. Palabras de M ^a José Sánchez Lozano.	Pag.
Parte decimoquinta. Se sirven el café y los licores. Palabras de Ángel Viedma. Un soneto de José García. Baltasar nos da una explicación. Juan Eslava entrega una carta a Baltasar del Alcázar.	
Final de reunión y emplazamiento para la siguiente.	Pag.

Cena Jocosa fingida de los Amigos de San Antón del año 2020



Estos son los farsantes que la interpretaron



1962- Pedro Casañas (fundador)



Baltasar del Alcázar (invitado de honor)



1993- Juan Cuevas (secretario)



1978- José Casañas



1978- José Mª Pardo



1986- Ángel Viedma



1988- Pedro Jiménez



1991- Juan Eslava



1995- Mª Isabel Sáncho



1997- Juan A. López



1997- Pilar Sicilia



2000- Mª José Sánchez



2000- Manuel Kayser



2002- José García



2002- Pedro A. Ruiz



2003- Arturo Vargas



2003- Pedro Galera



2004- Juan Espinilla



2005- José Rodríguez



2008- Mª Amparo López



2008- Rafael Casuso



2011- Alfonso Parras



2013- Adelaida García



2013- Dulce Jiménez



2015- Juan C. García



2015- Manuel Medina



2016- Enrique Escobedo



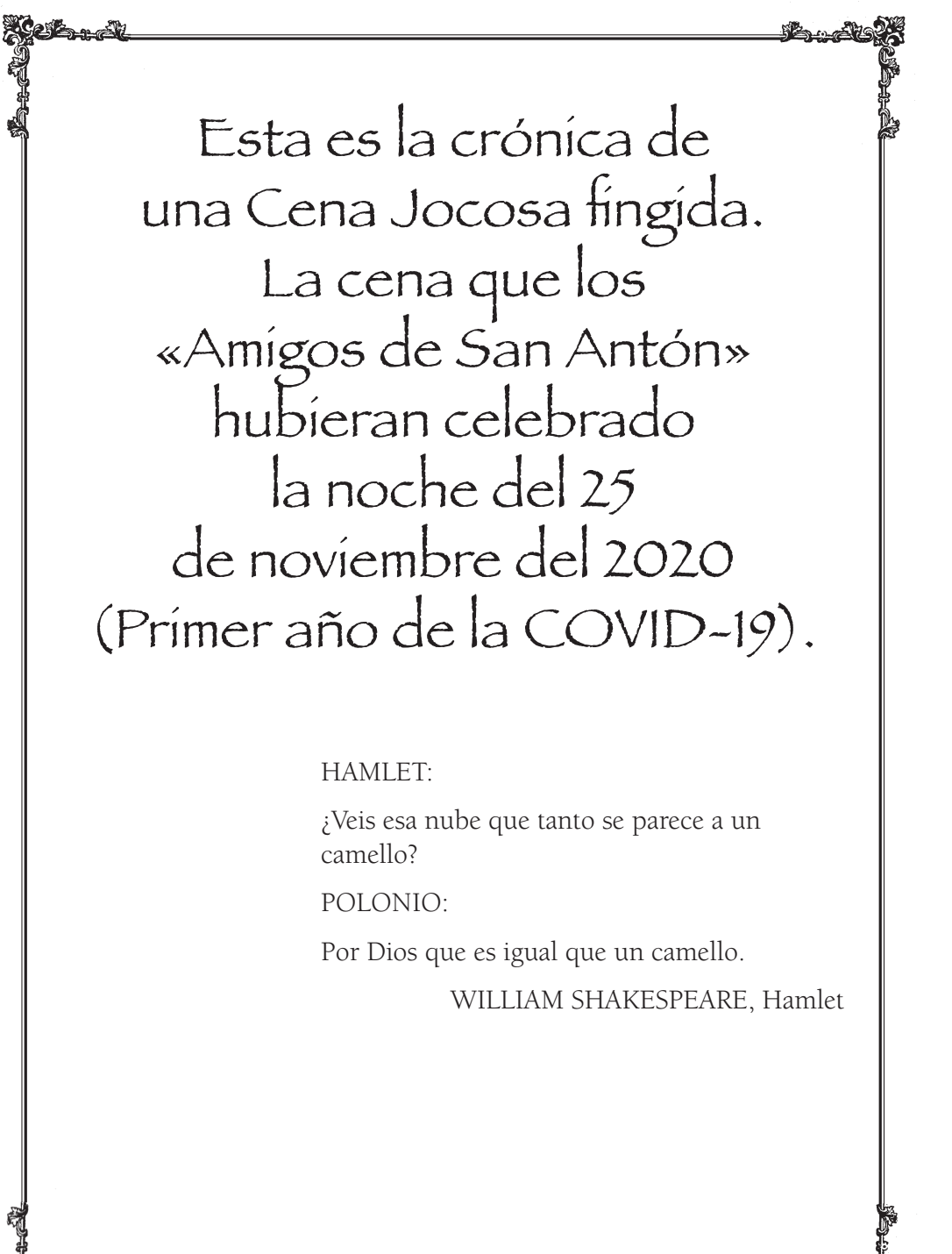
2017- Eva de Dios



2018- Eloisa Ramírez



2019- Felipe Molina



Esta es la crónica de
una Cena Jocosa fingida.
La cena que los
«Amigos de San Antón»
hubieran celebrado
la noche del 25
de noviembre del 2020
(Primer año de la COVID-19).

HAMLET:

¿Veis esa nube que tanto se parece a un
camello?

POLONIO:

Por Dios que es igual que un camello.

WILLIAM SHAKESPEARE, Hamlet

Antes de empezar, o introito, que también lo llaman así algunos.

¿Seré yo un gafe? Desde luego no parece esta la pregunta más adecuada para empezar una crónica, perdonad, pero es que en los últimos días de noviembre y primeros de diciembre del pasado año 2020 me dio por pensar que, tal vez, alguien creyera que lo soy. Y a lo peor realmente lo soy. No sé. Tú, confiado lector, ¿qué opinas?

El rayo que antecede al trueno es la causa del segundo. Si me caigo en un charco y mi acompañante se ríe... su risa es la causa del exabrupto con el que yo le increpo al instante. Quiero decir que es cosa humana el relacionar dos hechos que se siguen en el tiempo y considerar que el primero es la causa del segundo, sobre todo si no hay una explicación clara del porqué de este último. Me explico.

Primer hecho: En noviembre del 2019 ingreso en la afamada confraternidad de los «Amigos de San Antón»... Por cierto, que a estas alturas yo sigo preguntándoos qué méritos visteis en mí para admitirme. En estos momentos me estoy acordando de Groucho, el que siempre viste gafas redondas, se maquilla con enormes cejas y negro mostacho y entre los dedos de su mano derecha exhibe un humeante habano, cuando dijo: «Nunca pertenecería a un club que admitiera como miembro a alguien como yo». Pero no me hagáis caso, este club es muy digno y deseado. Yo me siento muy honrado por pertenecer a él. Si he mencionado el episodio del cómico Marx es porque me identifico con el miembro inadmisibile en ese supuesto club. Bueno, basta ya. Dejémonos de digresiones.

Segundo hecho: A escasos días de ese acontecimiento se identifica en la ciudad de Wuhan, capital de la provincia de Hubei, que vete tú a saber dónde diablos está esa provincia, una nueva enfermedad que pronto se convierte en

pandemia. Es la ocasionada por el virus SARS-CoV-2. Cuando ese virus llegó a nuestras tierras, pasó lo que todo el mundo, a estas alturas, ya sabe que pasó. Y claro, no es raro que alguno, yo mismo sin ir más lejos, elabore este discurso: Felipe es nombrado miembro de los «Amigos de San Antón» y, mira tú por dónde, seguidamente aparece la COVID-19.

Y ahora juguemos a los silogismos. Primera premisa: Los «Amigos de San Antón» han celebrado cuarenta y dos cenas, que se dice pronto, nada más y nada menos que cuarenta y dos cenas ininterrumpidas y sin contratiempos. Segunda premisa: Ahora ingresa Felipe y, por primera vez en nuestra historia, nos quedamos sin poder celebrar nuestro esperado y ansiado ágape Santacatalinero en noviembre del 2020 por culpa de las restricciones impuestas para combatir la pandemia. Pandemia que apareció justo después de su ingreso en la cofradía. Conclusión evidente: Felipe es el causante de la pandemia y, por ende, de que no se celebre la cena cuadragésimo tercera. Es decir, Felipe es un gafe (¡lagarto, lagarto!).

Y ya que estamos, aprovecho para dejar aquí escrito el origen de la palabra «gafe», que seguro que lo conocéis, pero así ocupo espacio y no acabo mi crónica en un periquete. Pues os cuento: antes, mucho antes, existían los «gafos» que eran los que padecían de «gafedad», que consistía en una contracción permanente de los dedos de las manos y, a veces, de los pies debida, sobre todo, a la lepra. Tener esa deformidad en los dedos, la «gafedad», pasó a ser sinónimo de leproso. A esas personas todo el mundo las mantenía a raya y no dejaban que se les acercara. Con el tiempo, la lepra dejó de ser esa terrible enfermedad que nos mostraba la película «Molokai, la isla maldita», esa película española del cincuenta y nueve, en la que sale Javier Escrivá interpretando al padre Damián (¡anda que no despertó vocaciones de misionero esa película!, la mía por ejemplo, aunque solo me durara un fin de semana; pero bueno, algo es algo). El caso es que la idea de que hay ciertas personas que pueden traernos, con solo su presencia, mala fortuna persistió asociada a los contagiosos «gafos» que pasaron a llamarse «gafes». Y ya está, ahí lo dejo. Bueno, no. Sigo con el tema. A los leprosos se les obligaba a llevar una campanita, como gato con cascabel al cuello, para advertir con su tintineo de su presencia y así poder evitarlos. Pues yo, trasladando aquella situación a los tiempos presentes, me pregunto: ¿algún día se hará una película en la que los enfermos de COVID aparezcan con una campanilla avisadora de su presencia? El tiempo lo dirá.

Y, hablando del tiempo. Cuando uno se mete a narrar una historia, unos acontecimientos totalmente fingidos, como voy a hacer yo, tiene la prerrogativa de jugar con el tiempo a su antojo. Lo mismo retrocede como se adelanta

al presente. Así que ahora vamos a retroceder. Vámonos a octubre del 2020. ¡Abrochaos los cinturones!

PARTE PRIMERA: DE CÓMO ESTE NARRADOR LLEGÓ A SER EL
CRONISTA DE UNA CENA QUE NO SE CELEBRÓ.

A punto de acabarse el mes de octubre del 2020 el criado portugués no me había traído la invitación. Ninguno de nosotros la recibió. Maldita pandemia. No perdí la esperanza, a lo mejor la situación mejoraba en noviembre. Pero, la verdad, lo veía muy improbable dadas las circunstancias. Estaban prohibidas las reuniones de más de seis personas y se había instaurado toque de queda a las diez de la noche. En toda España. Así sería imposible que nos pudiéramos reunir.

Una mañana, dos o tres días después de despedir a San Lucas sin que fuera festejado como Dios manda, me encontré a nuestro prioste que paseaba por la calle Navas de Tolosa, discretamente renqueante, acompañado de Manuel Kayser, nuestro pintor del silencio como en alguna publicación, ahora no recuerdo cuál, se le llamó. Al principio dudé de si eran ellos porque, con la obligación de tener todo quisque que llevar la mascarilla puesta en todo momento, se dificulta el reconocimiento de las personas. Se pararon a mirar el solar que había dejado el vetusto edificio que, durante varias décadas, había albergado en sus bajos la cafetería-churrería Colón y que ahora preparaban para levantar una nueva construcción. Silenciosamente, como si quisiera que me pintara Manuel, me acerqué a ellos por su espalda. Miré el vacío que había dejado la piqueta y lo rellené con mis recuerdos de tantos cafés, churros y algún chocolate, de esos que te queman la lengua si andas desprevenido, que había tomado allí.

—Buenos días amigos —dije sin pretender sobresaltarlos, pero lo cierto es que noté un pequeño repullo en ambos.

—Ah, Felipe, no te había visto —dijo Pedro—, buenos días.

Luego comentamos cuatro cosas, cuatro naderías, sobre el tiempo, sobre la obra que se estaba iniciando en el solar, los recuerdos de la antigua cafetería y, cómo no, sobre la pandemia. A los tres nos preocupaban los últimos datos oficiales, los del día diecinueve, sobre la situación en España: un total de 974.449 casos de COVID-19 y 33.992 fallecidos por dicha enfermedad. Y fue en ese punto cuando Pedro dijo: «Pues por culpa del dichoso virus, me temo que este año va a ser imposible que nos reunamos para celebrar nuestra cena». Lo dijo con un apenado tono de voz. Manolo y yo, los dos a la par, soltamos un «¡Vaya fastidio!». Y yo añadí: «Ojala no lleguemos al extremo de la mal llamada gripe española. En

aquellos días murieron muchísimas más personas de las que van por ahora. En más de una publicación he leído que, solo en España, murieron trescientas mil personas, sobre chispa más o menos, y a nivel mundial sobrepasaron los cuarenta millones de muertes. Eso ocurría cuando España tenía una población de unos veinte millones de personas. Hoy, que España supera los cuarenta y siete millones de habitantes, esas trescientas mil muertes equivaldrían a... vamos a ver, hay que hacer una regla de tres... tanto por tanto dividido por cuánto... sale que tendrían que ocurrir setecientos cinco mil muertes para equipararnos con lo que ocurrió en 1918. Confío en que, a pesar del panorama tan negro y desolador que nos presentan, no lleguemos a esos extremos. Aunque también es verdad que el final de este azote está aún lejos. Me temo que esto no ha hecho más que empezar. De seguir así, creo que estas Navidades tampoco podremos celebrarlas como siempre lo hemos hecho... con sus cenas familiares, con el «vuelve a casa por Navidad», la añoranza de los que faltan..., también con la pesadez de los parientes impertinentes, los ruidos y jaleos hasta la madrugada, el atragantamiento por la prisa en tomar las doce uvas (yo nunca paso de la quinta o sexta), la cansinera del «ya es Navidad en El Corte Inglés» (compre más, compre más, compre más)... Bien pensado hasta puede ser que alguno se alegre. Já, já, já».

Con la excusa de que todavía me quedaban por hacer un par de *mandaos* me fui, antes de que mis dos amigos dijeran que soy un cenizo. A ellos los dejé sentados y bebiendo unos cafés en la terraza que la «Colón» ha instalado en su nuevo local. De regreso a mi casa, en el Paseo de la Estación, entré en «Casa Paco» a comprar un paquete de sus clásicas patatillas fritas que me fui comiendo por el camino, como hacía en mi infancia, cuando ellos las vendían en plena calle, en su ambulante carro primigenio. También yo era en aquellos tiempos primerizo en casi todo.

Pasaron los días y no hace falta que os lo recuerde, todos lo hemos vivido. Nuestros peores temores se cumplieron. No recibimos carta o esquila del criado portugués «impresa con elegante letra de añejos caracteres en recio pliego de papel verjurado y discretamente celada a los curiosos con doble sello de lacre», como la describió nuestro cofrade ausente Manuel López Pérez en el año 2008. El criado portugués se quedó descansando en su casa –quizá también a él le obligaron a un confinamiento estricto–. Muy a nuestro pesar, en el mes de noviembre del año 2020 éramos náufragos en una segunda ola de la COVID-19 más intensa, más alta y mortífera que la primera. El mes terminó sin que se celebrara la «Cena Jocosa» que los Amigos de San Antón, como si de un ritual ágape se tratara, con tanto entusiasmo esperamos cada año. Esa hubiera sido la cuadragésimo tercera.

Cuando ya tenía asumido el paréntesis vacío que esta pandemia dejaría en nuestras cenas de Santa Catalina y, por lo tanto, en sus celebradas crónicas, una mañana de enero recibí un mensaje de nuestro secretario en el que me indicaba que sería de su agrado compartir un café conmigo. Subí a su despacho en la biblioteca municipal y estuvimos charlando de varias cosas en grata y amena conversación. Que si esto, que si lo otro y lo de más allá, que quién nos iba a decir hace un año que esto del maldito virus iba a durar tanto...

—Este virus coronado nos ha obligado a renunciar a bastantes cosas; nuestra cena jocosa entre otras —dije yo mientras me quitaba la mascarilla para poder dar el último sorbo al café, ya casi frío.

—Bueno, no tenemos que renunciar a todo. No hubo cena, pero sí puede haber crónica —dijo Juan—. En la última reunión de la junta directiva se acordó que, pese a todo, alguien podría escribirla.

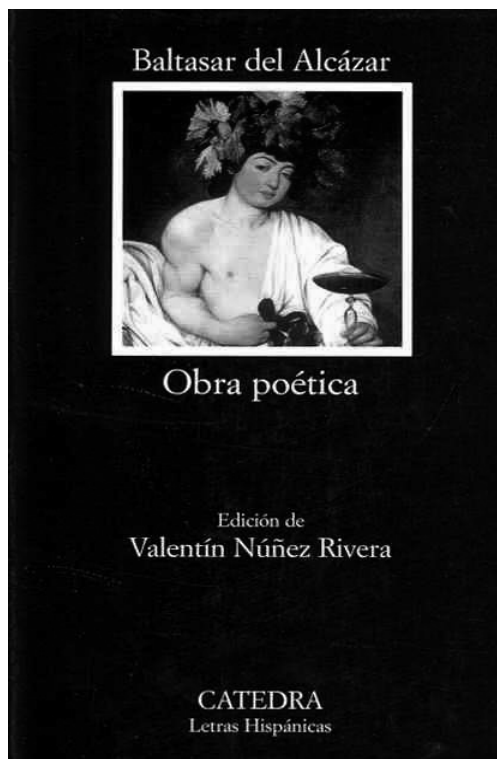
Con los años uno va perdiendo la capacidad de asombro, pero en esta ocasión reconozco que me quedé un tanto pasmado con las palabras de Juan. Sin embargo aún me quedaba por recibir una mayor sorpresa.

—Y, ¿sabes una cosa? —continuó diciendo Juan—. Hemos pensado que la escribas tú. Si estás de acuerdo, claro.

Al principio creí que era la inocentada que se gasta a todo novato (me considero aún novato en la cofradía, ya que después de mí no ha entrado ningún otro miembro más al que pueda entregar el testigo); o que, tal vez, Juan hubiera cenado la noche anterior un revuelto de setas y entre ellas hubiera alguna alucinógena y aún continuaba bajo sus efectos. Porque, a ver, ¿en qué cabeza cabe que se escriba una crónica sobre algo que nunca se hizo? Pero bueno, ¿qué acontecimientos voy a narrar si tales hechos no han ocurrido en ningún momento? La verdad, cualquiera en mi lugar se hubiera quedado patidifuso, descolocado... ¿o no lo veis vosotros así? Pero cuando Juan me afirmó que nuestro querido y respetado prioste no solo estaba en el ajo sino que también era promotor de la idea, no tuve más remedio que tomarlo en serio. Y entonces fue cuando mi asombro dio paso a una sensación de gratitud porque, si se me proponía escribir tal narración, era porque confiaban en mi capacidad para llevar a término el encargo. Me dije: «La verdad es que se trata de un buen reto. Esta es la primera vez, en la ya larga historia de la cofradía, que no se celebra la cena anual y sin embargo fingiremos que se ha celebrado y se escribirá su crónica. Tiene su punto de interés... ¿Y si lo intento?... Bueno, en cualquier caso no sería la primera vez que fracaso en algo y defraudo a alguien».

—Vale, Juan. Acepto. Intentaré escribir la crónica de una cena fingida —esas fueron mis palabras.

De camino para mi casa, al pasar por la puerta de «Las Hermanitas de los Pobres», crucé de acera y nuevamente entré en «Casa Paco» para comprar otro paquete de patatillas, pero esta vez ni me daba cuenta de que me las iba comiendo de tan ensimismado que iba arrepintiéndome de haberme metido en tan tremendo berenjenal. No debería haber aceptado tan a la ligera.



Una vez en casa me dio por buscar en mi biblioteca... A ver, a ver..., en alguno de mis libros que, vete tú a saber dónde diablos lo puse, está el poema de Baltasar del Alcázar. Ese que tanto tiene que ver con nuestra sociedad... Ah, aquí está: su «Obra poética», de la editorial Catedra, con el dios Baco que pintó Caravaggio en la portada, debajo del nombre de Baltasar, como epítome quizá de su marcado talento hedonista. Con él en la mano me senté ante mi abarrotada y, en opinión de Mari Carmen, desordenada mesa; me puse las gafas de leer y leí con tanto entusiasmo que solo me levanté cuando ya no podía contener más las ganas de orinar. Decididamente Baltasar de Alcázar tuvo que ser un tipo muy divertido. Me hubiera gustado conocerlo. Tal vez hoy, por haber sido el primer cronista

de una cena jocosa, lo tuviéramos como principal «Amigo de San Antón».

Al día siguiente, el décimo séptimo del mes de enero, era domingo y después del desayuno me escabullí como pude de la tarea de colgar el cuadro que Mari Carmen llevaba más de dos semanas pidiéndome que lo hiciera. Y ahí estaba, sentado de nuevo ante mi mesa de estudio, dispuesto a retomar la lectura de las poesías de Baltasar cuando, antes de abrir el libro, ¡Ding, dong! ¡Ding, dong! «¿Quién coño será a estas horas? —¡Ding, dong! ¡Ding, dong!—, y encima con insistencia»... Abrí un poco malhumorado, y... ¡sorpresa! (Aquí podría insertar un emoticón de esos que estamos empezando a ver hasta en la sopa, ¡que aburrimiento!, pero no. No lo voy a insertar porque..., bueno,

porque no, ea). Así al pronto, creí que se habían adelantado los carnavales y suspendido las restricciones de manifestaciones callejeras por culpa de la pandemia. Ante mí tenía a un individuo rechoncho, de rubicundas mejillas, con aspecto bonachón, de unos cincuenta y tantos años de edad, con barba puntiaguda y cabellera muy recortada, ambas encanecidas. Pero lo más sorprendente era su indumentaria. Sobre su hombro izquierdo una capa negra de las llamadas de ferreruelo. Debajo una ropilla de tafetán, también negra, algo deslucida y abotonada hasta todo lo alto por donde asomaba un blanco cuello de lino plisado, de los que se conocen con el nombre de lechuguillas. Calzón corto, abombachado y calzas que, algún lejano día, fueron blancas. No llevaba sombrero, pero venía tocado de una corona de laurel a la que ya le faltaban tres o cuatro hojas. Por último, algo incongruente en su imagen, una mascarilla quirúrgica azulada y un tanto esquinada, le tapaba la mitad de su boca y parte de la nariz mientras que por el extremo derecho se le metía en el ojo obligándole a mantenerlo guiñado.

—¡Voto a bríos!, que incómodo es hablar y respirar bien con esta fea mascarilla. No sé cómo lo aguantáis. Da pie a escribir más de un epigrama. Me pondré a ello en cuanto pueda —me dice mientras se afloja el cuello alechugado y se quita la mascarilla con un gesto de fastidio dejando al descubierto una leve sonrisa que inmediatamente me pareció algo socarrona.

Debió de notar mi cara de asombro, mi titubeo. Sé que balbuceé una o dos palabras incomprensibles y, ni corto ni perezoso, aquél individuo adelantó su mano derecha, me echó a un lado con energía y entró en mi casa.

—Pardiez, ¡vaya recibimiento que me dispensáis! Vengo a ayudaros —dijo mientras husmeaba a un lado y otro del pasillo hasta detectar de donde le venía el tufillo del cocido que Mari Carmen había empezado a preparar—. Soy Baltasar del Alcázar y vengo a sacaros del apuro en que estáis al no saber cómo escribir la crónica de una cena jocosa. Pero antes, decidme, ¿se está cocinando una olla *poderida* a la que, por hacerla aún más poderosa, le habéis añadido con buen criterio una morcilla, de esas que con su buen arte, tan ricamente hacen en el lugar que llaman Carchelejo? Pues, por mis bien ganados laureles, que no me he de ir de aquí sin probarla.

Aun perplejo, pude comprobar cómo se dirigió a la cocina; allí que le seguí vi como levantaba la tapa del puchero y con una cuchara, que a su lado estaba, probó del caldo que se estaba cociendo y me dijo: «Mientras se termina de hacer el cocido, bien podría convidarme a una tacita de vinillo aloque, o de aquel que tenga a bien gastar vuesarced, que sea el que sea, no le voy a poner

impedimento».

Todavía más perplejo que resuelto, sin acabar de saber si estaba despierto o aun soñando, le serví un vaso de vino tinto «Don Pedro Gil», el que quedó en la botella anoche después de cenar.

—Y, ¿no tendrá vuesarced unos torreznillos para acompañar a tan delicioso morapio?

—Pues no. No los tengo —dije un tanto desabrido—. Pero, no lo entiendo. ¿Dice que usted es Baltasar del Alcázar y que viene a ayudarme?

—Sí ¿Tan extraño le parece? Sepa usía que esta mañana he decidido salir de ahí —dijo señalando mi frente con su dedo índice que terminaba en una uña ribeteada por un amplio perfil negruzco— donde me tenía vuesarced metido y dando vueltas sin parar como peonza sin freno. Posibilidad esta de hacerme presente en cualquier lugar y en cualquier tiempo que me viene dada desde el mismo momento en que perdí toda mi corporeidad y adquirí este estado etéreo, fantasmal dirían algunos. ¡Belcebú los confunda! Así que, desde ayer, estoy enterado de los apuros que vuesarced tiene para hacer la crónica de una cena que no se llegó a celebrar. Pues nada más fácil, amigo mío. Haga lo que yo hice —dice mientras me guiña un ojo y apura de un trago lo que queda de vino en el vaso—, ¡se la inventa!

— ¿Qué la invente? Sería contar una mentira y eso no me parece muy honorable, digo yo.

—Lo primero, es buscar un lugar dónde celebrarla —dice al tiempo que chasquea la lengua y mira la botella de vino—. Lo segundo, es rellenar este vaso con el vino que queda en la botella, pero esta vez lo bautiza con un poco de agua, porque el vino que se bebía en mis tiempos se servía así, cristianizado. Lo tercero, es que está en la naturaleza humana el mentir y no debería vuesa merced de avergonzarse de ello, pues después de todo, ¿qué es la mentira sino la verdad con máscara?

—Eso que usted acaba de decir me hace recordar una frase que dijo Luc de Clapiers, Marqués de Vauvenargues, el principal moralista francés del s. XVIII. Dijo: «El arte de agradar es el arte de engañar» y yo, desde luego quiero agradar a mis colegas, pero no con engaños. También he recordado otra frase. Dice, más o menos así: «Hay circunstancias en que una mentira es el más santo de los deberes». Creo que se debe a Ernest Renan, otro francés del XIX, un declarado antisemita y autor de controvertidas obras sobre Jesús de Nazaret y el cristianismo primitivo. Pero bueno, concedámosle que con esta frase dio en el clavo —Baltasar,

que ha estado muy atento a mis palabras, me mira elevando la ceja izquierda en claro gesto inquisitivo—. Sí, en el ejercicio de mi profesión, más de una vez he creído que mi santo deber era decir una mentira, entendiendo como mentira disfrazar un poco la verdad, no desvelar toda la cruda y cruel realidad al que aún conserva una mínima esperanza de llegar a su siguiente cumpleaños. Pero bueno, yo no tengo que darle explicaciones a usted.

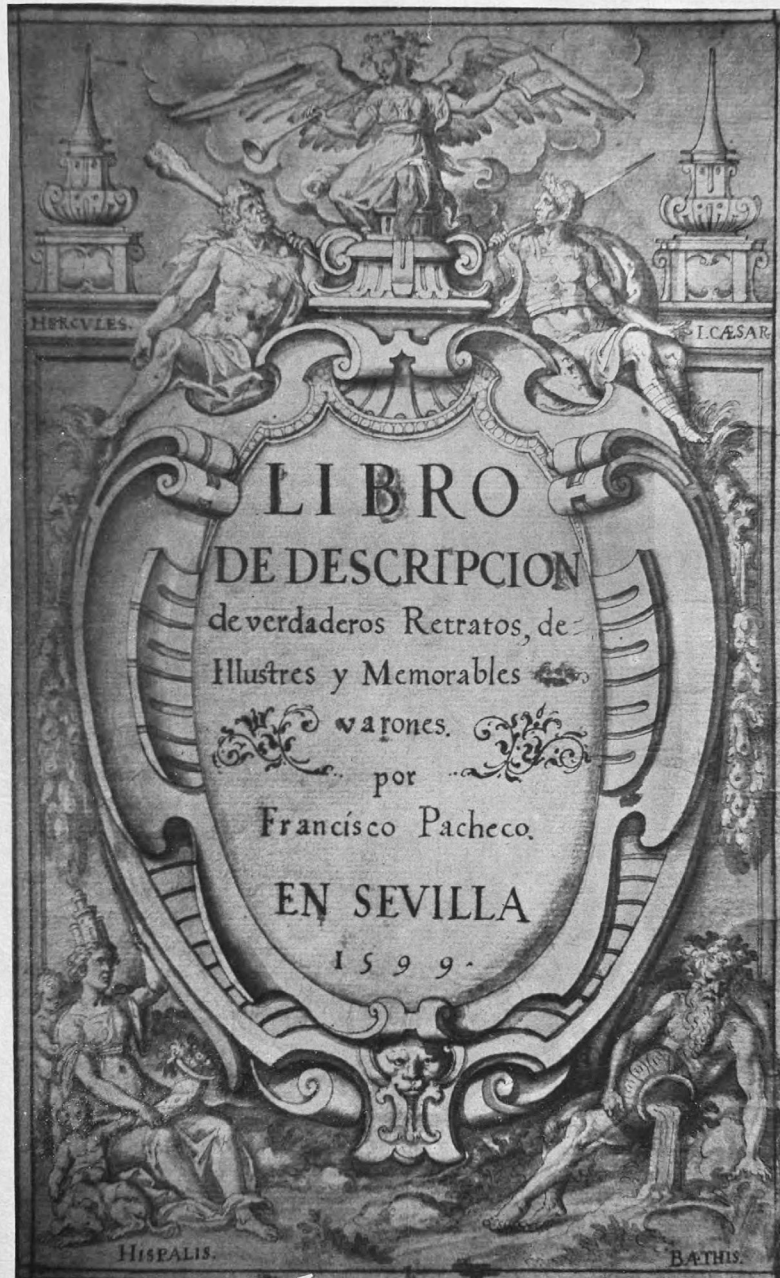
—Pardiez, qué fácil de irritar es vuesa merced. Yo solo quiero ayudarle.

El caso es que acabé aceptando la situación por inverosímil que os pueda parecer («Las personas reales están repletas de seres imaginarios», dijo Graham Greene) y, ya bastante más relajado, mantuve una larga conversación con él, aunque más bien fue un monólogo con el que me respondía a las tres o cuatro preguntas que le hice sobre su vida.

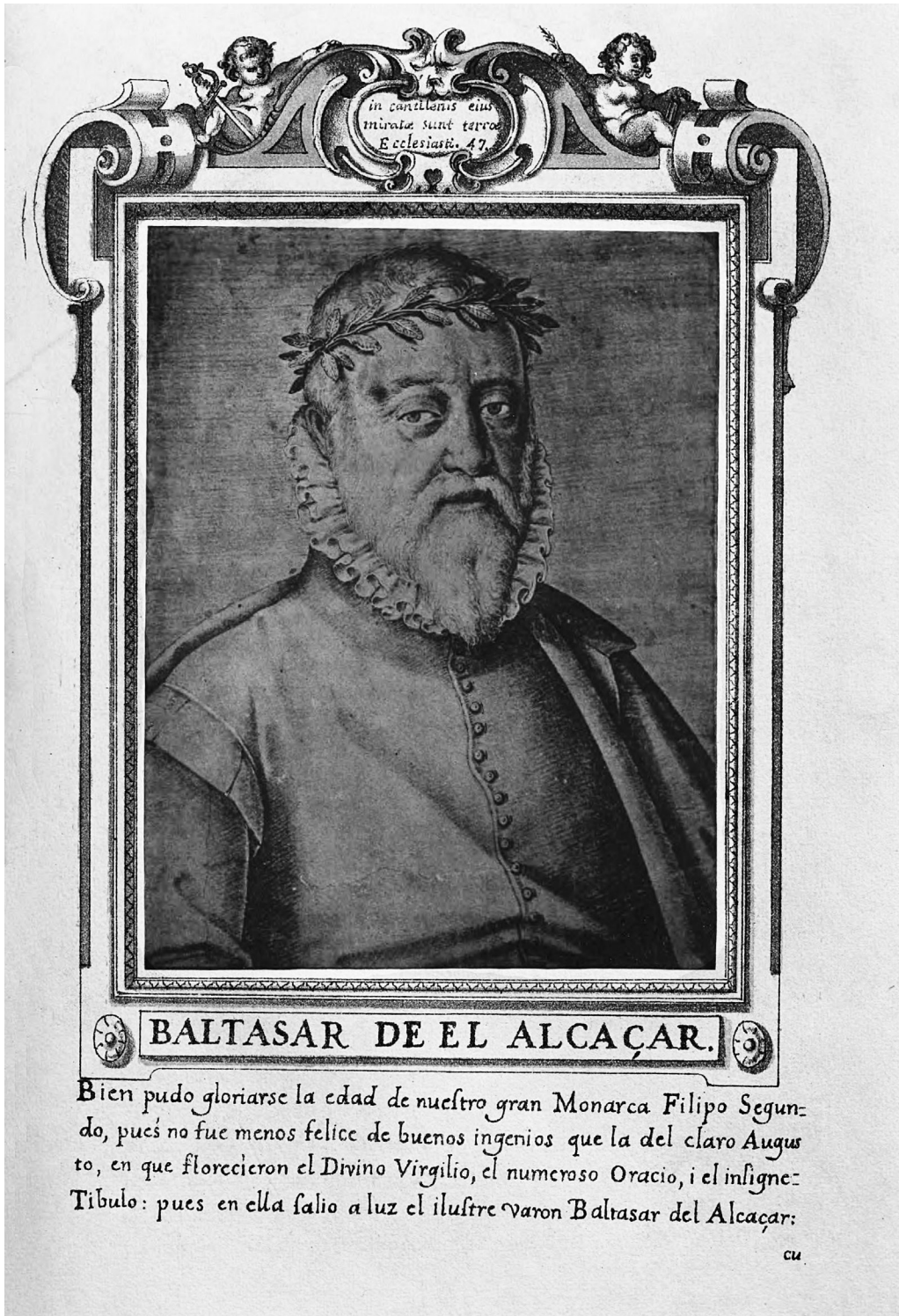
—Todo lo que sabéis de mí lo conocéis a través de Pacheco, el suegro del muy famoso pintor Velázquez, que escribió un libro con la semblanza de los ilustres y memorables varones de la época. Ninguna mujer, por cierto. Cosa que hoy sería inadmisible.

—Pues apañados estamos —le digo—, porque para empezar, parece que se equivocó en la fecha de vuestro nacimiento.

—Cierto, me rejuveneció diez años y por eso no me voy a molestar. Pero para qué hacerme hablar. Antes de venir hasta aquí pasé por la Universidad de Los Ángeles y me traje el libro que escribió mi gran amigo Francisco Pacheco, aunque no completo, solo la parte que a mí se refiere. He de advertiros de que lo escribió confiando en su memoria, por lo que habrá que perdonársele algunos errores e imprecisiones. Leed, leed lo que dice de mí y así me evito tener que responder a vuestras preguntas.



UNIV. OF CALIFORNIA
AT LOS ANGELES
LIBRARY



cuyo valor, letras humanas, i singular agudeza, piden en su alabanza espiri-
 tu igual al suyo. Fue natural desta Ciudad de famoso i claro Apellido, -
 hijo de Luis del Alcaçar i de doña Leonor de Leon, nacio el año 1540.
 Los estudios principales dela juventud fueron las Armas, en que fue -
 delstrissimo, de gentil disposicion, i mucho esfuerço. Militò en las Galeras
 i Naves de don Alvaro de Baçan primer Marquez de Santa Cruz, mucho
 tiempo: i en su compania alcançò raras vitorias contra Franceses, con opi-
 nion de gran Soldado, (si bien las alcançò mayores de si, sabiendose repor-
 tar en apretadas ocasiones) Fue dellos preso una vez, i su valor i aspectolos
 obligò a darle libertad. Fue mui estudioso i aventajado en las lenguas vul-
 gares, i particularmente en la Latina, i obras de los Poetas Claficos, con pura
 aficion a Marcial, cuyo imitador fue en las gracias. Diosse con sabrosa a-
 ficion ala curiosidad de secretos Naturales, de Metales, Piedras, Yervas i co-
 sas semejantes, en que alcançò gran conocimiento: Tuvo no mediana noti-
 cia de la Geografia i Astrologia. Casò con doña Maria de Aguilera su-
 Primaermana, hija del Mariscal de Leon del Abito de Santiago. Vivio:
 (aunque con moderada hacienda) con mucho onor i estima, siendo algunas
 vezes Alcalde de la Hermandad del estado de los Hijos dalgo; fueron su
 Padre, Abuelo, i Ermano, Veinticuatro de Sevilla, i el i su Abuelo Teso-
 reros de la Casa de la Moneda. Estuvo en servicio de don Fernando En-
 riquez de Ribera i de doña Juana Cortes, segundos Duques de Alcala, en
 su villa de los Molares. casi 20. años; con officios onrosos de Alcaide i:
 de Alcaide Mayor, mui estimado i favorecido destos Señores. Donde có-
 pulso muchas de sus obras, i algunas famosas Epistolas ccelebrando aquella
 ilustrissima Señora, i el Nacimiento de su hija doña Catalina de Ribera:
 despues Duquesa de Osuna. Compulso alli el gracioso Dialogo de Boró-
 danga i Handraguelo, que antes de acabarlo le tomò el Marquez de Tari-
 fa; i otra Epistola a su Ermano Melchior del Alcaçar, que alistia en a-
 quel tiempo por Alcaide en los Alcaçares Reales. Fue mui diestro en la:
 Musica, compulso algunos Madrigales, a quien hazia el tono i la compo-
 sition del; que el insigne Maestro Guerrero practicava con gran satisfacion, i los
 estimava en mucho: tuvo conel estrecha amistad por la Musica i la Poesia.
 Las cosas que hizo este illustre varon viven por mi sollicitud i diligencia: por
 que siempre que le visitava escrevia algo de lo que tenia guardado en el tesoro
 de su felice memoria. Pero entre tantos Sonetos, Epistolas, Epigramas,

i cosas de donaire, la Cena Jocosa es una de las mas luzidas cosas que cō puso: i el Eco de lo mas trabajado i artificioso que ai en nuestra lengua: Hizome gracia (con afecto de amigo) del Libro de las Suertes, obra ingeniosa de su mocedad, en que tenia debuxados los Arboles, Casas, i Figuras, i escritas la mitad de las respuestas, i por sus borradores lo acabe de poner en perfeccion, afirmando que de su genero no ai cosa igual en España. Tuvo estrechissima amistad conmigo, (deziame: que quisiera que fuera su Esclavo) manifestavala en muchas ocaliones, onrandome con sus versos (a que yo correspondia con mi cortedad) particularmente en un Elogio que me hizo en coplas Castellanas, mui digno de la grandeza de su ingenio, i de mejor empleo. Ultimamente en lo postrero de sus dias me dedico la ultima obra, q̄ intitulo el Trueco en 26. coplas, que es un desengaño, o mudança de vida, o por dezir mejor, dispossicion para morir. I aunque casi mientras vivo fue enfermo de Gota i Piedra, le apretò mas entrando en los 70 años, de suerte que ni apienia a Cavallo podia andar. I llegando a los 76, a 16 de Enero de 1606. con admirable dispossicion, recibidos todos los Sacramentos, dexo esta vida por la eterna dando seguras esperanças de su Salvacion. Hizo muchas Cãcioncs i otras obras (como el me certificò) que comunicava a su grande Amigo Gutierrez de Cetina, (como se dira en su Elogio: tuvo por Amigos los mas doctos i sabios varones de su tiempo, que lo celebraron con singulares alabanzas, el Maestro Iuan de Malara en su Hercules no se harta de encarecello, Fernando de Herrera, Cristoval de Moxquera, el Maestro Francisco de Medina, i el Licenciado Francisco Pacheco engrandecio en una obra suya la agudeza de su ingenio. Lo cierto es que en las coplas Castellanas antes ni despues del ninguno le à igualado. Pero quien (a mi ver) a hecho mejor juicio de su ingenio i versos, es don Iuan de Xauregui Cavallerizo de la Reina, con que dare glorioso remate a este Elogio dize assi; Los versos de Baltasar del Alcacar descubren tal gracia sutileza, que no solo le juzgo superior a todos, sino entre todos singular: por que no vemos otro que gya seguido lo particularissimo de aquella suerte de escribir. suelen los que escriven donaires, por lograr alauno, perder muchas palabras: mas este solo Autor usa la festivo i gracioso mas cultivado que las veras de Oracio: No se que consiguiessse Marcial salir tan corregido i limnio de sus Epigramas. I lo que mas admira es, que a vezes con senzilla leniencia, o rinquina, haze sabroso plato de lo mas frio: i labra en sus burlas un esילו tá

torneado, que solo el rodar de sus versos tiene donaire, i con lo mas descuidado despierda el gusto. En fin su modo de componer, assi como no se dexa imitar apenas se acierta a descriuir. Ino contento con estas alabanzas en prosa añadió en onra de ambos, el mismo don Iuan de Xauregui los versos siguientes dignos de la felicidad de su ingenio

Al Retrato de Baltasar del Alcaçar debuxado por Francisco Pacheco

*Aqui ta animado alienta,
i en el tu ingenio sutil
(ó Alcaçar) por Siglos mil
vive en sutil lineamento:
tanto puede dar de aumenio
ala vida un corregido
trasunto, mas parecido
que ala misma voz el Eco,
assi en lineas de Pacheco
vemos tu ser repetido.*

*Con reciproco favor
consigues (noble Andaluz)
aplauso de inmortal luz,
i en ti le alcanza el Pintor:
ambos de tan alto onor
es bien gozeis igual parte,
i que por blason de l'Arte
con recompensas felices
en tu imagen le eternizes,
pues el pudo eternizarte.*

Despues de tan lindos versos, ofrecer algo de mi rudeza a quien tanto me onró, juzgo que antes se tendra por agradecimiento que por ambicion.

*Si de imitaros la gloria
proeure, Alcaçar, en vano,
basta que pudo mi mano
estender vuestra memoria:
i no es pequeña vitoria
aver con l'Art podido
vencer del tiempo el olvido:
el ingenio agudo i solo
celebre cantando Apolo
vuestro nombre es elarecido.*

*Cante de Marte el rigor
con que en ancho mar i tierra
vencistes en justa guerra
estrano i proprio valor:
cante el Divino furor,
estilo, gracia, i el buelo,
que perdio de vista el suelo,
en la Castellana Lira
que el mismo ensalça i admira
i preficre aia del Cielo*

Al final Baltasar y yo conversábamos ya como dos viejos conocidos. Le agradecí como es debido el haberme traído las páginas en las que su amigo Pacheco le menciona. Yo le dije que en mis años de bachiller alguien me hizo aprender que Cervantes, en su «Canto a Calíope» le hace compartir páginas con otros noventa y nueve poetas, incluidos Lope de Vega, Góngora y Fray Luís de León entre otros.

–Si estáis en lo cierto –me dijo pavoneándose en cierta medida–. Me incluye entre los que llama «Ingenios del Betis» y puedo recitarle de memoria lo que de mí dice. Escuche vuesarced: «Puedes, famoso Betis, dignamente / al Minicio, al Amo, al Tibre aventajarte, / y alzar contento la sagrada frente / y en nuevos anchos senos dilatarte, / pues quiso el cielo, que en tu bien consiste, / tal gloria, tal honor, tal fama darte, / cual te la adquiere a tus riberas bellas / Baltasar Del Alcázar, que está en ellas». Solo una cosa le echo en falta a mi amigo Miguel y es que en dicho poema, mencione a Fernando de Herrera antes que a mí.

Acordamos que se quedaría a vivir en mi casa (y a comer y a beber, por supuesto) hasta tanto yo no diera cumplido fin a la tarea que Pedro Casañas y Juan Cuevas me habían encomendado.

–Y de paso me enseñáis esta ciudad –me dijo.

–Pero, ¿acaso no la conocéis de antes?– respondí un tanto sorprendido.

A lo que me confesó que, a pesar de que su famoso poema, en sus dos primeros versos diga «En Jaén, donde resido, / vive Don Lope de Sosa», en realidad él ni vivió en Jaén (si acaso lo visitó una vez, pero solo de paso), ni conoció personalmente a Don Lope de Sosa, el cual llevaba muerto bastantes años el día que escribió su célebre «Cena Jocosa».

–Pues yo he leído en algún sitio que fuisteis, por un tiempo, capitán de la escasa guarnición militar del castillo de Santa Catalina. Ah, sí. Ya lo recuerdo. Lo leí en la Revista Don Lope de Sosa que editaba nuestro ilustre Alfredo Cazaban.

–Y, ¿qué más da si estuve viviendo o no en Jaén? –me responde Baltasar con una leve elevación de los hombros–. Lo importante es que mencione a Jaén en mi poesía. Eso os debería bastar. Consulte vuesarced ese libro de lúgubre portada negra que tiene ahí, el que dice contener mi obra poética y edita Don Valentín Núñez Rivera, el que pasa por ser mi mejor biógrafo en estos tiempos. Él nunca menciona que yo fuera capitán en vuestro castillo de Santa Catalina. En aquellos días yo fui alcaide mayor de Los Molares, eso sí puede darlo por cierto. Estuve al servicio de los Duques de Alcalá de los Gazules. Lo que pasa es que yo tuve un primo con mi mismo nombre y he podido comprobar que, en estos cuatro

siglos que han pasado desde mi pérdida de la corporeidad hasta hoy, nos habéis confundido sistemáticamente. Hasta Justino Matute y Gaviria, en los comienzos del XIX habla de mí en su colección de bibliografías que titula «Hijos de Sevilla», y llega a confundir nuestros matrimonios. A mí, nada más y nada menos que me casa con Doña Luisa Fajardo, que fue la esposa de mi primo. Así pues, crea vuesarced a quién le dé la gana. Yo no lo voy a sacar de dudas. Lo que sí le digo es que, si concluye que mentí a la hora de empezar mis redondillas diciendo que residía en Jaén, pues deje usía volar también hoy su imaginación a la hora de escribir sobre algo que nunca se realizó y mienta si es necesario. No le duelan prendas en ello.

Me quede unos segundos pensando y me vino a la mente el primer viaje que hicimos mis hermanos y yo estrenado el seiscientos (blanco) que mi padre acababa de comprar; su primer coche. No recuerdo adónde fuimos, pero sí que recuerdo que íbamos cantando muy alegres, mi madre la primera, esa cancioncilla que dice: «Ahora que vamos despacio, ahora que vamos despacio, vamos a contar mentiras, ¡tra-la-rá!, vamos a contar mentiras, ¡tra-la-rá!...» y es verdad que íbamos despacio. Mi padre nunca pasó de los ochenta kilómetros por hora. A los sumo noventa para adelantar, aunque lo habitual era que nos adelantaran a nosotros. El caso es que nos hacía mucha gracia a mis hermanos y a mí que, con nuestra cancioncilla, hiciéramos correr a las liebres por el mar y por el monte a las sardinas y no sé cuantos más disparates que cantábamos.

Se ve que Baltasar me vio sonreír con esos recuerdos y, tomándolo como una señal de conformidad con sus propuestas, dijo: «Y ahora empecemos: ¿En qué lugar de este bendito Jaén le gustaría celebrar esa fingida cena jocosa?»

PARTE SEGUNDA: EL LUGAR ESCOGIDO PARA FINGIR LA CENA

Pues señores, ya que estamos en guerra con un enemigo que nos puede atacar por el aire que respiramos, qué mejor lugar para reunirnos que un refugio antiaéreo. Sí, en ese que todos estáis a punto de nombrar. El de la Plaza de Santiago. Y así fui a comentarlo con Don Baltasar.

Tuve que explicarle a mi reciente amigo qué significaba la palabra antiaéreo. Le pareció cosa diabólica que hubiera máquinas más pesadas que el aire y que, sin mover las alas como hacen los pájaros, pudieran sostenerse sin caer al suelo. Luego, conforme le iba describiendo como es el refugio, comenzaron a asaltarme dudas y temores sobre la idoneidad del lugar escogido: Que si es frío, que si estará polvoriento, que si tendrá humedades, que si los asientos son incómodos, que la luz es escasa, que incluso, vete tú a saber, si no nos toparemos con

algún pequeño y repugnante roedor... Entonces Baltasar me dijo, muy resuelto él, lo siguiente: «¿Pero acaso vuesa merced ha olvidado ya que la reunión va a ser fingida? Los comensales que acepten el juego van a estar sentados cómodamente en el mejor asiento de que dispongan en sus respectivas casas mientras que vos les hacéis moverse, comer y hablar a vuestro antojo y conveniencia. Además, en su ficción, el refugio puede convertirse en un lugar acogedor y confortable. Puede hacer incluso que sea un refugio seguro frente a ese bichejo que ha dado en llamar virus y que, por cierto, no acabo yo de ver claro en qué consiste. Así podrán moverse libremente sin usar esos absurdos tapabocas que todo el mundo y a todas horas está obligado a llevar puestos».

Quedé convencido con estos argumentos que Baltasar expuso y le di las gracias porque le aseguré que esa noche dormiría a pierna suelta. Me dijo que no entendía lo que quería decirle con eso de «dormir a pierna suelta». Confuso con la línea del tiempo, le dio por creer que yo había luchado contra el turco y feroz corsario Barbarroja en el año 1535, cuando el gran Emperador Carlos I le dio la patada en el culo y lo sacó de Túnez y que, en el sangriento combate, yo hubiera perdido una pierna que ahora sustituía con una de palo y que, para dormir a gusto, todas las noches me la soltara. «Yo tenía apenas cinco años cuando aquella memorable batalla –me dijo–, pero bien que me la conozco gracias al fiel relato que me hacía mi padre de todo cuanto aconteció en ella». Ya no lo pude parar, como un abuelo cebolleta cualquiera, me contó de pe a pa su carrera militar y puso especial énfasis en el relato de su militancia en las galeras de Don Álvaro de Baçan, lo que le dio la oportunidad de participar en la batalla de Muros el 25 de julio de 1543, día de Santiago, contra los franceses (iría como grumete, pensé yo, porque con trece años que tendría por aquel entonces no podría ocupar otro puesto que ese), donde cayó prisionero. Lo dejé hablar y hablar hasta que al final me preguntó, un poco desfachatado, si de una puñetera vez le iba a explicar de dónde venía eso de «dormir a pierna suelta».

–No me ha dado oportunidad con su cháchara inagotable –le dije–. Usted que estuvo preso según cuenta, seguro que conoce lo que son los grilletos en los tobillos, ¿no? Esos que se colocan para que uno no pueda escapar.

–Bien incómodos que son. Mire, mire, aún conservo las marcas que me dejaron en el tobillo derecho.

–Pues, en casos excepcionales, si el reo guardaba buena conducta, éste recibía como premio el poder pasar la noche sin estar sujeto a ninguna cadena, por lo que «dormía a pierna suelta», lo que conllevaba un buen descanso. Tal como yo pienso dormir esta noche, una vez resuelto el problema del lugar donde celebrar nuestra fingida cena.

—Así sea.

—¡Ea!, no se hable más —dije yo—. En el refugio de Santiago nos veremos. Advertiré a todos de que traigan sus propias mascarillas. Ya me encargaré yo de que haya suficientes dispensadores de gel hidroalcohólico para desinfectarnos las manos.

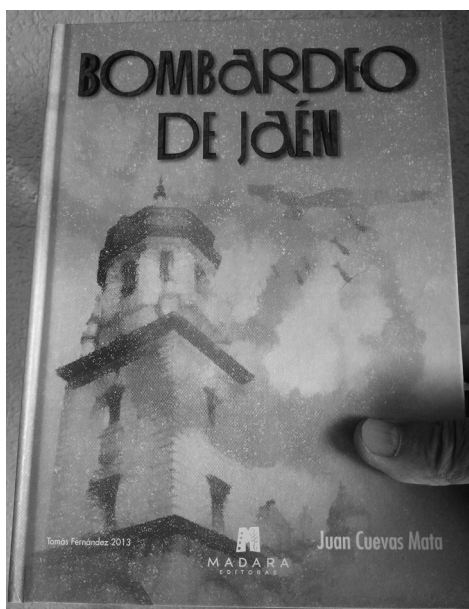
Tuve que explicarle a Don Baltasar lo del gel, pero renunció a contar aquí sus expresiones de asombro y admiración por lo mucho que habían avanzado los boticarios en sus artes.

—Poco antes de yo morir —me dijo adoptando un aire abstraído—, mi amigo Don Miguel compuso una entretenida obra que tituló «El ingenioso hidalgo Don Quixote de La Mancha». Creo que aún se lee, incluso fuera de nuestras fronteras, de lo cual me alegro sobremanera. En ella, él que estaba muy bien instruido, recurre al uso de diferentes preparados de botica, como bálsamos, ungüentos, bizmas, emplastos, sinapismos y aceites reparadores, básicamente para el manejo terapéutico de las heridas, puyazos y muchos golpes sufridos por los protagonistas de su novela, como la llamáis en estos tiempos. Y entre todas ellas, cabe mencionar el salutífero y eficaz bálsamo de Fierabrás. Mi amigo Don Miguel dice que para hacer un buen bálsamo de Fierabrás había que mezclar vino, aceite, romero y sal, pero que lo más importante era que, después de bien cocidos los cuatro ingredientes, tenían que ser vertidos en una alcuza de hojalata, sobre la que decir, a modo de ensalmo, más de ochenta *paternoster* y otras tantas avemarías, salves y credos, acompañando a cada oración una cruz a modo de bendición. Imprescindible para que el bálsamo sea eficaz. Y yo os pregunto, ¿también hay que rezar algún *paternóster* o ave maría al aplicarse este bálsamo que ahora mencionáis para que sea verdaderamente eficaz?

—No. No hace falta rezar ninguna oración ni jaculatoria. Por sí solo actúa. El alcohol elimina los «bichitos invisibles» capaces de provocar enfermedades. Aunque eso sí, el uso continuado de los mismos hace que nuestra piel se irrite y se torne más seca. Vaya lo uno por lo otro.

—Me cuesta mucho trabajo entender los de los «bichitos invisibles». Virus los habéis llamado, ¿no? En mis tiempos no existían tales enemigos. Estos que mencionáis seguro que han escapado de alguna rebotica, allí en la lejana y antigua tierra de Catay, en donde se tuviera trato con Pedro Botero y se anduviera realizando alguna hechicería o «mal ojando» a alguien, que eso he oído por ahí, en los mentideros de esta ciudad.

—Bueno, ahora no tengo tiempo ni ganas de sacaros de vuestro error.



Ahora toca empezar a preparar el lugar donde celebrar nuestra cuadragésimo tercera cena jocosa.

Así que, sin pensarlo dos veces, al día siguiente llamé a nuestro secretario y le pedí que me abriera las puertas del refugio, tanto la real y bien sólida de hierro, como la ligera e incorpórea del conocimiento. ¿Quién mejor que él? Sí, porque Juan conoce al dedillo todo lo que hay que saber sobre este refugio. Y bien que se esforzó en documentarse amplia y verazmente hasta reunir todo el material necesario para poder editar el libro que todos conocemos. Sí, el que cuenta como el día uno de abril de 1937, en los cielos

de Jaén se vieron... (Iba a decir «unas enormes aves», pero no, no lo diré. Es un recurso muy manido y un tanto cursi. Además se veía claramente que eran aviones, ruidosos y amenazadores aviones). Se vieron, decía, unos ruidosos y amenazadores aviones que dejaron caer sus bombas sobre nuestros tejados, sin que debajo de ellos hubiera objetivos militares. Las dejaban caer así, al buen tuntún, que caigan donde quieran; y si matan a inocentes... pues, ya se sabe, la guerra es la guerra.

En resumidas cuentas, que no quiero irme por las ramas, una mañana soleada Juan Cuevas y yo provistos de nuestras respectivas e incómodas mascarillas modelo ffp2 y guardando las debidas distancias, después de pasar por debajo de nuestro emblemático Arco de San Lorenzo, llegamos ante las puertas del refugio antiaéreo «Plaza de Santiago»

–Juan, este refugio fue rehabilitado hace poco, ¿no?

–Sí, a primero de 2011. La decisión de rehabilitarlo se hizo esperar –me dice mientras me mira elevando un poco su ceja izquierda y yo adivino una sonrisa irónica bajo su mascarilla–. El refugio se «redescubrió» en 1991, es decir veinte años antes.

–Durante unas obras de remodelación en la plaza, tengo entendido.

–Exacto. Fue durante unos trabajos arqueológicos en la plaza propiciados por la Delegación Provincial de Cultura. Se encontraron también restos

procedentes de la antigua iglesia de Santiago, que estuvo aquí, ahí encima, donde ahora están esos jardines. Y más arriba el solar que dejó la antigua casa de «la Fidela», ya sabes a quién me refiero, ¿no?

—Creo que te refieres a Doña Fidela Magdaleno Molina con la que, a pesar de su segundo apellido, no nos unía ningún parentesco. Su casa, con puerta abierta en la calle Maestro Macías (antiguamente calle Rodrigo Messía) era preferentemente visitada por hombres. Irían de tertulia, a platicar con sus pupilas. Já, já, já. Incluso he oído decir que en nuestra pasada guerra, Doña Fidela daba refugio a más de un «nacional» perseguido por los republicanos. A su entierro acudió todo un gentío. Pero antes que de «la Fidela», tengo entendido que

fue la casa de los Benavides que, según lo describe nuestro querido Manuel López Pérez, fue casa de «muchas campanillas», incluido el privilegio de disponer de un balcón abierto al interior de la iglesia de Santiago, contigua a la casa, desde el que la encopetada familia asistía a los cultos sin pisar el barro de la calle. Dicen que aquella casa tenía veintisiete habitaciones, corral y dos patios, y en uno de ellos una fuente principal alimentada, al igual que el pilar de Santiago, por el raudal del Alamillo. Y antes que de los Benavides la casa pertenecía a los Messía de la Cerda que fueron sus primeros moradores y los que concertaron con la iglesia lo del balcón abierto a su interior. Esto sucedía, según he leído, en el año 1610. Un siglo después, la casa la hereda Antonio Messía Ponce de León, fraile del convento de la Real Orden de Nuestra Señora de la Merced de Jaén y maestro en teología y artes. Vivió en esta calle hasta que se fue al convento; y en su tiempo (1752) la calle cambió su nombre de Rodrigo Messía por el de Maestro Messía. Pasan los años y el recuerdo de los Messía se pierde, y el nombre de la calle se deforma hasta denominarse en la actualidad Maestro Macías. Así, resumiendo, empezó



*Casa de los Benavides
Portada renacentista*



como casa de los Messía, después de los Benavides, después casa de vecindad para seguir entre los años cuarenta y finales de los sesenta del pasado siglo como casa pública regentada por la Fidela y en los noventa del XX desaparece a golpe de piqueta.

Juan, que discretamente ha soportado toda mi perorata, me mira, y cuando ve que ya se me ha acabado la cuerda, abre la puerta del refugio. Una bocanada de aire frío, húmedo, enrarecido, discretamente oriniento, sale a nuestro encuentro. Yo iba pensando que quizá se escucharía al abrir algún lamento, o llanto de niño, o la tos contenida de un viejo fumador, o el padrenuestro de alguna mujer preocupada por su marido que se ha quedado fuera..., pero no. No se oye nada. Si acaso un leve chirriar de la

puerta al abrirse. Juan entra un par de pasos y, a oscuras, tantea la pared un poco hasta encontrar el conmutador que enciende las luces.

Juan me cuenta que, cuando sucedió el bombardeo, este refugio no existía. Fue después de que sucediera cuando se dieron patadas en el culo por construir refugios en plan «como Dios manda». Hasta seis dispersos por toda la ciudad, en previsión de nuevos ataques. Porque existir refugios sí que existían anteriormente, pero sin las garantías necesarias. Eran simples túneles excavados en las laderas de los cerros, que en más de una ocasión se inundaban o tenían desprendimientos.

Juan lo cuenta muy bien en su libro. Se lo llevaré a mi reciente amigo Baltasar que he dejado roncando en el cuarto de invitados de mi casa. Entre otras cosas leídas en él, destaco lo que recoge sobre Miguel Hernández, nuestro cercano poeta: *Miguel Hernández, que no se encontraba en la ciudad el día 1 de abril, dedicó varios artículos al bombardeo en Frente Sur los días posteriores. En el titulado «La ciudad bombardeada», arremeterá contra Jaén «que dormía [...] en un sueño blando de aceite local».*



¿Será este nuestro sino, el estar siempre como dormidos? ¿Que Jaén es una de las ciudades más sucias de España?, ¿que lleva diez años esperando a que se ponga en marcha el tranvía?, ¿que cada vez está peor comunicado por tren?, ¿que pierde población en un continuo chorreo?, ¿qué la tasa de paro en la provincia es la segunda más alta de España, con casi el 25% de parados?, ¿que su ayuntamiento es el más endeudado de todos?, ¿que...?, bueno, mira a mí no me molestes y déjame seguir durmiendo mi siesta en ese sueño blando de aceite picual. En fin, no sé si este artículo que referencia Juan en su libro está escrito antes o después del famoso poema a los aceituneros en el que nos grita «Jaén, levántate brava», tendré que rebuscar en mi biblioteca, pero creo que ambos los escribió en fechas muy próximas.

Juan sigue contándome que los escombros del bombardeo, más los que se fueron añadiendo con la construcción de los refugios, estuvieron en las calles hasta 1940. No había vehículos para retirarlos. Anda, y ahora nos llevamos las manos a la cabeza (y con razón, eh) cuando pasan dos días si recoger la basura.

Hubo otros ataques aéreos pero afortunadamente se limitaron a la estación de ferrocarril y otros lugares, persiguiendo objetivos puntuales. Menos mal, porque las defensas eran ineficaces. Esto parecía una película de Berlanga. Para muestra, un botón: En una ocasión, el día 28 de mayo, la alarma empezó a sonar bastante después de que los aviones enemigos se hubieran ido. Y más episodios del mismo estilo: En el castillo se pusieron los tubos de los órganos de la catedral para simular cañones antiaéreos. En la terraza de la torre más alta estaban los vigías que debían de avisar cuando vieran aproximarse aviones enemigos, pero el teléfono para dar la alarma... ¡estaba en la planta baja! Así que, por muy deprisa que bajaran esas empinadas y peligrosas escaleras, cuando llegaban hasta él, pues los aviones ya estaban en Córdoba por lo menos. Se llegó incluso a designar a tres personas de confianza para que vigilaran a los vigilantes que había en el castillo y en la catedral... vamos Berlanga en su más puro estado.

Fue muy amena e instructiva nuestra visita al refugio. Al final, acordé con Juan que en el centro del mismo, donde confluyen las galerías, tendríamos que colocar una tarima, una especie de estrado con su atril, para que los oradores que quisieran intervenir pudieran leer sus discursos cómodamente y ser bien escuchados por todos los asistentes.



–Eso es cosa tuya –me dijo–. Haz lo que creas conveniente. Como si quieres traer al «Orfeón Santo Reino» y resucitar a su fundador el maestro Sapena, pues ya que lo has hecho con Don Baltasar, también podrías hacerlo con Don José.

–Mira, pues no estaría mal. Lo pensaré.

Y así, entre bromas y ocurrencias, dada la hora que corría, abandonamos el refugio y nos fuimos a tomar unas cervecitas con sus correspondientes aceitunitas. ¡Qué bien que nos sentaron!

PARTE TERCERA: PREPARANDO EL MENÚ.

Una vez solucionado lo del sitio donde reunirnos, había que pensar en qué poner de comer y beber. Baltasar del Alcázar y yo habíamos conseguido entendernos a la perfección. En cuanto le dije que teníamos que preparar un menú, se mostró muy dispuesto a colaborar.

–Tiene que ser muy jaenero –le dije.

–En ese caso no puede faltar la morcilla –respondió sin dudar–, ¿de cuantas clases existen en estos tiempos?

Tuve que explicarle que hoy nuestra cocina es mucho más variada que en su época y que, aunque incluyamos morcilla y queso, no serán los platos principales. Aceptó que yo eligiera las viandas con la condición de que antes tenía que probarlas él, también los vinos, y después ya veríamos si les daba el visto bueno. Así que me pasé toda una semana preparando platos especiales para su examen y acabó dándome dos listas, la una con los platos rechazados, la otra con los aceptados.

Entre los rechazados: Coca-Cola y otros refrescos azucarados. Me dijo que había visto demasiados cuerpos mantecosos y cebones paseando por las calles de nuestras ciudades y que, según había leído en algunos papeles en anteriores visitas a nuestro tiempo, el azúcar estaba en el origen de muchas de esas obesidades. También rechazó las cortezas de cerdo fritas, las hechas en plan industrial (dijo que era un sacrilegio compararlas con los chicharrones que él estaba acostumbrado a comer. De hecho me los escupió a la cara cuando se los di a probar). No aceptó mariscos, ya sean crustáceos o moluscos, porque no son típicos de Jaén salvo el cangrejo de río, pero ¿dónde diablos encuentras hoy en nuestros ríos cangrejos? También rechazamos, esta vez fui yo, cualquier plato a base de carrilleras de cerdo ibérico. Y mira que me gustan muchísimo. Sobre todo unas que cocina nuestra paisana Carmina, con vino blanco amontillado, clavo, laurel y cáscara de naranja (podéis ver la receta completa en su blog «Carmina en la cocina»). Se las di a probar a Baltasar que le gustaron tanto que me pidió una segunda ración y me preguntó que por qué las rechazaba.

–Pues porque aparecen en todos los menús de todas las celebraciones, igual que el jamón. Las rechazo por cansinas.

–Como vuesa merced desee, pero a mí me las prepara otro día.

Al final, después de una semana de tira y afloja entre Baltasar y yo, este es el menú de nuestra cena jocosa fingida del año 2020. ¡*Bon appetit!*

Menú para la Cena Jocosa Fingida del año 2020

Copa de espera:

–Aceitunas de cornezuelo, patatillas «Casa Paco», alcaparrones, paté de perdiz, *garbansillos totaos de Torrecampo*, peladillas saladas y fritas.

Entrantes (Un plato para cada cuatro comensales):

–Plato de morcillas selectas: morcilla blanca de Cazorla, morcilla con cebolla de Noalejo, morcilla achorizada ibérica de Campillo de Arenas.

–Plato de «ajo atao» para untar en regañás «Pan de Olivo con romero».

–Plato con cuatro «reclutas».

Primer plato:

–Cazuelita de espinacas esparragadas al estilo Jaén con picatostes.

Segundo plato:

–Bacalao en leche, según la receta de Manuela García Ortega.

Postre:

–Gachas.

–Pestiños.

–Almendrados de Albánchez de Mágina.

Bebidas:

–Cerveza «El Alcázar».

–Manzanilla Sanluqueña.

–Vino blanco joven 100 % Chardonnay «Blanca María» de Alcalá la Real.

–Vino tinto ecológico «Entredicho» de Segura de la Sierra.

–Espumoso «Matahermosa Brut Nature» de Frailes.

–Anís «Castillo de Jaén».

–Licor de Avellanas «Riska» sin alcohol de Ándujar.

–Agua de Marmolejo (con y sin gas).

–Café Kenia Cimazul de «Cafés Sierra Segura».

Adenda: Se permite que cada huésped traiga su propia servilleta (mientras más grande, mejor) y proceda como se hacía en la antigua Roma. Es decir, que una vez terminado el banquete, eche en ella todo lo que no pudo comerse, haga un buen nudo juntando los cuatro picos y se lo lleve a su casa. Lo digo porque, al ser una cena fingida, no se va a escatimar en calidad y abundancia de los alimentos. Va a sobrar un mogollón, os lo aseguro. Por el precio no os preocupéis; la cena la paga el cronista.

Como cosa curiosa os cuento que a Baltasar le resultó muy extraño que pusiéramos las aceitunas (las de cornezuelo le eran totalmente desconocidas) en el primer puesto, ya que él estaba acostumbrado a tomarlas de postre. Hasta tal punto era así que, según me dijo, en el siglo XVII «llegar a las aceitunas» quería significar que se llegaba tarde a algún convite o reunión. De todas maneras, él solo las probaría, me aseguró, pues como dice el refrán «Aceituna una o dos; y si tomas muchas, válgate Dios».

Otra cosa: Conviene dejar claro que el paté de perdiz que tomaremos procede de La Carolina y se sirve con un chorreón de aceite suave por encima, un arbequina virgen extra, por ejemplo. A Baltasar le pareció una exquisitez. Me hizo apartar un par de tarrinas para su consumo particular mientras durara su visita y me pidió que, si estaba en mis manos, le proporcionara la receta. No sé cómo hacen este que degustaremos en nuestra cena, pero en la escuela «Hacienda La Laguna», en Baeza, lo hacen con estos ingredientes: perdices en escabeche, cebolla, manzana reineta, plátano, higaditos de pollo, tocino ibérico, vino de Oporto, pimienta negra, bayas de Enebro, un poco del escabeche de las perdices, aceite de oliva virgen extra, sal, huevo y nata líquida para montar. Como los ingredientes son muchos y la elaboración del paté algo compleja, Baltasar dijo que mejor le apartara una caja entera de tarrinas en lugar de los dos botes que le había reservado al principio. Se las llevaría para dárselas a probar a Inés.

En cuanto al primer plato, la duda estuvo entre las espinacas y unas deliciosas croquetas de collejas (también conocidas como silenias, hierba conejera, farolillos, sanjuanines, restallones, alcaduceas, berzuela y otros nombres que se me escapan) tal y como las preparaba mi tía Adela, que en gloria esté, pero caímos en la cuenta de que no era temporada de collejas. Así que, espinacas *esparragás* es lo que toca.

También quiero dejar constancia de que el agua con gas le pareció al principio muy desagradable, se pasó toda una tarde eructando, pero al final acabó aceptándola; incluso llegó a pedírmela *motu proprio* en alguna ocasión.

PARTE CUARTA: LA NOCHE DEL 25 DE NOVIEMBRE DEL 2020

Le expliqué a mi amigo Baltasar lo de la citación mediante billete escrito con refinada caligrafía que Don Lope de Sosa, todos los años, nos hacía llegar por mediación de su criado portugués.

—Ah, os estáis refiriendo a esos dos personajes de mi poema de la cena jocosa, ¿no? En verdad os digo que yo nunca llegué a conocer personalmente

al tal Don Lope, por la sencilla razón de que murió diez años antes de que yo naciera. Tampoco sé a ciencia cierta si tuvo o no tuvo un criado portugués. Simplemente di por sentado que lo tenía porque su condición de alguacil mayor del ayuntamiento de Jaén así lo requería y teniendo en cuenta el origen portugués de los Sosa o Sousa, pues di en suponer que se traerían a más de un criado de aquella tierra.

–Privilegio de todo escritor de ficción es el dar por cierto lo que solo es sospecha o pura invención, siempre que venga bien a la historia que narra –le dije.

–Por cierto –siguió contándome Baltasar, me parece que sin haber prestado atención a lo que yo le había dicho–, fue Vasco Alfonso de Sousa el primero en pasar de Portugal a Castilla, en tiempos de Don Pedro I el Cruel, o el Justiciero, según quien narre sus hechos y es que, en este mundo traidor todo es según el color del cristal con que se mira desde que lo dijo Campoamor. Esto lo aprendí de él mismo en una visita que le hice allá por 1852, cuando era gobernador de Valencia y tuve que soportarle que me leyera algunos de sus muchos ripios. Pero volvamos a Vasco Alfonso de Sousa. Llegó a ser el Alcalde Mayor de Córdoba y Señor de Castil-Anzur, en Puente Genil. Años más tarde la Casa Sousa apoyó al rey Juan I de Castilla que rivalizaba con João I de Portugal por el trono de ese reino, pero todo se fue al garete en la batalla de Aljubarrota. Pues vuesarced ha de saber que de ese Vasco Alfonso descende nuestro Don Lope. Y ahora, si vuesarced lo desea le cuento la historia de esa batalla, que por ser yo militar estoy obligado a conocerla aunque no participara en ella.

–No, gracias. Ahora no, lo dejamos para otra ocasión –le dije, cortando de sopetón lo que supondría toda una tarde de interesante, pero larga perorata–. Baltasar, vámonos ya que la cita es para las ocho y media de la noche y nosotros debemos ser los primeros en llegar. Iremos andando ya que en esta ocasión no habrá ningún autobús que nos lleve al lugar de nuestra anual cena. El tesorero de la Asociación se alegrará, digo yo. Una lástima perder ese viaje porque en el trayecto se aprovechaba para iniciar conversaciones que luego continuarían en la copa de espera; una forma de «ir calentando máquinas». Así que tendré que imaginar una vez más. Haré una elipsis y en el siguiente párrafo ya estaremos todos, con una copa en la mano, en el interior del refugio, incluido tú, gordinflón.

PARTE QUINTA: LA COPA DE ESPERA.

La primera galería del refugio está acondicionada para la copa de espera. Casi todos los invitados hemos llegado ya. Aunque no estaremos al completo.

Siempre faltan algunos a estas cenas por imperativos mayores y esta no ha de ser menos. Ya se han formado los pequeños corrillos de tres o cuatro personas, en los que intercambiamos saludos y virus si hablamos sin la protección de la mascarilla. Si te desplazas de uno a otro, verás que hay un tema común: la puñetera pandemia y la esperanza puesta en esa ansiada vacuna que aún se nos antoja lejana.

En ese rincón mirad a Juan Espinilla que charla con Adelaida. Me acercaré, a ver que comentan. Le digo a Baltasar, que de momento lo veo un poco pasmado y no se separa de mí, que me siga.

–Pues, como con esto de la pandemia, el mejor sitio donde reunirse es en espacios abiertos, al aire libre, el mes pasado dos amigos míos y yo fuimos al cerro Boticario –dice Juan.

–Ah, sí. Donde está el complejo megalítico que descubrieron nuestros amigos Juan Antonio López y Enrique Escobedo –dice Adelaida.

–¡Qué maravilla! –Juan da un trago a su vaso de cerveza–. Quedé muy impresionado por el interesantísimo complejo megalítico. Tenemos aquí tan cerca un enclave semejante al famoso Stonehenge de Inglaterra, con las mismas connotaciones astronómicas, culturales y mágicas y ¿quién lo conoce? Y eso que nuestros amigos Juan Antonio López Cordero y Enrique Escobedo Molinos lo habían presentado en el IV y V Congreso Virtual sobre la Historia de las vías de Comunicación. ¡Qué documentadísimos trabajos! Leerlos es una delicia.

–Juan, que extraño verte sin tu cámara fotográfica –digo yo–. Oye, muy interesante eso del hallazgo del complejo megalítico tan cerca de nuestras casas, ahí al lado, como quién dice. Me lo apunto para visitarlo, siempre que alguien me guíe. Se lo pondré a los descubridores, o a ti mismo.

–No hay problema. Cuando quieras.

–Para empezar me voy a leer los trabajos de Juan Antonio y de Enrique. Mañana mismo los busco.

–Y cambiando de tema –dice Adelaida–, ¿Cómo os ha afectado el tiempo de confinamiento? Empezó mediado el mes de marzo, ¿no?

–Pues sí, el sábado día 14, quiero recordar –dije yo–. Todavía recuerdo los primeros días. Prohibida toda actividad no esencial. Todo el mundo encerrado en su casa. Los padres cuidando a los niños que no podían ir al colegio. Y los niños aburridos sin poder salir a pasear y a jugar en el parque. Menos mal que yo ya estoy libre de esa tarea. Además tuve la suerte de contar con una excusa para salir a la calle y era sacar a pasear a mi perrita.

–Es cierto; circularon varios chistes por las redes en los que se hacía gracia con eso de sacar al perrito. Algunos eran anuncios en los que se ofrecía en alquiler el perro para tener la excusa de salir a la calle –dice Adelaida.

–Sí. Pero había un reglamento para ese paseo –dice Juan al tiempo que coge unas peladillas de la mesa y se las lleva a la boca–. Si la policía te pillaba más allá de cierta distancia de tu casa, pues te multaba.

–Claro, había que evitar que a alguien se le ocurriera patearse medio Jaén con la excusa del paseito del perrito. Yo no me apartaba más de una manzana de mi casa. Eso sí, lo hacía hasta seis veces al día, no como antes que solo eran dos o tres.

–Ja, ja, ja –ríen Adela y Juan.

–En estos últimos meses otra cosa que he hecho es ir a nuestra Catedral –dice Juan que nos mira sonriente–. En las muchas visitas que he hecho, sentado en los bancos del crucero, o en los del Coro, sentía como si un mundo distinto al real estuviera envolviéndome, como si entrara en otra dimensión. Muchas noches sueño que estoy en ella, pero es muy distinta, muy grande, muchas habitaciones, muchos libros, muchas personas... Lo vivo como real y, al despertarme me pregunto si ha sido un sueño o un viaje astral. Ahí lo dejo. Otra cosa que he hecho durante el tiempo de confinamiento: me he hartado de la Covid-19 las veinticuatro horas del día presente en todas las televisiones, de políticos parlanchines y de rebuscar en las estanterías libros que sé que los tenía, pero que no estaban a la vista. También he discutido un poquillo con mi esposa, roces de convivencia sin tregua, pero esto no os lo cuento.

–Pues como todos. Yo también he discutido más que en condiciones normales con Mari Carmen –digo yo. Alargo la mano y cojo otra cerveza de la mesa–. Es lo que tiene pasar muchas horas y muchos días juntos. Dicen que cuando la gente se jubila, ocurre un repunte en los divorcios o separaciones de las parejas. Y es que, claro, al no tener que estar ocho horas o más separados, cada uno en su trabajo, pues pasamos más tiempo juntos y los «roces» se multiplican. Y quién diga lo contrario, miente.

Baltasar nos mira como pidiendo más información de las cosas que hacíamos aquellos días y le hablo de los aplausos dirigidos a los sanitarios a las ocho de la tarde, de la compra en el Corte Inglés previa cita y retirando los paquetes en el garaje, del cierre de muchos comercios, de las calles vacías a las diez de la noche (esto último lo agradecí sobremanera por el silencio que conllevaba. Lástima que no se mantenga el toque de queda, no digo yo a las diez, pero sí a las doce de

la noche). Luego hubo fases de desescalada y uno tenía que estar muy al día para saber qué cambiaba en tu autonomía, con horarios para pasear o hacer deporte. Otra cosa buena que nos trajo el confinamiento fue que las emisiones de óxidos de nitrógeno, un claro peligro para la salud humana y el clima, disminuyeron un 15% a nivel mundial, con reducciones locales de hasta el 50%.

–Ven Baltasar, allí están Pepe García y María José Sánchez, vamos a ver de qué hablan... Hola, ¿qué tal estáis?

–Buenas noches. Hombre, como me alegra que hayas venido en tan grata compañía. Soy un admirador suyo –dice Pepe dirigiéndose a Baltasar.

–Me siento complacido. Ya me ha dicho nuestro común amigo Felipe que vos también sois diestro en eso de versificar. Espero escuchar o leer pronto algún poema vuestro –dice Baltasar que se gira a la derecha y saluda con una inclinación de la cabeza a María José–. También estoy informado de que vos sois la digna cronista oficial de Torres. Le estaría muy agradecido si, esta misma noche, pudiera escucharle el relato de algún importante hecho acaecido en tan noble villa.

–Bueno, bueno, y ¿de qué hablabais antes?

–Pues, ¿de qué vamos a hablar?, del tema más actual, de la pandemia. Me cuesta mucho trabajo recordar –dice Pepe–. Me da la impresión de que el machaqueo periodístico-informativo-tergiversador de la naturaleza del maldito virus. Desde «es como una gripe, pero con menos morbilidad»; hasta «si hablas con alguien, te contagias y, como no hay tratamiento,...»; pasando por «esto es un invento para eliminar gente...», etc. Todo ello ha ido llevándome a un extraño estado en el que parece que hubiera querido encerrarme bajo una corteza para así protegerme.

–¿De qué? –le pregunto yo y saco mi grabadora del bolsillo para ponerla a un palmo de su boca–. Sigue hablando que lo voy a grabar para luego incluirlo en mi crónica.

–También yo me lo pregunto y no paro de ofrecerme respuestas. ¿De salir al exterior? ¿De comunicarme con los demás? ¿De gastar dinero? ¿De mantener relaciones afectuosas? ¿De contrastar mis opiniones con las de otros? ¿De compartir aficiones? ¿De soportar malas noticias? ¿De caer enfermo? ¿De hacer ejercicio? ¿De disfrutar y gozar de un amanecer, de un paisaje, de un cielo estrellado, de una puesta de sol, de un almendro en flor...? ¿Del silencio de una biblioteca? ¿Del esplendor de un espectáculo musical, teatral, de danza...? ¿De participar en el culto al Dios en el que creo? ¿De reunirme con mis familiares o con mis amigos? ¿De desplazarme a otros lugares para ampliar los miradores de mi vida? ¿De esto

me protejo...? Y, de pronto, me doy cuenta de que sólo se me abre una ventana (¡el colmo!, la abro yo), electrónica, por donde no paran de enviarme inacabables mensajes manipuladores que sólo persiguen inocularme otros virus...

—¿Otros virus? ¿Qué virus? —pregunta María José

—El de que siga conectado permanentemente a esa cadena (en el doble sentido de medio de comunicación y de atadura de hierro). El de esa, la que cuentan, es la verdad. El de que necesito su versión de la realidad, de la diversión, de la moral, de la economía, de la estructura del poder, del funcionamiento de la sociedad... El de que no viva mi vida, sino la que me transmiten su cadena, su visión, su atadura, sus imágenes, sus palabras y sus silencios... El de que me sienta cada vez más insolidario, más misántropo, al ser consciente de que la ignorancia, la ineducación, el egoísmo, la violencia, el ruido... se extienden como una mancha de grasa, nos invaden como una inundación y amenazan con ahogarnos como un diluvio universal...

—Me parece muy interesante lo que decís —Baltasar toma otra copa de manzanilla y le da un trago—. Seguid, seguid.

—Pues que tengo que vacunarme, ¡tenemos que vacunarnos! Y lo tenemos que hacer cerrando nuestra puerta de acceso a tanta solapada agresión, reforzando nuestros flancos amenazados por nuestro propio egoísmo que gusta de la comodidad, del halago, del bienestar placentero...; reprobando y no olvidando las mentiras manipuladoras; aplicando nuestro espíritu crítico a cada mensaje que nos acosa; recordando continuamente cada agresión a la convivencia, a la persona, a la dignidad, a la libertad, a la naturaleza... , para, en su momento (unas elecciones, por ejemplo), obrar en consecuencia...; y, como soy creyente, pidiendo a Dios fervientemente las fuerzas necesarias para no rendirme en la pelea que siempre supone estar vivo y ser consciente de ello.

—Pepe, todo esto que estás diciendo lo transcribo sin cambiar una palabra —digo yo—. ¿Estás de acuerdo?

—Tú eres el cronista. Tú cuentas lo que creas oportuno. Hace unos días, hablamos por teléfono y me preguntabas por mis recuerdos de este pandémico, infausto y horrible año veinte y, la verdad, no sé si te respondí entonces, porque sólo recuerdo que deseaba borrar cada preocupación, cada mala noticia, cada mentira, cada sacrificio, cada ausencia, cada momento en que se acercaba una sombra de miedo, cada desahogo que, en el fondo, me parecía ridículo, y aferrarme a los pocos acontecimientos, casi todos compartidos de lejos, en que me sentía amigo, padre, esposo, abuelo, aficionado a escribir, maestro, ciudadano, hijo de Dios, ¡hombre!

–Me temo que por mucho que quieras borrar no podrás borrar todo lo vivido en este tiempo –digo yo–. Es más, en mi opinión creo conveniente no olvidar lo que está sucediendo. Puede ser que en un futuro nos sirvan, tanto los aciertos como los errores que estamos cometiendo. Porque me juego mi viejo carnet del videoclub García, el último en echar el cerrojo en nuestra capital, a que en el futuro situaciones como esta se repetirán. Lo mismo que ya se vivieron en el pasado.

–Muy cierto es lo que dice vuesaerced –Baltasar asiente con la cabeza–. Andrés Bernáldez, «el cura de los Palacios», cronista y autor de «Historia de los reyes Católicos Don Fernando y Doña Isabel» nos dejó testimonio de la presencia casi permanente de la peste en las riberas del Mediterráneo. Solo en el año 1507 murieron 30.000 personas y de ellas 1.500 en la tercera semana de mayo. Eso es lo que me contaba mi padre. Pero lo peor estaba por venir y yo mismo fui testigo del azote del jinete que lleva en su mano una balanza y monta un caballo negro, y del otro terrorífico jinete con forma de esqueleto sobre caballo bayo, ya que de 1598 a 1603 una nueva epidemia de peste afectó a casi toda la península y causó medio millón de muertos. Hambre y enfermedad se convirtieron en términos inseparables. Y Mateo Alemán, paisano mío aunque algo más joven que yo, en su obra «El Guzmán de Alfarache», dice: «Librete Dios de la enfermedad que baja de Castilla y del hambre que sube de Andalucía». Y no crean vuestas mercedes que eso que ahora llaman confinamiento y la prohibición de viajar es cosa nueva, que ya en mis tiempos Don Luis de Mercado, el que fue médico de cabecera de su Alteza Felipe II, «el Prudente», escribió un tratado sobre la naturaleza de la peste y como prevenirla y en dicho texto dejó claro que la prevención era asunto colectivo y no individual y proponía medidas como impedir la entrada en ciudades y pueblos de las gentes procedentes de lugares infectados. Así que no se lamenten tanto.

–Menos mal que usted hace el contrapunto con sus versos –dice María José que ha intentado terciar en la conversación un par de veces, pero no la hemos dejado por culpa de nuestra verborrea–. Pues yo, a propósito de esto de la pandemia, cuando un día llegué a mi casa, nada más entrar, me dice mi marido que estaba viendo la televisión: «Mira, mira lo que está pasando en Wuhán». Me quedé descompuesta. Solo acerté a decir: «Ya mismo viene a España». Y él me dijo que era una exagerada. Y es que hacía muy poco tiempo que había hecho un trabajo sobre la epidemia de la gripe española en la localidad giennense de Torres. Todo había ocurrido igual. Se extendió desde América con gran rapidez por todo el mundo. Y en aquellos tiempos en los que no había turismo, ni viajes, ni nada que aparentemente pudiera ayudar a la expansión. Si eso fue entonces,

ahora... Desde entonces no dejé de preocuparme. Hasta que pasó lo que pasó. También me ocurrió lo mismo con mis amigos que no querían suspender un viaje programado a África y ya pagado. No me hacían caso. Me llamaban exagerada. Al final, ante la evidencia, tuvieron que darme la razón. El viaje no se hizo, pero por suerte nos devolvieron el dinero.

—Vaya, que fastidio eso de quedar suspendidos los viaje —digo yo—. Mi hijo, que desde hace dos años vive en Londres, le pasó igual que a vosotros. Se quedó sin poder venir. Supongo que también le devolverían el dinero. No lo sé. Le preguntaré.

—Sí —dice Pepe—, en mi caso pasó igual. Cuando mis hijos pudieron salir y viajar hasta nosotros, con su imprescindible ayuda, logramos sacar en Amazon dos libritos, uno que le debía a la memoria de mi padre y sus aventuras juveniles y otro en el que, a imitación de aquellas Cartas de Cadalso, converso con un tal Mahmed y recojo cuatro cuentos usando como personajes a nuestras Tres Morillas del famoso zéjel, uno de los cuales, por cierto, anticipé en la Cena que celebramos en la Universidad de Jaén... Ah, se me olvidaba, en medio del aislamiento veraniego, logramos instalar en el campo una pequeña piscina, cosa que en los más de cincuenta años anteriores de matrimonio, no habíamos querido hacer... Como dicen los que saben francés, «así es la vida».

—*C'est la vie* —dice María José.

—En resumen, que, después de todo, a lo mejor éste no ha sido nada más que otro doloroso año de vida.



—Bueno, no quiero ser agorero, pero no veo el fin de la pandemia al alcance de la mano —digo yo—. Primero tienen que llegar las vacunas y después, ya veremos.

Como esto es una crónica de unos hechos fingidos, me es permitido hacer que en estos momentos, justo ahora, suenen nueve campanadas. Cesan las conversaciones. Silencio. En algunos semblantes se deja ver el asombro, en otros sorpresa; en el mío no hay cambio alguno por dos motivos: el primero porque como soy el que inventa esta crónica ya sabía lo que iba a suceder y en segundo lugar porque las

pilas de mis audífonos se habían agotado. Voy a ponerles unas nuevas. Escuchad: Una, dos, tres, . . . y nueve campanadas. Un segundo después de la última campanada, antes de que podamos recuperarnos del portento, oímos un nuevo «tilín, tilín» al que estamos más acostumbrados. Suena la campanilla de nuestro sacerdote.

—Seguramente eran las campanas de la iglesia de Santiago —dice Pedro Casañas—, aquella que estuvo justo encima de nosotros y que fue demolida en el año 1810. Iglesia de gran importancia en su tiempo ya que gozaba del privilegio de la procesión para proclamar la Bula de la Santa Cruzada y también porque desde su torre, en el siglo XVII, se daba a golpe de campana el toque de queda de la ciudad, a las nueve en invierno y a las diez en verano.

Baltasar, que no se aparta de mi lado, se me acerca aún más y me dice al oído:

—Es cierto que la fecha de la fundación de esta iglesia de la que se habla ahora no se conoce con certeza, había gente que opinaba que se asentó sobre una antigua mezquita, al igual que vuestra Catedral. En aquellos días en que estuve interesado por esta vuestra ciudad, leí en una ocasión unas crónicas escritas en el siglo XV, en las que se relataba como el condestable Lucas de Iranzo, ese que tanto hizo por vuestro Jaén, iba un día en cuaresma a oír misa a la iglesia de Santiago, es decir, a esa que menciona vuestro sacerdote. Recuerdo muy bien lo leído en aquella ocasión y lo puedo repetir palabra por palabra. Decía así: *«Venida la fista de Santiago, el señor condestable iba a visperas la vigilia y otro día a misa a la iglesia de Santiago. E se llevaban a la dicha iglesia cuatro antorchas de cera, que ardían a todas las horas de la dicha fiesta, en dos candeleros, delante del altar mayor de Santiago. En la qual fista su señoría cabalgaba por la mañana con todos los caballeros de la ciudad, e iba al río. E desde que venía, jugaba a las cañas con dichos caballeros en todos los lugares, así a la mañana como después de bisperas. E así mesmo se daban colaciones»*.

—Baltasar —le atajo yo porque le veía dispuesto a largarme un extenso relato—, dejémoslo para más tarde. Además todo lo referente a la iglesia de Santiago y a su collación lo contaron muy bien los que fueron miembros de esta asociación Rafael Ortega Sagrista y Manuel López Pérez. Cuando volvamos a casa te daré a leer el libro de este último titulado *El viejo Jaén* en el que cuenta cosas muy interesantes y curiosas anécdotas, tanto de la iglesia como del barrio de Santiago. Es un libro de obligada lectura. Y ahora escuchemos lo que tiene que decir nuestro sacerdote.

—Hoy han vuelto a sonar esas campanas gracias a la magia de nuestro cronista, para recordarnos que vuelve a haber toque de queda y que son las nueve de la noche. Y en lo que a nosotros nos afecta, este sería el momento en que se

presenta a la comunidad al nuevo miembro. Este fatídico año 2020, lamentablemente, no lo hay –Pedro hace aquí una breve pausa, como queriendo marcar un punto y aparte en su alocución y luego la reanuda con un tono más enfático–. Sin embargo, tenemos un invitado especial al que le debemos mucho. Un invitado al que no hace falta presentar. En el año 2001 fue nuestro convidado de piedra. Yo mismo lo invoqué y, por unos minutos, estuvo presente en el palacio de los Vélez. En aquella ocasión, en forma de ripios, le fui presentando a los comensales que en ese día asistíamos a nuestra cena anual. Luego, pretextando no sé qué, se ausentó. Por fin hoy, después de diecinueve años, nuestro amigo Felipe ha conseguido que acepte quedarse a cenar con nosotros por lo que le estamos enormemente agradecidos y nos sentimos muy honrados con su presencia. ¡Bienvenido Don Baltasar del Alcázar!

–Tened por seguro que el honor es mío. Y no creáis que me iré de vacío, pues de todo cuanto oiga sacaré provecho, y más aún de todo cuanto coma y beba. Luego escribiré otras redondillas contando esta cena para que Inés goce aunque sea de oídas ¡Por el gran chápiro verde, que espero que la noche sea larga! Y ahora, continuad si os place, gran prioste y disculpad mi interrupción.

–Todos nosotros deseamos que no sea esta la última vez que nos visite –le dice Pedro con la amabilidad que le caracteriza– Decía antes que, a falta de neófito, en su lugar dedicaremos este espacio a uno de nuestros amigos queridos que se fue, víctima de la Covid. Las palabras que hoy le dedican José García y Juan Cuevas serán nuestro homenaje póstumo. Cuando queráis, amigos, podéis subir al estrado.

Le dije a Baltasar que estuviera atento a lo que dijera el primer orador porque era, igual que él, un magnífico componedor de versos y, de seguro que en esta ocasión nos deleitaría con alguno de ellos.

PARTE SEXTA: HOMENAJE PÓSTUMO A PEDRO CRUZ CASADO.
PALABRAS DE JOSÉ GARCÍA Y JUAN CUEVAS.

Palabras de José García:

HA MUERTO PEDRO CRUZ

Descansa en paz, amigo en san Antón;
generoso hacedor de nuestros libros,
maestro sin igual de las imprentas,
editor de bondad, de bonhomía.

Las Crónicas, las Sendas y mis Cuentos
llorarán para siempre la orfandad
del padre que fraguó sus galeradas,
que engendró sus figuras, sus maquetas
y les dio la hermandad con tanto libro
que llora, entre sus páginas, tu muerte.

Confío en que tu vuelo hasta esa Estrella
que acoge alrededor tantos amigos,
te lleve a compartir, con todos ellos,
la Lumbre Celestial que tú mereces.

Ya no te diremos «ve con Dios»;
ya estás con Él.

Palabras de Juan Cuevas:

PPEDRO CRUZ CASADO

IN MEMORIAM

El día 30 de marzo de 2020, a los 73 años de edad, tras una enfermedad que finalmente resultó insalvable por complicaciones derivadas de la pandemia que asola el mundo de nuestro tiempo, falleció el miembro de número de la Asociación y querido amigo Pedro Cruz Casado. Trabajador de las Artes Gráficas de oficio y de corazón, que tuvo otras dos pasiones: su familia, el motor de su vida, y el fútbol, al que amó con fervor y practicó mientras pudo.

Pedro, nació en el edificio en el que se apoya la fachada del Pilar del Arrabalejo el 13 de enero de 1946, como un giennense de la más pura cepa, en la casa de su tío Pedro Alba, durante los años más duros de la posguerra, y creció, con sus padres, hermanos, tíos y primos, en un ambiente de familia en el más amplio sentido de la palabra, unida por lazos de afecto y solidaridad, en la que todos tenían que compartir lo que hubiera y poner su granito de arena para hacer frente a las dificultades de la vida cotidiana.

Este fue el motivo de que siendo un adolescente de catorce años, nada más terminar la escuela obligatoria, tuviese que incorporarse al mundo del trabajo, y lo hizo a la manera de aquellos tiempos, que recuerda mucho el método seguido por los antiguos gremios para autorizar la práctica de un oficio: primero aprendiz, luego oficial y, finalmente, maestro. Comenzó pues, como aprendiz y chico para todo, en los talleres del Diario Jaén, situados en el antiguo palacio de los Condes de Corbull, de la Carrera de Jesús, y, en concreto, ayudando en las tareas que en el periódico se denominaban «comerciales», donde se hacían trabajos de imprenta convencionales como tarjetas, impresos, folletos, etc., bajo las órdenes y al cuidado de su responsable el regente de impresión Manuel Cuesta; y pronto aprendió que no convenía ponerse al alcance de las salpicaduras de metal caliente que desprendía la linotipia, ni cerca de los cilindros de la prensa rotativa o de las gigantescas bobinas de papel.

Tras algo más de un año, le surgió la oportunidad de «colocarse» en la Unión Tipográfica, calle Talavera, 7, la imprenta propiedad de la sociedad compuesta por Rafael Palomino Gutiérrez, Antonio Jaén Varela y José Pozo Albañil, que se había modernizado enormemente en 1958 al incorporar un par de máquinas automáticas Heidelberg, a partir de la ayuda de casi tres millones de pesetas que le había concedido el Gobernador Civil Felipe Arche Hermosa al amparo del Plan Jaén. Allí, rodeado de chibaletes, cajas de tipos, regletas y componedores se convertirá en cajista compaginador a partir del magisterio de Manuel Expósito Martínez, un tipógrafo sabio y ejemplar, participando en las ediciones de los libros más importantes del Jaén de aquellos años, algunos escritos por el mismo Felipe Arche como Jaén resurge (1963), o impulsados por él como 25 Años de Paz (1965), en el que se imprimirían las primeras cuatricomías realizadas en nuestra ciudad.

En 1965, la Unión Tipográfica formará sociedad con una empresa francesa dedicada a imprimir los nombres y anagramas de los comercios sobre bolsas de papel, mediante huecograbado, para poner en funcionamiento Grafi-Bolsas Unión, con la intención de acaparar este incipiente mercado en España. Se compraron unos terrenos en la Carretera de Torrequebradilla (10.000 m²), en el lugar ocupado actualmente por el Supermercado Mercadona del Polígono del Valle, y se construyó una nave en la que instalaron las máquinas de la imprenta y de la estampación de bolsas; pero esta última actividad no fue bien, en 1967 se disolvió la sociedad, y la Unión Tipográfica tuvo que volver a la calle Talavera, cargando con el exceso de personal resultante pero sin deudas, según se estableció en el acuerdo de disolución. Aunque este periodo fuese para Pedro de incertidumbre desde el punto de vista profesional, desde el personal fue, por

el contrario, muy satisfactorio, puesto que allí conoció a María Dolores Martínez Rodríguez, que se había incorporado a la empresa para trabajar en la estampación de bolsas, con la que compartía la afición por el deporte (María Dolores practicaba el balonmano y el balonvolea, en sendos equipos femeninos) y con la que se casaría después de unos años de noviazgo. Fruto de su matrimonio nacerán tres hijos: Pedro, Antonio y David, que han sido su principal acicate y motivación para afrontar la lucha diaria por la vida, aunque también es cierto que Pedro siempre mantuvo el espíritu familiar que conoció en su niñez, más allá de la familia nuclear, y siguió cultivando estrechos lazos con sus padres, tíos, primos... y una intensa convivencia.



Pedro Cruz, segundo por la derecha, en la puerta del Diario Jaén, en su antigua ubicación en Carrera de Jesús. Año 1960.

Cuando Manuel Expósito fue contratado como jefe de talleres de Gráficas Nova y comenzó a formar su propio equipo pidió a Pedro que lo acompañara en la nueva aventura, y este no dudó aceptar, porque intuía una mayor estabilidad laboral y una oportunidad para seguir profundizando en el oficio en el que ya era un auténtico experto, a pesar de ser consciente de que le iba a suponer una reconversión a las nuevas tecnologías que comenzaban a imponerse en esta empresa que, bajo la gerencia primero de Juan Lombardo y

luego de Juan Cano, tenía vocación industrial e intentaba ser competitiva en el mundo de la impresión nacional, consiguiendo algunos éxitos reseñables como la exclusiva de la edición de los libros teóricos para la obtención del permiso de conducir. Así, tuvo que aprender a componer y compaginar para la impresión en offset, mediante fotolitos y planchas y, también, aunque él con lo que disfrutaba realmente era con los ajustes, a manejar las máquinas de impresión.

Pero a Gráficas Nova tampoco le fue bien, a pesar de los intentos de modernización no consiguió ser lo suficientemente competitiva con las grandes imprentas comerciales de Madrid, Barcelona, Sevilla... que cada vez copaban más el mercado, y tuvo que cerrar; eran los años de la denominada Transición española, de ebullición política y social y de crisis económica, y Pedro, siguiendo la tradición más genuina del gremio de impresores y tipógrafos, se afilió a la Unión General de Trabajadores, sindicato al que perteneció hasta su muerte. Pero, los nuevos gobernantes que trajo el advenimiento de la Democracia a la Diputación Provincial vieron necesario crear una imprenta que atendiera la edición diaria del Boletín Oficial de la Provincia, las publicaciones que generaba el Instituto de Estudios Giennenses y las que, un poco después, generaría la propia Diputación, para lo cual crearon la Sociedad Provincial de Artes Gráficas (SOPROARGRA), a partir de la maquinaria y el personal de Gráficas Nova. Pedro se incorporó a esta nueva empresa pública, componiendo, ajustando y también como maquinista, aunque cada vez le fueron asignando más responsabilidades hasta acabar dedicándose casi en exclusiva a las tareas relacionadas con la edición. Uno de los trabajos del que Pedro estaba más orgulloso fue el que le encomendaron en 1982, cuando Diario Jaén rompió las máquinas y pidió a SOPROARGRA que se hiciese cargo de la impresión del periódico hasta que lograra componerlas, consiguiendo la proeza de sacar la edición en offset, sin que prácticamente nadie se diera cuenta de lo sucedido, hasta que, una vez reparadas las rotativas, apareció publicado al tercer día como titular de la portada.

Pedro Cruz, compaginó sus actividades laborales con la práctica del fútbol, otra de sus pasiones, mantenida desde su adolescencia y hasta que las lesiones de rodilla arrastradas a lo largo de los años se lo permitieron, ya bien entrado en la madurez. En sus buenos tiempos era un centrocampista rápido y correoso, con gran visión del juego, control de balón y pase fácil, siempre ayudando tanto a la defensa como a la delantera, y, después, cuando ya podía moverse menos, defensa central. Su participación era inexcusable en las durísimas ligas locales y provinciales de fútbol y fútbol sala entre los años sesenta y prácticamente el dos mil, ya fuera jugando en equipos como el Puerto Rico, el



Pie de foto: Alineación del equipo Skol de la temporada 1978-79 posando en el polideportivo de La Salobreja. Arriba, de izquierda a derecha: Castillo, Rufino, Redecillas, Rafa y Rodri. Abajo, de izquierda a derecha: Rovira, Juli y Pedro Cruz.

Industrias Garca, el Banco de Jerez, el Expomoto, el Torredonjimeno, el Diputación..., o el Skol de fútbol sala, aunque siempre como aficionado.

Al ponerse en marcha el Gabinete de Diseño de la Diputación Provincial en los años ochenta, siendo director del Área de Cultura Manuel Urbano Pérez Ortega y su responsable el poeta José Viñals, Pedro fue trasladado al mismo para que aportara sus conocimientos

y buen hacer en el nuevo Departamento, al que permanecería ya adscrito hasta su jubilación en marzo de 2011. Su principal tarea era la de cuidar los aspectos técnicos de las ediciones de libros, folletos, carteles..., que cada vez en mayor cantidad iban saliendo de las prensas. Y tuvo que afrontar el reto tecnológico en el que las Artes Gráficas estaban inmersas en aquellos momentos, como consecuencia de la introducción y auge de los nuevos medios electrónicos, que obligó al «hombre tipográfico» de la Galaxia Gutemberg a aprender el manejo de los programas de edición y los fundamentos de la impresión digital. Pedro, contribuyó en gran medida a la que sin duda ha sido la mejor y más fecunda etapa del Área de Cultura y el Instituto de Estudios Giennenses en cuanto a publicaciones se refiere. Fue allí, en una de las salas que Diseño ocupaba en los bajos del Palacio Provincial, donde tuve ocasión de conocer a aquél hombre sencillo, discreto, de mirada inteligente y gesto amable, que hablaba lo justo y solo de lo que sabía, entre libros, pruebas de imprenta, revistas y carteles. Yo acudía a Pedro, a Antonio Blanca, diseñador y pintor que también formaba parte del equipo, y a Viñals en busca de consejo y asesoramiento, para garantizar una buena calidad en las ediciones de los primeros libros que editaba el recién creado Servicio de Publicaciones del Ayuntamiento de Jaén, y, enseguida, establecimos una estrecha colaboración que, especialmente en el caso de Pedro, se fue convirtiendo en una gran amistad.

Su generosidad le llevó a colaborar también con la dirección y el consejo de redacción de Senda de los Huertos, a cuya disposición puso sus conoci-

mientos cuando se planteó la necesidad de reformarla y actualizarla en sus aspectos organizativos, formales y de contenido en 1997, al cumplirse diez años desde su aparición. A Pedro debemos la maquetación de las páginas interiores y las cabeceras que identifican las secciones, la claridad en su estructura, la elección del tipo de letra, etc. También se hizo cargo de la composición, maquetación y demás aspectos técnicos de la edición de todas las que siguieron a continuación hasta el último número publicado (71-72). Así mismo, se ha encargado de la composición, maquetación y edición de las crónicas de las cenas jocosas celebradas desde 1996, a las que actualizó el diseño y proporcionó una estructura sólida.



Pedro Cruz al final de su vida, gozando de sus hijos y nietos.

Sirva esta breve reseña biográfica de nuestro confrater Pedro Cruz Casado de colofón a una hermosa amistad, y como homenaje y agradecimiento a una vida de trabajo vocacional: en la que su sangre de tinta, su piel de papel, su mirada intensa que desvelaba la trama, sus dedos que colocaban los tipos o manejan el ordenador nos han dejado, a los amantes de las ediciones bien hechas, miles de libros, folletos, catálogos, revistas, etc., realizados con maestría, profesionalidad, dedicación y satisfacción, un gran legado y un gratísimo recuerdo.

Juan Cuevas Mata

PARTE SÉPTIMA: EMPIEZA LA CENA. LOS ENTRANTES.

Tras las emotivas palabras dedicadas a Pedro Cruz, llegó el aplauso general dedicado a él. Yo oía retazos sueltas conversaciones que se quedaron flotando en el ambiente durante un buen rato: «era un gran hombre»..., «descanse

en paz»..., «siempre lo echaremos de menos»..., «maldita pandemia»...

Cuando Juan Cuevas y Pepe García doblaron sus cuartillas y, a petición mía, me las entregaron para poder transcribirlas sin cometer ningún error en esta crónica, el prioste nos indica que podemos dar inicio a la cena. Pasamos a la segunda galería del refugio donde hay dispuestas largas y estrechas mesas con los platos de los entrantes.

Antes de que tomáramos asiento, nuestro capellán, José Casañas, se situó en el cruce de las galerías para quedar a la vista de todos y bendijo la mesa, como es ya tradición en nuestras cenas, con la oración rimada que empieza de esta manera: «Señor San Antonio Abad: / Los aquí cenantes, tus amigos, / alrededor de esta mesa reunidos, / rogamos de tu amistad / que nos mantengas siempre unidos». Me fijé en Baltasar y pude comprobar que la oración era de su agrado pues iba marcando la cadencia de la composición con movimientos de la cabeza. Cuando José Casañas terminó su oración con el último verso, ese que dice «regado con vino espeso», Baltasar fue el primero en soltar de una manera fuerte y clara su «Amén».

Ni que decir tiene que al primer plato que echó mano nuestro invitado de honor fue al de las morcillas. Después de saborearlas me dijo:

–¡Vive Dios, que ninguna de estas morcillas las emplearía yo para echárselas a los perros!

-Claro que no. ¿Es que usted se las echaba a sus perros? –le pregunté.

-Solo a aquellos que vagabundeaban sin amo. Esos animales eran molestos, estaban cargados de pulgas y había que eliminarlos. La costumbre era echarles un trozo de morcilla, ya enranciada y no apetecible para el consumo humano, en el que se había introducido un veneno. Era la mejor forma de acabar con ellos.

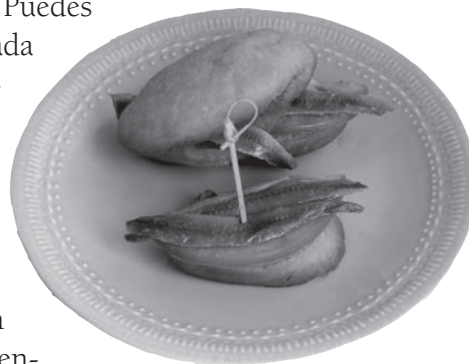
-¡Ah, claro! Ahora entiendo yo lo de la frase esa que tanto empleamos ahora – dije yo.

-¿A qué frase se refiere vuesa merced?

-Cuando queremos zanjar o acabar una discusión con alguien que realmente nos está molestando o irritando sobremanera le decimos: «Que te den morcilla». Está claro que la frase alude a la morcilla esa que dabais a los perros vagabundos, que serían legión. Já, já, já, nunca imaginé que mi cuñado me está dando morcilla envenenada, cada vez que discutimos sin llegar al entendimiento y acaba diciéndome la dichosa frasecita. Se va a enterar.

-Pues anote vuesa merced un refrán que en mis tiempos corría por Sevilla, y quizá también por Jaén. Es este: «Mucho sería una morcilla para cada día». Porque ese era el afán del común de las gentes, tener una morcilla a diario, comerla por la mañana y luego ya tenerla repitiéndose en la boca todo el día.

Después de acabar su ración de morcillas, Baltasar se queda un poco extrañado del plato que contiene los «reclutas». Le explico que es una tapa típica del Jaén. Estos reclutas consisten en un bollito de pan frito en aceite de oliva virgen o virgen extra, según lo rumboso que sea el propietario del bar, acompañado de unas rodajas de tomate y unas anchoas. Puedes encontrarlo como bocadillo o sólo con una rebanada de pan. Al parecer los primeros «reclutas» comenzaron a servirse en el Bar «El Hueco». Aunque yo los que recuerdo con placer son los que servían en «La Manchega», esa taberna que abrió por primera vez sus puertas a dos calles en el año 1886, famosa por sus múltiples variedades de bocadillos que los parroquianos comen de pie o apoyados en la barra si encuentran un espacio libre. Si quieres sentarte tendrás que bajar a una especie de búnker donde solo sirven raciones. Lo verás quizá agobiante y abigarrado de antiguallas, entre ellas una imagen de Nuestro Padre Jesús que tienen enclaustrado tras una reja en una esquina del tabuco.



Baltasar parece atento a las explicaciones que le doy, lo cual no impide que después de zamparse su recluta con evidente satisfacción, metiera el dedo en el plato de «ajo atao» y se lo llevara a la boca.

-¡Hum!, riquísimas estas gachas. Está claro que su base es la patata —exclama Baltasar.

-Sí, así es, pero en estos tiempos queda más educado comer la crema untada en este trozo de pan aromatizado con romero —y le alargó una regañá.

Le explico que, efectivamente este *ajo atao* que estamos probando tiene como base la patata cocida a la que se le incorpora, ajo, sal, huevo y se emulsiona con aceite de oliva virgen extra.

Hay multitud de recetas de «Ajos» en la cocina de la sierra de Segura, y es que el término «ajo» por esas tierras hace referencia al majado o al puré, sea el que sea, y no al ajo que todos conocemos, al que se obtiene de la planta liliácea. Y este «ajo» en concreto es «atao» porque va «ligao» o trabado en el mortero. En



algunos puntos de la sierra dicen que la receta original, la de hace muchos años, se hacía sin patata. En su lugar se usaba la miga de pan, aceite de oliva virgen extra, ajo y sal, bien majado en el dornillo o mortero y se come untado en la corteza del pan que has desmigado. Un «Ajoatao» que algunas personas lo siguen haciendo así en Arroyo del Ojanco.

–Pues este que vuesa merced ha traído esta noche está riquísimo. No he de irme sin que me anote en un papel la receta para luego yo dársela a Inés.

–Existe una variante de este «ajo» que recibe un nombre un tanto vulgar –le digo a Baltasar que continua llevándose a la boca regañás bien cargadas del puré–. Le llaman «Atascaburras» y es este mismo plato, del cual no ha dejado usted ni rastro, al que se le incorpora bacalao salado desmigado. Es plato manchego que por su cercanía con nuestra tierra, también lo comemos aquí.

–Ah, buena cosa me dice. Antes de que me vaya de Jaén he de probarlo, téngalo por seguro.

Volvemos a oír el «tilín, tilín» de la campanilla. Pedro Casañas se levanta y nos dice que en el intermedio, entre la retirada de lo poco que ha quedado de los entrantes, la limpieza de los manteles y el servicio del primer plato, aprovecharemos para escuchar las palabras, siempre interesantes y muy bien documentadas, de nuestro querido Juan Antonio López.

Se hace un silencio expectante. Todos buscamos con interés dónde está Juan Antonio. Ah, míralo allí está, en aquel extremo de la derecha. Lo vemos acercarse al cruce de las galerías, dónde habíamos situado una pequeña tribuna –que más bien parece un escabel por su tamaño– y subirse a ella. Se ajusta las gafas. Carraspea un par de veces y despliega unas cuartillas. Nos adelanta que nos trasladará al pasado siglo XVI para presentarnos al clérigo Bartolomé de Esquivel y al Hospital que en aquellas fechas había en Pegalajar.

–¡Pardiez!, que este docto amigo suyo va a hablar de mi época –me dice al oído Baltasar–. Estaré muy atento por si comete algún error, en cuyo caso haré que lo enmiende.

–No lo creo probable –le digo–. Y ahora déjeme escucharlo que tengo en mucha estima todo lo que dice o escribe este amigo y compañero, porque ha de saber usted que nuestro mutuo conocimiento viene de antiguo, de cuando yo aún trabajaba en el hospital.

Esto que copio a continuación es lo que nos leyó Juan Antonio.

PARTE OCTAVA: PALABRAS DE JUAN ANTONIO
LÓPEZ CORDERO

El Hospital de Pegalajar en el siglo XVI y el prior humanista Bartolomé de Esquiviel.

La pandemia actual del virus Covid-19 nos retrotrae a épocas del pasado, con reacciones humanas parecidas, donde los hospitales actúan como elemento aglutinador de los casos más agudos. Y también nos recuerda a personas que vivieron las epidemias e impulsaron hospitales como instituciones de caridad que atendieran a los más necesitados en situaciones de extrema dificultad, como fue en Pegalajar el clérigo humanista Bartolomé de Esquiviel.

En 1584 tenemos referencia a un hospital en Pegalajar, que estaba dotándose de material para su apertura, según el testamento de Cristóbal Fernández Cobo, hecho en enero de 1584. Una de sus mandas dice: *«yten mando a el ospital desta villa una freçada¹ medial en que tengo e una cabeçera de tasas en que tengo y una almohada blanca llena de lana»*.²

Existía un inmueble destinado a hospital. En estos casos solía estar a las afueras de la población, por el temor a los contagios que podían transmitir los enfermos. Los vecinos acomodados no iban al hospital, pues estaba destinado a aquellos vecinos pobres que recurrían a la mendicidad o a los transeúntes. El hospital era una institución de caridad, una forma de recoger al desamparado, que por carecer de salud no podía practicar la mendicidad. La Iglesia local estaba presente en la organización del hospital, pero los vecinos, con sus donaciones, eran los que mantenían el mismo. Los hospitales también tenían tradición de dar acogida a los pobres transeúntes que pasaban por la población.

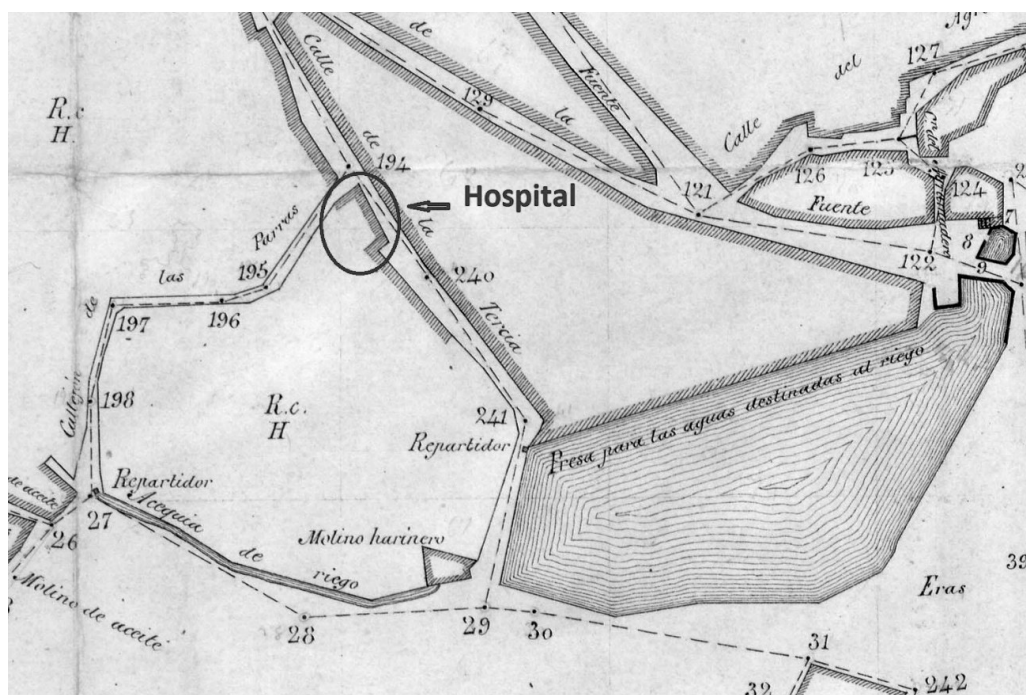
En las Cortes de Toledo de 1525 se pidió que en cada pueblo hubiese un hospital general y se unificasen los que hubiese en uno. Los pobres verdaderos y enfermos debían ser recogidos y curados en los hospitales.

El hospital de Pegalajar estaba situado al Este de la población, en las proximidades del embalse de la Charca, entonces llamado Bañuelo. Por la descripción de una huerta en enero de 1596 podemos saber aproximadamente la ubicación del mismo: *«la haça del vañuelo ques en el termino desta villa y a linde con el camyno que va a las alvercas por alto y bajo y con el ospital desta villa»*.³

¹ Frezada o frazada es una manta peluda que se echa sobre la cama.

² Archivo Histórico Provincial de Jaén. Legajo 7277. Testamento de Cristóbal Fernández Cobo, 9-enero-1584.

³ Archivo Histórico Provincial de Jaén. Legajo 7284. Acuerdo sobre la herencia de María de Rozas, 9-enero-1596.



Ubicación del Hospital de Pegalajar a finales del siglo XVI, sobre plano urbano de 1892.

El camino que iba a las Alvercas, procedente del núcleo urbano de Pegalajar en el siglo XVI es la actual calle Haza del Parral, y las albercas estaban situadas en el último tramo de la actual calle Alvercas (del Lavadero a los Torrejones), en la parte baja de la calle, que se abastecían con el agua del caz que por allí pasaba. Por lo que creemos que el hospital se ubicaba en la intersección del camino de las actuales calles Haza del Parral (camino de las Alvercas) y Tercias.

El prior de la localidad en esta época, Bartolomé de Esquivel, parece que fue uno de los promotores del hospital, junto con el concejo municipal, que posiblemente proporcionó el edificio, según podemos deducir por el inventario de bienes del Hospital que se hizo en 1590. Según este inventario, el hospital ya tenía un reglamento o disposición, su mayordomo y una persona que se encargaba de él. La escritura del inventario dice así:

«bienes del hospital

En la villa de pegalaxar en diez dias del mes de abril de myll y quinientos y noventa años en presencia del maestro bartolome desquibel prior de la yglesya desta villa y por presençia de my escribano pareçio miguel de las bacas vezino e regidor desta villa e dixo que buenas personas an dado limosna para el ospital desta villa çiertas pieças de las quales pide se aga

ynventario para que en el dicho ospital aya la raçon que conbiene y asi se hizo el ynventario siguiente

- seis colchones los dos llenos de lana y los quatro de tascos.
 - tres almohadas de cama llanas.
 - otras tres almohadas de cama con tiras de res
 - otra almohada labrada y todas estas syete almohadas estan llenas de lana
 - otras dos almohadas labradas con seda bazias
 - siete sabanas de a tres piernas.
 - otras dos sabanas de a dos piernas.
 - una falsera desylada y el lienço es de enrrexado
 - quatro bancos de cama y dos çarços.
 - otros dos bancos de cama i
 - çinco jarros dos ollas y tres caçuelas
 - diez y ocho platos y veynte y quatro taças
 - una caçuela y un servidor
 - un çarço de cama
 - una almohada labrada de seda llena de lana
 - un candil
 - una alcuza e un jarro grande y una olla
 - una cama pequeña de cordeles syn cordeles
 - otros quatro bancos
- dieron doze reales y destos se tomo una bula para un pobre murio en el ospital y se le dieron dos mysas de que se gasto quatro reales quedan ocho reales todos los quales dichos bienes dixo estar en su poder y el dicho prior dixo que en el entretanto que su señoría del obispo de jaen otra cosa provehe el dicho miguel garcia mayordomo del dicho ospital y sigun la dispusiçion que de presente ay en el dicho ospital desta villa haga poner una cama y esta se le de por quenta e el ospitalero se tenga en la dicha razon para la quenta e razon que conviene visytando el ospital para yr proviyendo en el lo que nos convenga a el servicio de dios nuestro señor y el dicho miguel garcia lo acepto y anbos lo firmaron de sus nombres [firmas]».⁴*

⁴ Archivo Histórico Provincial de Jaén. L. 7283. Escritura de bienes del hospital de Pegalajar, 10-abril-1590, fols. 377r y 377v.

El prior de Pegalajar Bartolomé de Esquiviel, era un humanista en la línea de tantos otros clérigos del siglo XVI, una etapa que coincidió con un período de expansión económica y demográfica, de intensa vida urbana, junto con gran desarrollo de las letras y la imprenta. Surgieron bibliotecas privadas, que para sus dueños tenían gran importancia como signo cultural y de modernidad en un mundo abrumadoramente analfabeto. No buscaban acumular libros, sino reunir aquellos especiales por su singularidad o contenido.

Bartolomé de Esquiviel debió llegar a Pegalajar entre 1582 y 1583, procedente de la villa de Llerena (Badajoz), afectada por una epidemia, donde ejercía de clérigo en la parroquia de Santiago. El 16 de junio de 1582, había comparecido ante el inquisidor don Pedro de Girón, al que manifestó que en la villa «mueren muchas personas de males pestilenciales», y manifestaba que él sacaba el Santísimo Sacramento de la Eucaristía para atender a los enfermos.⁵ La epidemia que vivió en Llerena debió dejar huella en el clérigo y, una vez establecido en Pegalajar, le movería a impulsar la creación de un Hospital.

Era un clérigo culto, que leía latín y toscano, por los libros que existían en su biblioteca, los que tenían en gran valor por ser incluidos cada uno de ellos en la relación de bienes que poseía ante notario. Bartolomé de Esquiviel era hijo de Hernando de Jaén, un médico granadino, casado con Isabel Álvarez, que tuvieron a Bartolomé de Esquiviel y otros hijos. Uno de ellos era el capitán Fernando Molina de Argote. Puede que el cambio de apellidos del capitán esté relacionado con un origen judío. De hecho la segunda esposa de este capitán, Catalina Suárez de Figueroa, era judeoconversa y condenada por el Santo Oficio pocos años después, en 1595, por judaizante.⁶

En 1584, Bartolomé de Esquiviel hizo donación de sus bienes a este hermano, el capitán Hernando d Molina Argote. Esta escritura dice así:

«Sepan quantos esta carta vieren como yo el Maestro Bartolome de esquibel clérigo presbitero prior de la iglesia de santa cruz desta villa de Pegalajara digo que por quanto yo tengo mucho amor y voluntad a el capitan Hernando de Molyne Argote mi hermano vezino de la ciudad de granada que a el presente esta en esta dicha villa de Pegalajar y para remunerar lo mucho

⁵ MAYORGA HUERTAS, Fermín. «Los herejes de la frontera hispano-portuguesa». *Iberismo. Las relaciones entre España y Portugal, historia y tiempo actual y otros estudios sobre Extremadura*. Llerena: Sociedad Extremeña de Historia, 2008, p. 127.

⁶ SORIA MESA, Enrique. «Tomando nombres ajenos. La usurpación de apellidos como estrategia de ascenso social en el seno de la élite granadina durante la época moderna» *Las élites en la época moderna: la monarquía española*. Vol. 1. Córdoba: universidad de Córdoba 2009, p.17.

que le devo en los buenos tratamientos que comigo a tenido y satisfacer a el cargo que le tengo otorgo y conozco por esta presente carta en aquella mejor via e manera que de derecho aya lugar y en todo acontecimiento hago gracia y donacion buena pura perfeta acabada e irrevocable que llama el derecho entre bibos para el y sus herederos y sucesores y decendientes e para vos e quien de vos el dicho capitán hernando de molyna argote hiciere causa de los bienes joias epresos en la forma e orden siguiente

- Primeramente los mejoramientos de una casa que yo e labrado encorporada con la iglesia desta dicha villa el sitio de la qual es de la dicha iglesia y e gastado dozientos ducados en ella

- yten los libros siguientes.

- una Biblia grande de la impresión de Basilea

- las obras de san Juan Crisostomo en cinco cuerpos en bezerro⁷

- las obras de san Hieronimo en quatro cuerpos en bezerro⁸

- dos cuerpos del listado sobre el paralipomenon y san Matias⁹

- Parafrasis de titelman sobre san mateo y san Juan¹⁰

- Isagoge de san hispagnino

- Ector Pinto sobre el profeta Esaias¹¹

- El mesmo sobre Ezechel¹²

⁷ Puede tratarse de la *Opera D. Ioannis Chrystosomi archiepiscopi Constantinopolitani: quotquot per graecorum exemplarium facultatem in latinam linguam hactenus traduci potuerunt*, Basilea, 1558.

⁸ Posiblemente sean cuatro tomos de la obra *Omnes quae extant D. Hieronymi Stridonensis lucubrationes, additis vna pseudepigraphis et alienis, scriptis ipsius admixtis, in nouem tomos, per Des. Erasmus Roterodamus digestae, ac tanta uigilantia postremum emendatae, ut eruditus lector uix quicquam ultra queat desiderare, Praeterea indici operis qualis sit facta accessio, ex epistola ipsi praemissa, nobis tacentibus cognoscere licebit*. Editada por Hieronymus, santo.; Erasmus, Roterodamus.; Froben, Hieronymus & Episcopus, Nikolaus. Editorial: Basileae : [Hieronymus Froben], 1553.

⁹ Se trataría de la obra del Cardenal Johannes Margarit, *Episcopi Gerundensis Paralipomenon Hispaniae libri decem*. Granada, 1545.

¹⁰ Se refiere al libro de François Titelmans, *Paraphrastica elucidatio in sacrosancta Iesu Christi Evangelia secundum Matthaem et Ioannem : additis annotationibus in loca difficiliora*, Lugduni, 1556.

¹¹ Se refiere al libro del portugués Héctor Pinto, *In Isaiam Prophetam commentaria*, Lugduni, 1561 (primera edición).

¹² Se refiere al libro del portugués Héctor Pinto, *In Ezechielem Prophetam commentaria*, Salmanticae, 1568 (primera edición).

- titelman sobre los psalmos¹³
- las partes de santo tomas¹⁴
- El mesmo sobre san Pablo
- El mesmo sobre el Apocalipsis¹⁵
- opera Basilis¹⁶
- castro de heresi ...¹⁷
- fero sobre san juan¹⁸
- opera capreoli¹⁹
- Soto sobre el quarto²⁰
- El mesmo de natura et gracia²¹
- el mesmo de justicia et jure²²
- sermones de taulerio²³

¹³ Se refiere al libro de François Titelmans, *Elucidatio in omnes Psalmos iuxta veritatem vulgatae et ecclesiae usitatae aeditionis latinae ...*, Paris, 1553 (varias ediciones).

¹⁴ Se refiere a la *Summa Theologiae*, en varias partes o volúmenes.

¹⁵ Se refiere al libro de François Titelmans, *Libriduo de autoritate libri apocalypsis beati Ioannis apostoli, in quibus ex antiquissimorum auctorum assertionibus, scripturae huius dignitas & autoritas comprobatur, aduersus eos qui ...canonicae & diuinae huius scripturae auctoritati derogarunt*, Antuerpiae, 1530.

¹⁶ Se trata del libro *D. Basilii Magni Caesariensis Episcopi eruditissima opera ... Coloniae : ex Officina Eucharij*, 1535.

¹⁷ Se trata del libro *Fr. Alfonsi de Castro Zamorensis, ordinis minorum, aduersus omnes haereses... in quibus recensentur & reuincuntur omne haereses, quarum memoria extat, quae ab Apostolorum tempore ad hoc usque seculum in Ecclesia ortae sunt*. Parisiis, Iod. Badio & Iohannes Roigny, 1534 (primera edición de varias que hubo en el siglo XVI).

¹⁸ Se trata del libro de Juan Fero o Feri *In sacrosanctun Jesu christi secundum Ioannem Evangelium Commentaria*. Alcalá, 1569.

¹⁹ Puede referirse a la obra de Jean Caprioli.

²⁰ Se refiere al libro de Domingo de Soto, *Commentariorum fratris Dominici Soto Segobiensis, ordinis Praedicatorum, ... in quartum Sententiarum tomum sprimus [-secundus]. Cum índice copiosissimo, atque lo [...]*, Salamanca, 1566.

²¹ Se refiere al libro de Domingo Soto, *De natura et Gratia*, Salamanca, 1552.

²² Se trata del libro *de Justicia et Jure libri decem*, de Domingo Soto. Varios tomos. Salamanca, 1533.

²³ Posiblemente se trate del libro de Juan Taulero, *Institutiones, o doctrinas del excelente Theologo Iuã Taulero ... en que enseña por spirituales exercicios llegar a la vnion del anima con dios*, Coimbra, 1551.

- Durando²⁴
- Concordancias²⁵
- epistolas familiares de horozco
- la reyna saba del mesmo²⁶
- quadragesimas de fray luys de granada²⁷
- Regalis institutio de horozco²⁸
- El de sanctis & fray luys²⁹
- Guia de peccadores³⁰
- El Memorial³¹
- El de oracion³²
- la vanidad del mundo de estella³³
- sermones de equio³⁴

²⁴ Posiblemente se trate del libro de Guillaume Durand, *Rationale diuinarum officiorum*, Lugduni, 1560.

²⁵ Podría ser el libro de Domingo de Valtanás, *Concordancias de muchos passos difficiles de la divina historia*, Sevilla, 1555 (varias ediciones).

²⁶ Se refiere al libro de Antonio de Orozco, *Historia de la reyna Saba, quando disputo con el rey Salomon en Hierusalem*, Salamanca, 1558 (varias ediciones).

²⁷ Se refiere a la obra Fray Luis de Granada, *Cancionum de tempore, quatuor volumina: I. De adventu usque ad quadragesiman*, Amberes, 1477, Milan, 1586; *II. De his quae quartis et tertiis feriis et diebus dominicis quadragesimae in Ecclesia haberi solent*, Amberes, 1581; *III. De his quae a Paschate Resurrectionis usque ad festum Sanctissimi Corporis Christi*, Amberes, 1579, Milan, 1585; *IV. De his quae reliquo anni tempore usque ad adventum*, Amberes, 1582. Otras ediciones en Salamanca y Venecia.

²⁸ Se refiere al libro de Alonso de Orozco, *Regalisinstitutio*, Madrid, 1569. No se conoce ejemplar en la actualidad.

²⁹ Se refiere al libro *Sermones de Sanctis*, de Fray Luis de Granada, 1578.

³⁰ Se refiere al libro de Fray Luis de Granada, *Guía de Peccadores*, Salamanca, 1584 (varias ediciones).

³¹ Se refiere al libro de Fray Luis de Granada, *Memorial de la vida cristiana*, Salamanca, 1579.

³² Se refiere a la obra de Fray Luis de Granada, *Libro de la oracion y meditacion*, Antwerpen, 1558.

³³ Se refiere al libro de Diego de Estella, *Tratado de la vanidad del mundo con las cien meditaciones del amor a Dios*, tres libros. Toledo, 1562; (segunda edición ampliada en Salamanca, 1574).

³⁴ Puede tratarse del libro de Juan Equio, *Homelías*, París, 1540.

- sermones de Cornelio Musso en toscano dos cuerpos³⁵
- Sermones del obispo de Bilonto en dos cuerpos toscano³⁶
- Eticas y politicas de arystoteles
- Marsilio de generatione et corruptione³⁷
- phisicos del doctor Villapando³⁸
- epistolas de helio con comentarios
- problegmas de Aristoteles
- la primera parte de la excelencia del santo evangelio de fray philipe de sosa³⁹
- vocabulario del Antonio⁴⁰
- sapientiales de Holcot⁴¹
- Agonia de la muerte de Alexobanegas⁴²
- el Maestro de las sentencias⁴³
- Equio de Sanctis
- sant crisostomo super psalmos

³⁵ Puede referirse a la obra *Prediche del Cornelio Musso de Piacenza, vescovo di bitonto*, Venecia, 1558.

³⁶ Quizás se refiera al mismo libro anterior, Salamanca, 1495 (muchas ediciones).

³⁷ Puede tratarse del libro *Egidius cum Marsilio et Alberto de generatione :Commentaria in libros Arisotelis de generatione et corruptione*, 1518.

³⁸ Se refiere al libro de Gaspar Cardillo de Villalpando, *Octo libros Physicorum Aristotelis praesertim. Questiones quae ad eosdem libros pertinent in contrariam partem disputatas*, 1567.

³⁹ Se refiere al libro *Libro de la primera parte, de la excelencia del sancto Euangelio: en que se contiene vnbreue Compendio de los Mysterios de la venida de Iesuchristo nuestro Señor al mundo ... / por ... Fray Philippe de Sosa*, Sevilla, 1569.

⁴⁰ Se refiere al *Vocabulario español-latino por Elio Antonio de Nebrija* (varias ediciones).

⁴¹ Se refiere al libro de Robert Holcot, *Super librum Sapientie postilla*, Utrech, 1470 (varias ediciones).

⁴² Se refiere al libro de Alejo Vanegas del Busto, *Agonia del transito de la muerte con los avisos y consuelos que cerca della son provechosos*, Toledo, 1537.

⁴³ Se trataría del libro *Petri Lombardi Parrhysiensis ecclesie quondam antistitis: viri divinarum rerum eruditissimi: Sententiarum textus: per capitula accapitum § recenter distinctus: cuilibetque distinctioni Henrici Gorichemii propositiones; Egidii de Roma elucubrations; Henrici de Urimariaadditiones; et denique marginales Bibliae, canonum, auctorumque concordantiae adamussim alludunt. Tandem nonnulli errores Parrhysius condemnati. Cum Magistri sententiarum haud approbatis propositionibus*. Basilea, 1516 (muchas ediciones).

- *el transito de la reyna de francia*
- *Audi filia del padre Avila*⁴⁴
- *las consideraciones de capilla sobre los evangelios*⁴⁵
- *la Ingratitud de Mario Relogio*
- *teorica de virtudes*⁴⁶
- *dialogos de Pinto*⁴⁷
- *postilla de francisco Poligramo*
- *la trinidad destella y la tabla*⁴⁸
- *escala espiritual de san juan climaco*⁴⁹
- *Suma de Pedraza*⁵⁰
- *Suma de Vitoria*⁵¹
- *Sero supea gere...*
- *Enarrationes de equecio*⁵²
- *familiares de tulio en toscano*⁵³
- *familiares de guevara*⁵⁴

⁴⁴ Se refiere al libro del padre Juan de Ávila, *Audi filia*, Alcalá, 1556.

⁴⁵ Se refiere al libro de Andrés Capilla, *Libro de la oración en que se ponen consideraciones sobre los evangelios de todos los domingos del año, y algunas fiestas principales*, Lérida, 1575.

⁴⁶ Se refiere al libro *Theorica de virtudes en coplas y con comento. Compuesto por don Francisco de Castilla...* Alcalá, 1564.

⁴⁷ Se refiere al libro de Héctor Pinto, *Imagen de la vida christiana ordenada por Dialogos, como miembros de su composición...* Medina del Campo, 1578.

⁴⁸ Posiblemente obras del teólogo franciscano Fray Diego de Estella.

⁴⁹ Se refiere al libro de Juan Clímaco, *Escalera espiritual* (varias ediciones).

⁵⁰ Se refiere al libro de Juan de Pedraza, *Suma de casos de consciencia*, Salamanca, 1570.

⁵¹ Se refiere al libro de Francisco de Vitoria, *Summa sacramentorum Ecclesiae*, 1561 (varias ediciones).

⁵² Se refiere al libro de Adrien Hecquet (Adriano Equecio), *Enarrationes locupletissimae atque insigniter doctae in omnia Quadragesimae totius Euangelia, opus non minus theologisquam verbi euangelici disseminatoribus co[...]*, Paris, 1570.

⁵³ Se refiere la obra *Los diezysseys libros de las epistolas o cartas de Marco Tulio Ciceron, vulgarmente llamadas familiares [Texto impreso] / traduzidas de lengua latina en castellana por ... Pedro Simon Abril (1530?-1595?)*.

⁵⁴ Se refiere a las *Epistolas familiares de don Antonio de Guevara [1480-1545], obispo de Mondoñedo, Predicador...*

- *las mismas en toscano*
- *tulio de offitiss*⁵⁵
- *cornazano de re militari toscano*⁵⁶
- *el Ariosto toscano*⁵⁷
- *los malos lenguages del mundo del padre Avila*⁵⁸
- *Sermones sobre el profeta Misteas*⁵⁹»

Aparte de ello, Bartolomé de Esquivel detalla sus bienes muebles e inmuebles, con los elementos significativos de su orden social, como «*un baculo negro guarneado de Plata... una mula castaña oscura de tres años... un sombrero de clerigo llano... una sotana de rasa... un sombrero llano de clerigo... otros dos de fieltro... un asnillo ruçio...*». Los clérigos solían viajar en mulo o en asno, en una población, como Pegalajar, donde las comunicaciones con otros núcleos de población no permitían el uso del carro o coche de caballos. Todos sus bienes los recibiría su hermano, el capitán Hernando de Molina Argote, y el prior Bartolomé de Esquivel quedaría en su uso mientras viviera, según la escritura de donación que realizó en Pegalajar el 20 de mayo de 1584.⁶⁰

Podemos concluir en que parece evidente la influencia de la epidemia de la villa de Llerena en 1582 en la vida de Barlomé de Esquiviel. Una epidemia que vivió muy directamente por el trato diario con los enfermos y también el temor al contagio. Con su traslado como prior a Pegalajar buscaría posiblemente una huida de la epidemia y un acercamiento a su familia residente en Granada. También le motivaría a hacer la escritura de donación de sus bienes a favor de su hermano, el capitán Hernando de Molina Argote, quedándose los él en usufructo

⁵⁵ Se refiere al libro de Marco Tulio Cicerón, *De Officiis*... 1560.

⁵⁶ Se refiere al libro de Antonio Cornazzano, *De re militari nuouamente con somma diligentia impresso*, Firenze, 1520.

⁵⁷ Podría tratarse de una de las ediciones italianas de Leudovico Ariosto sobre poema épico *Orlando Furioso*.

⁵⁸ Se refiere al libro de Juan de Ávila, *Libro espiritual que trata de los malos lenguajes del mundo*, Toledo, 1574 (varias ediciones).

⁵⁹ Se refiere al libro de Miguel Arguizain Arteaga, *Sermones muy graves y necesarios acomodados a estos tiēpos, sobre el Propheta Micheas, que siruen de intellection de todos los demás prophetas*, Madrid, 1575.

⁶⁰ Archivo Histórico provincial de Jaén. L. 7277. Escritura de donación del prior Bartolomé de Esquiviel, 20-mayo-1584, fols. 134r.-140v.

mientras viviera. Con ello expresaba el temor a la muerte que había vivido tan de cerca.

La epidemia de Llena le motivaría a impulsar la creación de un hospital al poco de llegar la población, el que terminó dotándose de lo necesario por la caridad de los vecinos. El hospital no debió durar muchos años, pues ya no tenemos constancia de él en el siglo XVII, debió desaparecer a finales del siglo XVI o los primeros años del siglo XVII, coincidiendo con la gran epidemia de peste de estos años que diezmó a la población en general y afectó a Pegalajar especialmente.

Queda también en evidencia la influencia del estamento eclesiástico en la sociedad de Pegalajar en la figura del prior humanista Bartolomé de Esquiviel, cuya biblioteca privada, con algunos libros hoy desaparecidos, tenía en gran estima, que conocemos gracias a la escritura de donación de sus bienes en la que detalló cada uno de los libros.

PARTE NOVENA: SE SIRVE E PRIMER PLATO.

Bueno, la ovación que se llevó Juan Antonio fue de campeonato. Incluso por un buen rato se oyeron diversos comentarios apreciando su exposición. Baltasar se extrañó de que hoy en día no dejáramos constancia ante notario de todos y cada uno de los libros que tenemos en nuestras bibliotecas. ¡Menuda filípica me echó!

–Hacéis muy mal, sois un menguado, un falto de juicio si no acudís mañana mismo al escribano para registrar todos vuestros libros –me dijo un tanto desabrido–. Se nota que no tenéis el debido aprecio a vuestra biblioteca. Y ahora, dejemos los afeamientos y decidme que gollería se servirá a continuación.

–Pues, querido amigo... ¿puedo llamaros ya así?

–Llamadme como queráis, que yo responderé según soplen los vientos.

–Entonces, querido amigo, le digo que ahora se servirán espinacas al estilo de Jaén.



—Y, ¿cuál es ese estilo que con tanta pomposidad y retórica habéis pronunciado?

Le expliqué que era un plato nacido en la serranía jiennense que también recibía el nombre de «espinacas *esparragás*». Estas que vamos a comer están cocinadas según la receta que me dio la cocinera del mesón «Los Monterrillos», el de la calle Gracianas, que hoy conjuga el verbo estar en un perfecto pretérito imperfecto, víctima, entre otros muchos bares y mesones, del obligado confinamiento y toques de queda que nos ha traído esta prolongada pandemia.

Las probó y, sin acabar de engullirlas, me pidió la receta porque quería sorprender y agradar a Inés, que últimamente andaba un poco remisa a la hora de concederle sus favores, según me dijo mientras me guiñaba el ojo derecho.

—Pero, ¿a qué favores os estáis refiriendo, so incestuoso?, ¿caso os lo montáis con vuestra hermana?

—Já, já, já —la risa de Baltasar fue estentórea y atrajo la mirada de los más próximos—. Mi hermana decís, já, já, já. ¿Pero es que acaso no habéis leído con la debida atención mis epigramas y poesías? Inés no es una mujer en concreto, bueno, sí. Una de mis sirvientas se llamaba Inés; y una prostituta que frecuenté durante un tiempo también se llamaba así. Pero, la verdad es que bajo el nombre de Inés quise representar a muchas mujeres. Dicen los que han mirado con lupa mis poemas que yo, frente al amor platónico e idealizado del petrarquismo reinante, propuse una exaltación del goce carnal, de la sensualidad. Frente a las damas de otros poetas, yo canto a la manceba; frente a la austeridad y el ayuno, yo canto al banquete y al vino. Mi Inés es una «antidona», totalmente opuesta a Luz, la dama de Fernando de Herrera quien, por cierto, también mereció la atención de mi amigo Francisco Pacheco. Mis «Inés» pueden aparecer en mis epigramas como mujer teñida de rubio, desdentada, de boca grande, como ramera de baja ralea, sifilítica, o vulgar fregona. Pero eso sí, también desenvuelta, libidinosa y de voraz apetito, que por lo común acaba satisfaciendo.

—Pues no había caído yo en la cuenta de eso que usted me dice —le contesto yo—. Tendré que leer con más detenimiento sus poesías.

—Lea vuesa merced mi epigrama titulado «A Inés, que se teñía las canas de rubio»... y si no se lo recito yo, que me lo sé de memoria. Escuche: Tus cabellos, estimados / por oro, contra razón, / ya se sabe, Inés, que son / de plata sobredorados. / Pues, ¿querrás que se celebre / por verdad lo que no es? / Dar plata por oro, Inés, / es vender gato por liebre». O ese otro epigrama cuya primera redondilla dice: «De la boca de Inés puedo / como testigo afirmar / que le falta

por llegar / a las orejas un dedo». Y si aún os queda duda de que Inés, a veces es una ramera, os recito este otro epigrama, el que en vuestro libro de cubierta negra viene marcado con el número 143. Dice así: «Bien entiendo, Inés amiga, / aunque callo y disimulo, / que argén os fuerza y obliga / hasta dar con vos de culo, / y a las veces de barriga. / Y si esto, Inés, es verdad, / podéis, por curiosidad, / con un palico de esparto / contar hasta el verso cuarto, / y al cabo dél me besad».

En esta ocasión fui yo el que soltó una estentórea carcajada y atraje la mirada de mis más próximos comensales. Como fuera que más de uno quiso saber de qué me reía tan estrepitosamente, entre carcajada y carcajada, pude decirles que ya lo leerían en mi crónica.

—Por último, entre mis «Canciones burlescas» hay una cuya primera cuarteta dice así: «Tres cosas me tienen preso / de amores el corazón: / la dulce Inés, y el jamón, / y las berenjenas con queso».

—Es cierto —interrumpe Manuel Medina que tenía la oreja puesta en la conversación—. Esa poesía me la sé de memoria. Más adelante usted dice que Inés está muy buena, aunque lo dice con otras palabras, que el jamón ha de ser de Aracena y que el queso con berenjena es de tradición antigua española.

—Bien dicho —responde Baltasar—. Además, señor Don Manuel, mire bien vuesa merced, que la cena que yo cuento en ese poema que tanto os gusta, no es una cena cualquiera. Es una cena «jocosa», así que si sois hombre bien despierto y espabilado, como por tal os tengo, ya podéis imaginar lo que entre líneas puede leerse en esas redondillas. Y dejad ya de considerar a Inés también hija de mis padres, ¡qué atrocidad!

Al final de sus explicaciones me volvió a pedir la receta de las espinacas. Le dije que lo fundamental era freír en aceite picual virgen extra un par de dientes de ajo, un pimiento choricero, un trozo de cáscara de naranja, una hoja de laurel y una rebanada de pan. Luego se hace un majado con esos ingredientes, salvo la hoja de laurel, y en el mismo aceite que hemos usado se sofríen las espinacas a las que previamente algunos dan un somero hervor, nosotros no. Después se les incorpora el majado, un huevo y el último toque de unas gotas de vinagre de jerez para aromatizar. ¡Deliciosas!

Mientras estaba explicándole todo lo anterior a Baltasar, escuché una conversación que se estaba llevando a cabo a mi izquierda. Alguien que no pude identificar (su voz era femenina, tal vez fuera Pilar Sicilia o Amparo, que estaban charlando próximas a nosotros), le decía a otra persona que la palabra «espinaca» parece provenir del persa «*ispanah*» y que allí, en Persia, crecían espontánea-

mente. Aquí, en nuestra tierra, las primeras citas de esta planta son catalanas, de finales del siglo XII. Durante mucho tiempo fueron comida cuaresmal. Quién fuera siguió diciendo que las espinacas eran muy sanas porque contenían muchas vitaminas, mucho hierro y mucho calcio, además de ser de muy fácil digestión (creo que le oí un refrán a propósito que decía más o menos así: «De un cólico de espinacas, no se murió ningún Papa», pero no estoy seguro, no me hagáis mucho caso). Entonces, por lo de su supuestamente elevado contenido en hierro, me vino a la mente Popeye y pronuncié su nombre en voz alta.

—¿Popeye, decís? —Baltasar me mira extrañado suspendiendo a medio camino la cuchara que se llevaba a la boca—. No conozco a nadie con ese nombre.

Le conté que yo crecí viendo como Popeye le daba de guantazos a Brutus, gracias a la fuerza sobrehumana que le daban las espinacas enlatadas que tomaba. De esta manera conseguía la admiración de Olivia. Le dije que Popeye había nacido en Estados Unidos, aquella lejana tierra recién descubierta en los días que él andaba componiendo versos por este mundo. Elsie Segar fue el padre de Popeye. Lo tuvo en 1929. No sabemos quién fue su madre. En aquella época se acababa de descubrir el importante papel que tenía el hierro en la nutrición y la relación entre la falta de hierro y la anemia, por lo que un suplemento de hierro podría ser la clave para recuperar la fuerza perdida. El error era pensar que cuanto más hierro, más fuerza, y a esa idea ayudaba la situación que se vivía en el año 1929 con el crac de la Bolsa. En Estados Unidos había grandes bolsas de pobreza y se pasaba hambre, con lo que las anemias eran frecuentes.

Pero aun había que añadir otro error. Las espinacas no tienen tanto hierro como se le atribuía en aquellos días. De hecho, una lechuga tiene más que las espinacas. Ya lo sabes. Las medidas de la cantidad de hierro en los alimentos empezaron a realizarse a finales del siglo XIX. El primero que midió el contenido de hierro de las espinacas fue el químico alemán Erich von Wolf en 1870 y se equivocó poniendo la coma: lo que eran 0,35 miligramos por cada 100 gramos acabaron siendo 3,5 miligramos por cada 100 gramos, es decir, diez veces más de lo real.



Cuando se me desveló la falsedad del mito de la fuerza que las espinacas conferían a Popeye, viví una tragedia similar a la sufrida cuando descubrí que Melchor era mi padre, Gaspar mi madre y Baltasar el dueño de «Tejidos Gangas». El caso

es que siempre me preguntaba por qué, curiosamente, los regalos que nos traían los Reyes venían envueltos en el papel tricolor (azul, blanco y rosa) de esos grandes almacenes. Así pues, si quería tener los músculos y la fuerza de Popeye, tendría que esforzarme e ir al gimnasio. Pero mi padre decía que era de papanatas pagar por hacer ejercicios que bien podía hacer al aire libre o en mi casa, o practicando un deporte; jugar a las canicas, o a las chapas, por ejemplo. Con lo de las chapas, recuerdo que las tenía personalizadas con todo el equipo del Real Jaén. Aquel en el que Arregui jugaba de delantero,



Arregui quedó ligado al Real Jaén el 1 de julio de 1950, con la famosa noticia de «¡¡Arregui ya es blanco!!»

cuando el Jaén estaba en primera división. Jugábamos en aquellos campos pintados con tiza blanca sobre el acerado. Las chapas las rellenaba con cera derretida para poder controlarlas mejor al darle papirotazos. Cuando recuerdo aquellos días, se me pone cara de bobalicón, dice Mari Carmen. Claro que ahora, en estos tiempos, más papanatas me parecen aquellos que, en lugar de ir andando, se desplazan en coche desde su casa (a escasos diez minutos de la palestra), lo aparcan ante la misma puerta del gimnasio y luego presumen de hacer ejercicio y llevar una vida saludable y respetuosa con el medio ambiente.

Pero volviendo a las espinacas, no obstante, son un alimento con interesantes características como su contenido en vitaminas A, C y E, estar compuestas en un 93% de agua, aportar una gran cantidad de nutrientes y tener muy pocas calorías. Se la atribuyen propiedades anticancerígenas, cardiosaludables y no sé cuantas más. Vete tú a saber qué dirán los sabios dentro de veinte años, quizá diez. Y por supuesto, me siguen gustando Popeye, las espinacas y su enamorada Olivia... «Popeye el marino soy... Piii... Piii».

—Pues sepa vuesarced que en mi tiempo consumíamos casi más armuelles y bledos que espinacas —dijo mi amigo Baltasar—. Pero en lo sucesivo, procuraré que Inés me prepare esta receta y que le importe un bledo las armuelles.

Cuando Baltasar me estaba diciendo que tanto los bledos como las armuelles eran poderosos depurativos, volvimos a oír el repiqueteo de la cam-

panilla y vimos como nuestro prioste se levantaba para anunciarnos una nueva intervención. Esta vez de nuestro admirado y prolífico escritor Juan Eslava.

—A ver con qué nos sorprende esta noche. Seguro que es una historia amena, porque has de saber, amigo Baltasar, que este Juan que ahora vas a conocer sabe escribir historias, como te diría yo... , tanto con el rigor de un historiador como con la ficción de un gran novelista y, sea de una forma o de la otra, siempre son amenas y si empiezas a leer una de sus obras ya no puedes parar hasta que no te queda ninguna página por pasar. Luego, cuando termine su relato nos acercamos y os presento, aunque estoy seguro de que él ya te conoce, incluso mejor que yo.

—Y, ¿desde cuándo lo conoce vuesarced?

—A Juan lo conocí en mis años de bachiller. Él iba uno o dos cursos por delante de mí, no estoy seguro, pero vamos, está a ojos vista que yo soy más joven que él. Já, já, já. Comparto con él el signo zodiacal, Piscis. Y ya se sabe, los Piscis somos imaginativos y sensibles. Vivimos en un constante mundo de fantasía, para escapar de la triste realidad. Además, de compasivos y amables. Bueno esto último, en el caso de Juan es indudable, pero en el mío póngalo usted en cuarentena. Sin embargo donde más y mejor conocimiento tuve de él fue en la academia de mi padre, la academia «Jaén», y no solo porque coincidiéramos más de una tarde en ella, sino por lo que luego mi padre hablaba de él. Ya despuntaba como dado a escribir en aquellos tiempos. Mi padre, creo que le dedicó un ripio en el que jugaba con su apellido y la lava de algún volcán, ahora no sabría decírselo. Quizá él sí lo recuerde. Tampoco sabría decirle si por aquel entonces Juan ya era amigo inseparable de Nicholas Wilcox.

—¿La academia «Jaén», decís? No la conozco.

—Sí, estaba frente al antiguo cine «Asuán», ya desaparecido también. Ya os contaré, ahora callad que Juan ya se ha subido al estrado. Escuchémosle.

PARTE DÉCIMA: PALABRAS DE JUAN ESLAVA GALÁN

CUANDO CONCURSAMOS EN «CESTA Y PUNTOS».

Imaginemos un tiempo en que solo existía una cadena de televisión y era en blanco y negro.

El día de Eurovisión o de partido de fútbol entre rivales famosos era tal la capacidad de convocatoria de la tele que la ciudad de Jaén quedaba desierta y confinada.

Atravesabas la ciudad desde Peñamefecit a la Merced y podías seguir el programa que emitía la tele sin perder detalle, solo por el sonido que te llegaba de ventanas y balcones abiertos (Tampoco se conocía el aire acondicionado y en los meses de calor nos asábamos).

Hay que señalar que no todo el mundo tenía tele, digamos que solo la mitad de los hogares jiennenses, pero los que no tenían acudían a la del vecino. En los pueblos había una sala pública denominada Teleclub a la que acudían los vecinos, cada cual con su silla.

A los jóvenes que me leéis os parecerá increíble, otro país.

Era, en efecto, otro país. Por la mañana temprano tocaba el timbre el lechero que pasaba a la cocina con su cántara y te medía la leche solicitada. Luego había que hervirla, para evitar enfermedades. Un poco después llegaba el panadero y te dejaba las tres barras en la talega del pan. La basura se bajaba en un cubo para vaciarla en la camioneta municipal o, según los barrios, en el serón de una borriquilla.

Ya digo que era otro tiempo. Imaginaos si lo sería que todavía los padres se sacrificaban lo que fuera necesario para dar estudios a los hijos. Aplazaban su bienestar a la generación siguiente. No habíamos entrado en la espiral consumista-egoísta que hoy nos secuestra.

Era la tele un elemento educativo de primer orden, nada que ver con la cloaca multicolor en que se ha convertido hoy con tantas cadenas y tantos medios.

Centrémonos en nuestro tema. Uno de los programas más populares, Cesta y Puntos, enfrentaba a dos equipos procedentes de dos centros de bachillerato en una especie de partido de baloncesto en el que se encestababa cuando el equipo acertaba una pregunta.

El programa Cesta y Puntos comenzó en 1965 y enseguida se hizo muy popular. Tanto, que el director de nuestro Instituto, don José Melgares, de común acuerdo con el Jefe de Estudios, don Ramón Carrasco, decidieron presentar al certamen a nuestro «Virgen del Carmen».

En realidad era un atrevimiento porque hasta entonces solo concurrían colegios privados, todos religiosos, que preparaban especialmente a sus equipos para presentarlos al programa.

Creo recordar que el equipo se formó con alumnos de sexto curso y uno de quinto que ejercía de pivot. A servidor le tocó ser capitán del equipo, quizá porque era algo mayor que mis compañeros y parecía persona formal.

En Cesta y Puntos se hacía primero una eliminatoria consistente en un examen escrito multitudinario, de quizá quinientos alumnos procedentes de toda España. La prueba se celebró en otoño de 1966. El equipo formado por los cinco titulares y cinco suplentes pernoctó con todos los demás participantes en un albergue de la ahora extinta Organización Juvenil Española situado en medio de los pinares de la Casa de Campo. Allí nos dieron una cena razonable y nos alojaron en literas cuarteleras. Gran excitación. Muchos de los participantes nunca habían salido de su casa y lo vivían como una aventura apasionante.

Al día siguiente nos examinamos, tipo test con no sé cuántas preguntas que abarcaban todas las asignaturas.

Regresamos a Jaén nerviosos y esperanzados. Tras unos días de incertidumbre llegaron los resultados: ¡habíamos aprobado!

Después del sorteo ante notario se formaron los equipos. A los de Jaén nos tocó enfrentarnos con un colegio de Oviedo.

Llegaba el momento emocionante de salir por la tele. Hoy salir por la tele es fácil basta con ser petardo/petarda y te rifan los programas de frikis. Entonces era distinto. Por la tele solo salía gente respetable, el caudillo Franco, ministros, doctores, sacerdotes, Félix Rodríguez de la Fuente...

Bueno, también salía El Lute, un famoso delincuente especializado en escaparse de la Guardia Civil.

Eran otros tiempos. Tiempos de mucho respeto. No se conocía la palabra discoteca. Las chicas no se mezclaban con los chicos, al menos en Jaén. Ellas estaban en casa a las nueve y sus hermanos a las diez. Imaginad que los alumnos acudíamos al instituto con una chaqueta azul sin solapas y de corbata (mayoritariamente).

Llegó el día. Los participantes tendríamos que vestir de chándal, como corresponde a un equipo de baloncesto.

¿Chándal? Para muchos de nosotros era una palabra nueva. Que yo recuerde muchos chándales no se veían por Jaén.

El providente instituto nos suministró una docena de chándales rojos y bancos.

La víspera del día del enfrentamiento abordamos el autobús en la puerta del Instituto en juvenil algarabía, equipo suplentes y seguidores. Por la carretera nacional, regularcilla y muy curvilínea, faltaban lustros para la autovía, nos

dirigimos a Madrid. Seis o siete horas de viaje, con cuatro paradas mingitorias. La primera, en el balcón de Despeñaperros, jardines y fuente de agua cristalinas (ver foto); la segunda en medio de la Mancha, con los molinos de don Quijote al fondo, y la tercera en el Cerro de los Ángeles (ver foto)

¡Madrid, capital de las Españas! Esta vez nos trataron como a artistas y nos alojaron en un hotel de tres estrellas del centro de la ciudad, el Luis XVI, en la calle Montera. De allí nos llevaron a la tele que estaba de la Casa de Campo. Íbamos con tiempo de sobra y mientras aguardábamos nos pasaron al bar donde los más atrevidos pidieron autógrafos a algunos bustos parlantes de los telediarios que tomaban café: Marisa Medina, Pilar Cañada, bustos parlantes que vistas en color y relieve excitaron muchísimo a la muchachada provinciana.



Parada en el balcón de Despeñaperros
(Juan a punto de ser víctima de una flecha tirada por el equipo contrario que intenta así eliminar a su máximo competidor).



Parada en el Cerro de los Ángeles

Llegó la hora. Nos hicieron pasar a un estudio que imitaba una cancha de baloncesto, con graderío para los espectadores. Cada equipo desplegó su pancarta. La nuestra con versos del catedrático de literatura don José María Benavente:

*«De Jaén donde resido
Vengo con paso anhelante
Pues quiero salir triunfante
Del lio en que estoy metido».*

Llegó el momento emocionante. Equipo a sus puestos. El presentador, Daniel Vindel, larguirucho, papada tempranera, aire falsamente juvenil, llamó a los capitanes al centro del terreno.

Era costumbre llevar algún regalo típico de la provincia. Jaén aportaba una tabla con dos figuritas que representaban a un chirri y una pastira, los trajes regionales jiennenses. La muñeca sostenía una diminuta espuerta en la que ca-bían tres aceitunas, todavía verdes, que yo mismo me ocupé de recoger la víspera.

El presentador cogió una aceituna y dijo, con simpatía impostada.

-¡Hombre, aquí nos traen aceitunas de Jaén! –se la llevó a la boca y la mordió. Gesto de asco al descubrir que la aceituna antes de curarse es amarga.

Pensé: Mal empezamos.

No recuerdo las preguntas. Nuestros delanteros eran dos formidables campeones. Agustino Rueda por las letras delgadito y con restos de acné juvenil en las mejillas; Quesada Balbín por las ciencias, moreno casi mulato, guapo, espesas pestañas, poses impolutas. No dejaron pasar una. Victoria absoluta.



D. José Melgares (se reconoce por la sotana), director del "Virgen del Carmen", felicita al sonriente Juan Eslava (el de la corbata bien ajustada), capitán del equipo "Cesta y Puntos", ¡ahí es nada!

Regresamos a Jaén en loor de multitudes. Los Beatles no habrían hecho tanto revuelo. Durante unos días tuvimos entrevistas en la prensa y radio locales y diversos homenajes, entre ellos un encuentro con las alumnas del instituto femenino que todavía estaba en el antiguo convento jesuita de la calle Compañía. Antes de comparecer nos pasamos por el acreditado establecimiento La Pilarica, sito en la Carrera,

y adquirimos a escote una gran bolsa de caramelos para repartir entre las admiradoras.

Unos días después nos recibió el gobernador civil y Jefe Provincial del Movimiento, don José Manuel Pardo Gayoso en su despacho del palacio de la Diputación. Éramos el equipo al completo acompañado por don José Melgares, el director, sotana y panza incipiente, y don Ramón Carrasco.

Un mes después o así nos tocó ir de nuevo a Madrid para los cuartos de final. Ya nuestros famosos chándales habían perdido el apresto porque en el intermedio los había usado (y sudado) el equipo de baloncesto del instituto.

Nos tocó enfrentarnos a cierto colegio religioso de Madrid que ya se había proclamado campeón en otra temporada. Mosqueaba algo el hecho del que el presentador del programa saludara familiarmente a nuestros contrincantes llamándolos por su nombre de pila.

Lejos de nosotros sospechar que hubiera tongo. Simplemente se notaba cierta simpatía hacia el equipo madrileño, un grupo muy fogueado y excelentemente preparado que nos derrotó en buena lid.

Y eso fue todo. Cesta y Puntos se prolongó durante otras cuatro temporadas, pero ningún centro de la provincia de Jaén concurrió de nuevo, que yo recuerde.

El programa nos regaló a cada participante una medalla de bronce y un lote de libros que incluía una popular enciclopedia en cuatro tomos y un utilísimo diccionario de sinónimos y antónimos que me ha acompañado y servido luego en toda mi carrera de escritor.

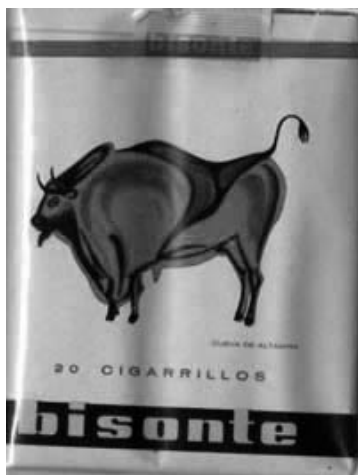
El banderín con flecos dorados y el logotipo de Cesta y Puntos, con el que nos retratamos lo encontré, años después, ya profesor del Centro, enrollado y embutido en una caja donde habían metido los junquillos sobrantes de un arreglo de ventanas. Supongo que por ahí andará.



Mostrando el banderín ants de ser arrollado y compartir espacio con unos junquillos de ventanas

PARTE UNDÉCIMA. SE SIRVE EL SEGUNDO PLATO

¡Ah, qué gratos recuerdos! En el año 1966 nosotros vivíamos en la calle Andrés Segovia, muy cerca, como todo el mundo sabe, del instituto «Virgen del Carmen». Siempre he creído que mis padres se mudaron desde la calle Almendros Aguilar a esta nada más que por la proximidad al instituto, para que



a mí y a mis hermanos nos pillara al lado como quién dice. Bueno, ellos decían que porque el piso era mucho más amplio que el anterior, pero yo tengo mis dudas.

El piso era un tercero; quiero decir que estaba en alto. Lo habitábamos desde el año 1961 y recuerdo que por entonces aún no estaba construido el Instituto de «Santa Catalina», *el femenino*, como sería llamado. El solar era un erial cubierto de cardos borriqueros de considerable altura. La suficiente como para ocultarnos a los chavales que nos escondíamos entre ellos para fumar sin ser descubiertos por nuestras madres que nos vigilaban

desde las ventanas. Fumábamos un cigarrillo que alguno de nosotros había podido escamotear a su padre y que rulaba de boca en boca hasta apurarlo tanto que, el que le diera la última *calá* se llevaba los labios quemados a su casa. Cada día tocaba marca distinta: Domino, Jirafa, Habanos largos con filtro, Fortuna, Kool, Celtas, Bisonte... Cuando me tocaba a mí ser el proveedor de la droga, llevaba Chesterfield sin filtro que era el preferido de mi padre cuando no usaba la cachimba.

Las noches de verano en aquellos años eran frescas, no había aparatos de aire acondicionado que calentaran el ambiente exterior y nos aturdieran con su permanente ruuum, ruuum, ruuum. El abanico y el ventilador eran los reyes. Apenas había tráfico de coches. Eso del «cambio climático» era cosa del pasado remoto, remotísimo, cosa que había pasado cientos de miles de años atrás y nadie podía imaginarse que ahora, en apenas una centuria, se ha ido gestando un nuevo cambio que hoy ya es una triste realidad. Pero sobre todo, las noches eran silenciosas –no se habían descubierto todavía los botellones– y uno podía dejar tranquilamente la ventana de su dormitorio abierta para que entrara el fresco y disfrutar del silencio. Digo que en aquellas noches a las diez, más o menos, desde mi ventana, gracias al silencio reinante y a que no había obstáculos en medio, podía escuchar perfectamente la película que echaban en el cine «Estadio». Escuchaba los diálogos, la música y los efectos sonoros. Si había un silencio más o menos prolongado y el diálogo anterior era propicio, yo me imaginaba la escena del beso –la censura ya no cortaba esas escenas, pero no dejaba ir más allá– y entonces mi madre me decía que se me ponía cara de embobado. Y se reía. Echo mucho de menos esas noches y más aún la risa de mi madre.

Mientras yo me perdía en esos gratos recuerdos, Baltasar casi había finiquitado su bacalao en leche y, con la boca llena del penúltimo bocado, me dijo:

–Juro por lo más sagrado que este bacalao es de los mejores que yo he probado en mi larga vida. En mis tiempos el bacalao estaba unido a las rigurosas abstinencias de la Cuaresma. Se consumía en toda España, pero para los no avisados he de advertir que, aunque siendo el mismo pescado, recibía distintos nombres. De eso da fe mi amigo Miguel Cervantes que en la primera parte de su famosa obra, esa en la que cuenta las escasas venturas y numerosas desventuras de Don Alonso Quijano, en el capítulo segundo dice «A dicha, acertó a ser vier-



nes aquel día, y no había en toda la venta sino unas raciones de un pescado que en Castilla llaman abadejo, y en Andalucía bacallao, y en otras partes curadillo, y en otras truchuela [...] y trájole el huésped una porción de mal remojado y peor cocido bacallao». Desde entonces y a lo largo de mis casi quinientos años de existencia lo he probado de muchas maneras: a la vizcaína, al pil-pil, a la gallega, a la llauna, en ensalada, el clásico «encebollao» y, sobre todo, a la manera andaluza de soldaditos de Pavía, pero nunca lo había probado con leche y este me parece excelente.

–Pues mire usted, señor Baltasar, este plato es tradicional de la cocina de Jaén. Es un plato muy rápido y fácil, con pocos ingredientes, pero el resultado es delicioso como puede comprobar; el bacalao queda cocinado en su punto acompañado de una salsa muy cremosa, tenéis que aprenderos la receta para que podáis sorprender a Inés cuando volváis a verla. Aquí hemos seguido los consejos que en su libro, *La Cocina de Jaén y otras cosas*, nos da Manuela García Ortega.

–Mejor aún si me conseguís un ejemplar de ese libro que decís.

–Me temo que va a ser harto difícil. Este libro lo publicó en el año 1988 cervezas «El Alcázar»...

–Me agrada que vuestra cerveza lleve mi apellido –me interrumpe Baltasar al tiempo que toma una botella de vidrio verde de las que hay en la mesa, la eleva hasta la altura de sus ojos y la mira con holganza—. Seguid, seguid contándome lo del libro de la tal Manuela, que ya sin conocerla me resulta persona muy grata.

–Pues eso, que el libro no se volvió a editar, que yo sepa, y mi ejemplar lo guardo como oro en paño y no se lo dejo ni al Sursuncorda que viniera a pedírmelo. En tanta estima lo tengo. Ha de saber usted que la autora del libro también fue fundadora de la cofradía gastronómica «La buena mesa» hace ya la friolera de cuarenta años.

–Bueno, bueno, no se enoje vuesa merced y siga con lo de la receta del bacalao.

–El secreto está en elegir un buen bacalao. Los ingredientes siempre han de ser los mejores posibles que en ese momento se exhiban en el mercado. Y eso sirve para cualquier receta, sea cual sea. Eso lo dijo Paul Bocuse, un cocinero francés al que seguro no conocéis, pero su libro *La cuisine du marché* se sigue editando. Tiene la fama de haber estado entre los mejores cocineros del mundo. Creo que murió hará unos tres o cuatro años.

–Bien va. Ya tengo el mejor bacalao posible y ahora ¿qué he de hacer?

–Pues desalarlo. Lo echa el día anterior en remojo y le cambia el agua tres o cuatro veces. Luego le da un ligero hervor, muy corto porque luego va a seguir cocinándose con la leche. Antes, tome nota en esa servilleta –le digo al mismo tiempo que le doy mi bolígrafo–, en una perola ha de poner usted aceite de oliva picual, cebolla picada y perejil que ha de sofreír a fuego medio. Cuando ya esté, le añade una cucharada de harina y la deja que se tueste un poco, luego le agrega lentamente un vaso de leche y va removiendo con una cuchara de madera de olivo. Le puede añadir ralladuras de nuez moscada y por último le agrega el bacalao y lo deja terminar de cocer un par de minutos. Que el bacalao quede jugosito y no reseco, que no se pase de cocción.

En estos momentos, vuelve a sonar la campanilla y antes de que acabe el eco de su tilín tilín, Maribel deja sus cubierto sobre la mesa, espera unos segundos a que Pedro la invite a subir al estrado y seguidamente la vemos desfilar por el angosto pasillo mientras todos los comensales interrumpimos nuestras charlas y la miramos atentamente, un tanto expectantes y deseosos de escuchar sus palabras. Luego, al final de su alocución, le pediré que al día siguiente me la envíe por correo electrónico para poder incluirla en esta crónica.

PARTE DUODÉCIMA. PALABRAS DE MARÍA ISABEL SANCHO RODRÍGUEZ

Querido Prioste, amigos y amigas de San Antón:

Es mi mayor deseo que en esta cena de 2020, año insólito, nocivo, y «virulento», todos los componentes de la Confraternidad estén superado con bien la maldita pandemia que estamos sufriendo. En esta extraña y quimérica noche y, a petición de nuestro buen amigo Felipe Molina, que se ha atrevido valientemente a redactar la crónica de una cena imaginaria, voy a anticipar en primicia

un fragmento de un texto que escribió mi padre, amigo de todos vosotros, siendo adolescente, entre 1936 y 1940 y que tenemos intención de publicar pronto.

El motivo por el que lo he elegido para compartirlo con todos vosotros es que Manolo y yo hemos pasado todos los días del confinamiento editando el diario de mi padre, incorporando algunas anotaciones e introducciones. La verdad es que nos apasionó el trabajo y sobrellevamos bastante bien el encierro. Creo que podemos comparar, hasta donde sea posible hacerlo, la «guerra de papá» –hago mío el título de la película que Antonio Mercero puso a la deliciosa novela *El príncipe destronado* de Miguel Delibes–, comparar la guerra, digo, que se vivió en España entre 1936 y 1939, con nuestra particular guerra contra el espeluznante virus COVID-19, con que, aún sin bombas ni armamento de ningún tipo, hemos tenido que lidiar, cada uno como ha podido, entre encierros, geles hidroalcohólicos, mascarillas y las codiciadas vacunas, hasta conseguir, ¿conseguir?, acabar con el bicharraco.

Hace ya bastante tiempo, creo que a alguno de vosotros se lo conté, descubrimos un «Diario» de mi padre, escrito durante la guerra civil, es decir él tenía entre 14 y 18 años. El diario se prolonga hasta el año 40, fecha en que su padre, mi abuelo, fue castigado con el traslado a Jaén, por «afecto a la República».

Mi padre, a inicios de la guerra, vivía en Madrid con su familia. Mi abuelo era funcionario de Telégrafos en el Palacio de Comunicaciones y, además, era un «bozazas» que se jactaba de sus ideas republicanas. En julio de 1936, mi padre acababa de terminar el cuarto curso de bachillerato con Matrícula de Honor en el Instituto Calderón de la Barca en donde tenía algunos profesores distinguidos: Antonio Machado, Rafael Lapesa, M.^a Elena Gómez Moreno, entre otros.

Alguno de esos profesores, suponemos que Lapesa, le recomendó leer mucho y escribir un diario de los días de guerra para compensar el cierre de los Institutos.

En efecto, él se aplicó en la redacción de ese diario que está escrito en cuatro cuadernillos de papel, algunas veces restos de impresos de telegramas provenientes del trabajo de su padre en Comunicaciones, cosidos a mano; otras,



Tarjeta de identidad de alumno.
Instituto «Calderón de la Barca» - Madrid
(reproducida por Manuel Sáenz Monzón)

Honor

PAPELETA DE EXÁMEN

TIMBRE 25 cts. Talón núm. *298*

DISTRITO UNIVERSITARIO DE MADRID

Instituto Nacional de 2.^a enseñanza "Calderón de la Barca"

Enseñanza oficial colegiada Curso de 193 *2* a 193 *4*

ESTUDIOS DEL BACHILLERATO

D. *Alfonso Sandoval Saes*, natural de *Arta* provincia de *de 11* años de edad; matriculado con el número *5 H* en la asignatura de **Lengua Española** *2.^o*

ha obtenido en los exámenes ordinarios la calificación de *Sobresaliente - Matrícula de Honor*

Madrid *22* de *Mayo* de 193 *4*

El Secretario del Tribunal,
R. Lapesa

En los exámenes extraordinarios ha obtenido la calificación de

Madrid *de Septiembre* de 193

El Secretario del Tribunal,

Imp. Peña - Pza. Sto. Domingo, 7

Papeleta de la asignatura de Lengua Española firmada por Rafael Lapesa Melgar.
(reproducida por Manuel Sáenz Monzón)

en pequeñas libretas de lo más variopinto. Los primeros meses de la guerra apunta observaciones cada día; más adelante deja pasar varios días o semanas sin anotar nada y, luego, hay apuntes de varias jornadas seguidas.

En el primer cuadernillo se incluyen los días vividos en Madrid entre el 25 de julio y el 4 de diciembre de 1936, aunque en hojas aparte también narra sucesos de los días 19 y 20 de julio. En general, en los primeros días, las anotaciones son muy breves, casi telegráficas. Conforme avanzan los días, la redacción se va cuidando más y se va haciendo más detallada. El segundo cuadernillo incluye desde las anotaciones del sábado 5 de diciembre de 1936 al 10 de febrero de 1939. Recuerda los días vividos en Rocafort (Valencia), desde el 5 de diciembre de 1936 al 9 de noviembre de 1937, y las vivencias en Barcelona, del 10 de

noviembre de 1937 al 10 de febrero de 1939. Un tercer cuaderno incluye el diario desde el 10 de marzo de 1939 al 17 de marzo de 1940. Además, hay un cuarto cuadernillo, titulado «Ejercicios de Redacción», que incorpora algunos textos fechados casi todos en Barcelona y escritos con posterioridad a los hechos que narra y que dedica a episodios seleccionados de la guerra, redactados con estilo y detalles más cuidados.

Al editar el diario, hemos considerado más adecuado dividirlo en tres capítulos, Madrid, Valencia y Barcelona, teniendo en cuenta que fue el recorrido que Alfonso, su hermana Mary Elia y sus padres, Elia y Alfonso, realizaron en pos del Gobierno republicano, cuando este salió de Madrid. La oferta recibida por mi abuelo, como funcionario de Telégrafos, de escapar de los bombardeos de Madrid e ir primero a Valencia y luego a Barcelona, les hizo peregrinar por esas capitales.

Nadie de la familia conocía la existencia del diario hasta que, ya fallecido mi padre, mi madre, ordenando el despacho, que cuidaba con el mimo que si él estuviera vivo y fuera a utilizarlo ese día, encontró una serie de cuadernos entre los que estaban los ya descritos. Ella, en su demencia, consideraba que el diario era exclusivamente suyo y que los recuerdos de Alfonso le pertenecían solamente a ella. Nos habló de su existencia, pero se negaba a que lo leyéramos nosotros.

En una laboriosa y compleja operación de espionaje familiar, pudimos hacernos con una copia de los documentos consignados. Solamente, tras su fallecimiento, el de mi madre, pudimos conseguir los originales.

No obstante, tuvimos que dejar pasar el tiempo para decidirnos a editar estas páginas, aunque no sabemos si mi padre habría querido que lo hiciéramos. En el diario aparecen entremezclados los sucesos de la contienda, desde la óptica de un niño de familia republicana, que se informaba en todos los periódicos que caían en sus manos, con los pequeños acontecimientos de su propia vida.

Gran aficionado al cine, nos informa del precio de las sesiones continuas a las que asistía, las películas que veía, e, incluso, las valoraba en malas, regulares y buenas. También, gran lector, incluía una relación de los libros que compraba y leía. Sorprende el listado de libros que con 14, 15, 16 o 17 años leyó.

Ya os he dicho anteriormente que, como primicia, voy a incluir unas páginas del diario, pertenecientes al primer cuadernillo y que se refieren a los días 24, 25 y 26 de noviembre de 1936. He elegido estos precisamente por corresponder el día de Santa Catalina, al anterior y al posterior. Muy posiblemente, de haberse podido celebrar la cena, la habríamos hecho en alguno de esos días.

Os recuerdo que mi padre tenía entonces 16 años, pero, a mi modo de ver, seguramente poco objetivo, el contenido de las páginas es interesantísimo. Como anticipo aquí tenéis:

(Madrid) Martes 24 (noviembre de 1936)

Las noticias que llegan de los frentes, [...], unas veces buenas, otras malas y otras regulares; lo importante que con hoy van tres días que el tiempo nos está salvando la vida.

La vida nuestra como siempre de aburrida. Todo el día en casa, unas veces estudiando y otras leyendo y, por la noche, después de nuestras partidas de ajedrez y de escuchar el tiroteo, nos vamos a la cama vestidos.

Como la aviación no puede actuar, la artillería facciosa se multiplica aunque, mientras sigan tirando del 7,5 y del 15,5, nos podemos conformar.

La 5.^a columna se conoce que, viendo la proximidad de los suyos, todos los días desencadenan un tiroteo nutrido con el que pretenden primero que nuestros fusiles les contesten y dar la sensación de que están aquí, y después atemorizar a la población civil; en ambas cosas fracasan. Nuestros milicianos se limitan a localizarlos y el pueblo, por aquello de que baza mayor quita menor, los desprecia.

Miércoles 25 (noviembre de 1936)

Este es otro de los días anunciados para entrar y decían las emisoras que engalanásemos los balcones para ver la entrada del Ejército salvador.

En efecto: empieza el día con un tiroteo como nunca de nutrido y todo el día la artillería ha estado mandando obuses sobre Madrid; hemos vuelto a ver la Aviación facciosa por la mañana y por la tarde a las horas de visita, 10 y 3 y media.

Parece que hoy tampoco tomará café Mola en Madrid ¡Qué le vamos a hacer! ¡Paciencia! Yo creo que lo mejor que podría hacer es encargarlo en un café de Berlín.

Ya han evacuado a 200.000 personas madrileñas; nosotros con una gran heroicidad esperamos a ver la total resolución de la guerra.

La prensa dice que la lucha de hoy ha sido crudentísima (sic) y que los facciosos han hecho un verdadero alarde tanto de material como de combatividad y que han echado toda la carne en el asador en todo el sentido de la palabra para ver de conseguir la entrada en Madrid, según habían anunciado por todas sus emisoras. Nuestras milicias, en un derroche de heroísmo contagioso, los ha contenido y no han avanzado ni un palmo los fascistas.

¿Y de las colgaduras que hacemos Sr. Franco? Las guardaremos para mejor ocasión.

Parece mentira, ¡qué poca formalidad! Y es que estos «rojos» se empeñan en dejar mal al «Generalísimo». Pues y los de la Kultur ¿qué dirán? Decididamente es una pena no poder cumplir el bonito programa del paseo militar y de entrar en Madrid sin disparar un tiro.

Jueves día 26 (noviembre de 1936)

Durante la madrugada, hubo un formidable tiroteo, epílogo de 48 horas de lucha intensísima en que fracasaron una vez más los intentos fascistas y, por la tarde, ha llovido torrencialmente lo que constituye la mejor defensa antiaérea que puede haber.

[...]. *Las noticias son en general buenas.*

El mejor síntoma es que en los dos días que llevamos oyendo Radio Burgos no ha hablado para nada de Madrid y se limita a contar cuentos más o menos de miedo.

PARTE DECIMOTERCERA. LOS POSTRES

Como no podía ser de otra manera, las palabras de Maribel fueron muy celebradas. Ella, cosa muy comprensible, al final de su intervención, cuando leía lo que su padre había escrito, tenía un brillo especial en los ojos. Parecían más húmedos que al principio. Y yo le note un cambio de voz, como si en algunos momentos le temblara.

—Sepa usted, amigo Baltasar, que yo fui alumno del padre de Maribel. En el Instituto «Virgen del Carmen» era muy apreciado y respetado no solo por sus alumnos, sino también por todo el profesorado. Recuerdo con mucha emoción que, entre sus iniciativas, estuvo la de crear y dirigir un grupo de teatro en el cual me congratulo de haber participado. Creo que fue por el mismo año en que Juan Eslava, según nos acaba de contar, jugó en el televisivo concurso cuando el grupo de teatro, dirigido por Don Alfonso, representó «Irene o el tesoro» de Antonio Buero Vallejo. A mí, quizá siendo conocedor de mis preferencias vocacionales, me asignó el papel del doctor Campoy. O a lo mejor, ahora que lo pienso, fue asumir ese papel lo que acabó de definir mi futuro profesional. ¡Quién puede saber cómo se forja nuestro destino! (Caray, que rimbombante me ha salido esta última frase). Y le he de decir otra cosa amigo Baltasar. Fue gracias a esos ensayos teatrales el que yo trabara amistad con Maribel, porque ella también participaba en nuestras representaciones, la mayoría de las veces desde la concha del apuntador y no sabe usted lo agradecido que le estoy ¡Le di tanto trabajo! Si no hubiera sido por ella me hubieran tirado más de un tomate en plena representación. Así que ya lo sabe. Desde aquellos años Maribel y yo somos amigos. Además, para mayor abundancia, por aquellos días a Maribel le hizo tilín mi amigo y compañero de estudios Manolo, más tarde también compañero de profesión, y se dijo: «Este guapo mozo ha de ser para mí». Y ahí los tiene usted, más de cincuenta años llevan juntos en perfecta armonía. Lo que son las cosas.

Fuimos muchos los que nos acercamos hasta Maribel para mostrarle nuestro cariño y reconocimiento hacia su padre. Fue muy emotivo y hubiéramos prolongado más ese momento, pero cuando quisimos acordar, los postres estaban servidos.

Sobre las mesas unas cazuelitas vidriadas, de color verde, con gachas que estaban diciendo ¡cómeme! Más de uno de nosotros sacó su móvil multiusos y las fotografiaba, seguramente para, acto seguido, difundir las fotos en sus redes sociales. Yo también las fotografié y dejo aquí una muestra. Son unas gachas con picatostillos, típicas de Jaén para degustar el día de Todos los Santos. Están hechas



con leche mezclada con agua, cosa que las hacen especiales, pues la mayoría se hacen con leche solamente y también alguna receta he visto con agua nada más, pero estas llevan los dos ingredientes. También es peculiar de Jaén el añadirle matalahúva y un chorreón de anís «Castillo de Jaén» y luego, al servir las se le echa por encima unas gotas de miel de caña, de la que se fabrica en Frigiliana y que, según tengo entendido, exporta a toda Europa porque en ningún sitio la hacen mejor que esta.

—Pues las gachas, hechas así están de rechupete —le digo a Baltasar—. Ya verá, ya verá.

Cuando estábamos a punto de verle el culo a nuestras respectivas cazuelitas, volvimos a oír el tintineo de la campanita al tiempo que Pedro se levantaba para anunciarnos la intervención de María José y adelantarnos que sus palabras vendrían muy a tono con los tiempos que nos están tocando vivir. Nuevamente se hizo el silencio y todos dirigimos nuestras miradas y nuestros oídos a la improvisada tribuna donde ya estaba María José desplegando unas cuartillas y colocándolas en el atril. Escuchémosla.

PARTE DECIMOCUARTA. PALABRAS DE MARÍA JOSÉ SÁNCHEZ LOZANO

ECOS Y LAMENTOS POR LAS CALLES DE TORRES

El Fort Riley de Kansas (EE.UU)

3 de marzo de 1918. La primera guerra mundial inicia la recta final. En la ciudad bielorrusa de Brest-Litovsk se firma un tratado entre el nuevo gobierno bolchevique de Rusia y las potencias centrales: Rusia salía de la gran guerra. El fin de la contienda se podía entrever en el horizonte.

Al día siguiente, en el Fort Riley todo estaba tranquilo. Los jóvenes militares se preparaban para las últimas ofensivas de la guerra. Otros soldados, con ideales distintos, pero con sus mismas inquietudes personales, los esperaban en

el frente, al otro lado del Atlántico. Eran sus enemigos. Ambos tenían un objetivo común: salvar sus vidas en las trincheras. Lo que no sabían en Fort Riley es que su peor enemigo estaba entre ellos dispuesto a llevarlos a la agonía.

Llegó la hora del rancho. Allí estaban todos a la espera de unas insípidas y exiguas viandas que recibían con entusiasmo. Es lo que había.

Alguien preguntó por Gilbert Mitchell, uno de los cocineros.

– Está en la enfermería, se ha levantado con fiebre y dolor de cabeza – le contestó otro soldado.

Al día siguiente, a la hora de formar, faltaba un buen número de militares. Estaban enfermos aquejados del mismo mal que Gilbert.



*Hospital de Fort Riley. Kansas. EE.UU.
Donde se registraron los primeros casos de gripe.*

Todos pensaron que era una inofensiva gripe. Pero no. Estaban viviendo el inicio de la pandemia más letal de la historia: la gripe de 1918. En escasas semanas se contaban por cientos los contagiados.

En el mismo fuerte se habilitó un hangar como enfermería que resultó insuficiente. En realidad, todo fue insuficiente en el mundo entero para contener la epidemia.

Los cuerpos de los soldados agotados por el combate conformaron un débil sistema inmunológico muy atrayente para un exterminador virus que viajó en sus cuerpos de un continente a otro. Estos movimientos de tropas fue el factor decisivo en la transmisión de la enfermedad.

El primer traslado fue de Kansas al continente europeo, a Francia. En este lado del Atlántico el virus se expandió con su rapidez innata.

Las numerosas bajas que habrían de contabilizarse al finalizar la guerra más las causadas en la segunda contienda mundial no alcanzaron a los más de cincuenta millones de personas que perdieron la vida en la pandemia.

La gripe llega a España.

Si en el continente americano el virus se coló en el campamento de Kansas, en España eligió un lugar apacible con ambiente de jolgorio: las fiestas de

san Isidro. Hasta las verbenas llegó procedente de Francia. Sin embargo, en principio nadie se alarmó. Por la prensa circulaban las noticias con una agridulce mezcla de terror y burla. Entretanto el virus se activaba rápidamente y los contagios se multiplicaban. En pocos días España estaba inmersa en el primer brote epidémico.

Lo mismo que en el siglo XXI, la gripe de 1918 cursó en varias oleadas que no fueron las mismas en el tiempo para otros países. Es más, ni en el mismo suelo peninsular se comportó por igual.

La primera coincidió, como he dicho, con la primavera. Sus efectos no fueron muy agresivos, por lo que la mortalidad fue baja. A finales del verano se iniciaba una segunda onda que se prolongó en el otoño afectando a una gran parte de la población con mayor virulencia que la primera. Terminado el año la crisis epidemiológica parecía haber desaparecido; sin embargo, el nuevo año traía una la tercera ola. En enero de 1919 comenzaron nuevos brotes que extendieron su acción hasta mayo. La mortandad causada por este tercer brote fue inferior a la anterior.

Por último, en 1920, podemos contabilizar un cuarto episodio gripal que también conllevó una gran mortandad.

La mentira de una denominación.

Hablamos de un virus, una gripe inusual, pero en realidad ¿Cómo la llamaban? Es sabido que enseguida se conoció con el nombre de «Gripe Española». Acabamos de ver el paciente cero en Norteamérica. El historiador Mark Humphries señala el origen en China. Tampoco faltan teorías que quieren ver el arranque del mal en Francia. No voy a entrar en disputas. Lo cierto es que en ningún caso se apunta a España como el lugar de origen ¿Por qué entonces se llamó española? La respuesta es sencilla. No olvidemos que apareció cuando aún no había terminado la Primera Guerra Mundial. Los países aliados no podían permitirse mostrar debilidad ante el enemigo ni desmoralizar a las tropas con noticias sobre nuevas muertes. Las bajas del frente ya eran suficiente alarma para amilanar los ánimos. La censura se encargó de hacer ese trabajo y con gran eficacia amordazó la prensa eficazmente: nada de epidemias ni de bajas por otros motivos que los propios de la guerra.

España era un país neutral. Nada tenía que temer. Así que la prensa española fue la única que informó sin cortapisas. Y lo hizo con cifras de afectados y decesos ¿Qué más se podía pedir para llamarla «gripe española»? Los propios norteamericanos defendieron a España: «no se debía insultar así a gente tan decente como la española...dejemos que esta (la pandemia) se llame La Maldición Alemana».

Los diarios españoles manejaban nombres que banalizaban la enfermedad. «Soldado de Nápoles» fue uno de ellos. Esta denominación hacía relación a la Canción del Olvido, la zarzuela que hacía poco se había estrenado en Madrid y que estaba de moda. Uno de sus números musicales fue Soldado de Nápoles, canción tan pegadiza como la enfermedad. En las páginas del periódico Sol podía leerse: «La enfermedad de moda, la epidemia del soldado de Nápoles o la fiebre de los tres días, que de todas estas maneras se llama ahora la gripe, ataca, como es sabido, de un modo rápido y repentino».

Otro insólito nombre con el que se la designó fue el de «Influencia». Con él se aludía a la frase italiana «influenza di freddo», influencia del frío. Hasta «Cucaracha» se le llamó porque decían que se desarrollaba y propagaba como este insecto. Su denominación técnica fue gripe tipo A /H1N1.

En Torres se referían a ella como «La peste». Y no solo en Torres. El periódico ABC comentaba que se trataba de la «Peste Negra». Cuando pensamos en la Peste nos imaginamos el peor tormento vivido por la humanidad; sin embargo, la gripe fue mucho más mortífera que la Peste Negra de 1349.

Torres: la peste.

¿Cómo vivió Torres la pandemia? ¿Murió mucha gente? Son preguntas que siempre me he hecho porque siendo niña oí a mis padres contar una historia sobre la gripe que me impresionó, tanto que desde entonces me interesó esa famosa tragedia gripal. Ha sido una investigación pendiente que, a pesar de lo mucho que me atraía, siempre se quedaba esperando. Incluso se me pasó en el centenario. Pero llegó el momento y ¡qué momento! Fue precisamente cuando nada hacía sospechar que un virus gripal de características similares ya circulaba en el planeta. Fue justo al año siguiente, en 2019. En septiembre, coincidiendo con las fiestas patronales de Torres, en su programa festivo salió mi ansiado artículo ¿Premonición? ¿Presentimiento? Seguro que una caprichosa casualidad.

Unos meses antes, en el archivo municipal de Torres, tomé nota pormenorizada de las defunciones producidas en un quinquenio: 1916-1920. Su sexo, edad, causa del fallecimiento...Con esos datos, actualmente ampliados, vuelvo a hablar de aquella espantosa pandemia, ahora, por desgracia, de tanta actualidad. La frialdad de las cifras que me aportaban los libros de defunciones no me impidió en su día acercarme al sufrimiento de mis paisanos cada vez que contabilizaba un nuevo deceso. Aún no había llegado el Covid. Entonces para mí solo era algo lejano que dormía en el archivo. Sin ninguna posibilidad de resurrección....

La repercusión de la gripe en Torres no se limitó a 1918. Cursó en dos brotes. El primero en el otoño de 1918 y el segundo en enero de 1920. En los dos casos la mortalidad fue muy alta. Ahora bien, no se pueden descartar otros episodios en los que el virus atacara de forma menos violenta puesto que la morbilidad no fue registrada.

Mayo de 1918. Se inicia la primera oleada pandémica. Torres vive ajeno al mal que está invadiendo el país, cuando en realidad quedaba solo un mes para que se registrara el primer deceso.

La población estaba ocupada en otras furias de la naturaleza que de vez en cuando se empeñaban en elegir las olivareras tierras torreñas: las inmisericordes tormentas.

Finalizando 1917 los fuertes temporales habían provocado la ruina en la población. A saber: un buen número de casas derrumbadas y al menos veinte amenazando ruina; las cañerías de las fuentes que suministraban agua a los vecinos destrozadas; los bancales de las huertas hundidos; los árboles frutales arrastrados por la corriente; el caz lodado y cercenado en casi todo su trayecto, y para colmo los caminos vecinales cortados dejando a la población incomunicada con Mancha Real, Jimena y Albánchez. Al llegar 1918, todavía se encontraban esperando la ayuda solicitada al Fondo de Calamidades del Estado. La situación empeoró en febrero, cuando la escasez de trigo amenazaba con serios conflictos. Por el pueblo no se encontraba pan para el abasto cotidiano. En la primavera lo que escaseaba era la carne. Los precios eran prohibitivos con lo que apenas se sacrificaban reses. Por otro lado, las condiciones higiénicas del matadero no eran las más adecuadas. En definitiva, un escenario con escasa capacidad de respuesta que aumentaba las posibilidades de afrontar con fracaso al venenoso virus. A lo que podemos añadir que, cuando en una población de 4.186 habitantes parecía que ya nada podía ir peor, todo empeoró. Vaya que si empeoró. La ley de Murphy parecía cumplirse.

Y así fue. El primero de julio de 1918 cayó la primera víctima diagnosticada con gripe. Desde primero de año a esa fecha los dieciséis enfermos que habían fallecido por enfermedades del aparato respiratorio eran niños menores de dos años y ancianos, perfil que se ajusta a las características habituales que definen las crisis gripales de los meses fríos. Y lo mismo ocurrió en los años 1916-17: los treinta y ocho y treinta y dos óbitos provocados respectivamente por patología pulmonares están comprendidos en las franjas de edad mencionadas. Sin embargo, a partir del verano de 1918, el perfil de las víctimas será muy distinto como veremos más adelante.

1918 terminaba registrando cincuenta y siete defunciones. Todas producidas entre el 1 de julio y el 28 de diciembre. En este intervalo de tiempo murió el 1,36% de los torreños. La mayor tasa de mortalidad se produjo en el mes de noviembre, llegando a alcanzar el 13,61 por mil. En la provincia de Jaén la tasa de mortalidad de la segunda oleada osciló entre el 4 y el 6,99 por mil.

Aunque octubre fue el peor mes de la epidemia en todo el mundo, noviembre también lo fue en la provincia de Jaén y en otras provincias andaluzas como Córdoba, Huelva, Málaga y Sevilla, además de Baleares, Lugo y Orense.

Las navidades fueron tranquilas. Todo parecía haber pasado. Con el nuevo año la vida volvió a la normalidad. Con satisfacción todos asistieron a una solemne función religiosa en acción de gracias.

Comenzó 1919 y a lo largo del año solo fallecieron por patologías pulmonares ocho personas. Sin embargo, la navidad cambió su alegre faz y lo empeoró todo. Entre villancicos el mortal virus volvía a deambular imperturbable por el pueblo. El médico, don Felipe Soto, fue el primero en dar la alarma: «se han dado en la localidad varios casos de gripe con carácter epidémico que sin duda es reproducción de dicha enfermedad padecida en el año último». Sin demora aumentaron la cantidad de dinero consignada para medicinas a enfermos pobres y guardia civil. La imagen del pueblo de nuevo se trasmutó en un ejército de sombras que vagaban por él con el miedo y la sospecha en el cuerpo.

En enero de 1920 los certificados de defunción acusaban un pavoroso ascenso: veintitrés óbitos. De los cuales diecisiete fueron producidos por Bronconeumonía gripal. Fue el mes más mortífero del nuevo año. Aunque sus efectos se prolongaron esa cifra no volvió a repetirse, descendiendo a cuatro en febrero y a una o dos el resto del año. Este rebrote de enero se corresponde con el cuarto brote epidémico que mencioné anteriormente y que se dio en muchas partes del mundo. Sus características no fueron como las de 1918.

¿Y la prevención? ¿Con qué contaban? Poco sabemos de ello. La higiene fue el primer recurso. Los bandos de la alcaldía insistían en la necesidad de mantener las viviendas “con la mayor eficacia y el mayor rigor en la limpieza y aseo...”. Las calles se desinfectaron y un buen número de barrederos fue contratado para hacer la tarea. Del obispado se recibían órdenes para desinfectar





La disminución de la influenza mortífera durante la epidemia de 1918.

la iglesia, aconsejando barrerla y ventilarla diariamente. El agua bendita era un buen foco de infección; por eso se limpiaba diariamente con una solución de permanganato potásico. Pero mientras duraba el día el virus podía circular por ella. No podemos censurarlo, algo había que hacer. Con el mismo esmero se limpiaban las rejillas

del confesonario. Algunas fiestas se suprimieron y aumentaron el número de misas para evitar aglomeraciones.

Se adquirió material desinfectante. Era lo preceptivo cumpliendo con las órdenes del Ministerio de la Gobernación. No especifican nombres. Posiblemente se tratara de Zotal ya que su uso era muy común. Y no solo se aplicaba en los hogares, hasta los cuerpos de enfermos y sanos, para prevenir, eran rociados con este antiséptico. Se recurría a elixires, vapores de eucalipto y tónicos de todo tipo. Incluso se recomendaba fumar para matar los gérmenes ¿Nos suena verdad? Otras recomendaciones de las autoridades sanitarias era la utilización de aceite gomelonado al 10%, del que decían ser un excelente remedio para desinfectar la rinofaringe.

En la prensa se anunciaban muchos productos para aliviar el mal. Parecían milagrosos.



Felipe Soto Martínez.
Médico que atendió con
denuedo a la población
de Torres durante
la gripe de 1918.

Dos médicos cuidaban a la población. La atención primaria de hoy, pero sin PCR. Don Felipe Soto Martínez, era uno de ellos. El doctor Soto gozaba de un gran prestigio en el pueblo. Era muy querido y respetado. Durante la pandemia tenía 76 años. A esa edad caminaba por sucias y encharcadas callejuelas y cruzaba la Rambla de acá para allá cuantas veces hiciera falta en busca de sus enfermos. No terminaba el día sin haber visitado a todo el que se lo había pedido y alguno más. Cuando desde lejos lo venían venir cargado con su maletín y su peculiar forma de andar, parecían ver una aureola de esperanza en aquella silueta. Su sola presencia aliviaba momentáneamente a las familias.

Llegaba a su casa exhausto, pero reconfortado por haber hecho todo lo que podía. Pero ¿cuánto podía?

Recetaba y recetaba. A veces altas dosis de aspirina -al menos así se hacía en otros lugares de España-. Remedio que, según se ha estudiado después, podía aumentar la mortandad por las afecciones neumológicas que posiblemente desencadenara.

Los palos de ciego que daba, obligado por el desconocimiento y la escasez de recursos, le harían sentirse impotente. Y al día siguiente, otra vez a sufrir el desastre. Demasiadas emociones y demasiado cansancio para su edad.

Poco podía hacer ante la presencia de un virus, al parecer combinación genética entre porcino y humano. Tendrían que pasar quince años para que los científicos consiguieran aislarlo. Pero había muchos más. Era cuestión de años volver a contar con su mortífera presencia. El siglo XXI daría cuenta de ello.

A modo de homenaje a las víctimas.

Ya he mencionado que la primera víctima de Torres murió el 1 de julio de 1918. Se llamaba Luis Lázaro y Lázaro. Tenía cuarenta años y vivía en la calle Real. En el mismo mes murieron también Blas Hermoso Lorite y Ramón Molina Fernández. El verano terminaba sumando otras dos defunciones, la de Tomás Jiménez Molina en agosto y la de Francisco Pulido Baena el tres de septiembre. La epidemia era una realidad, pero aún no había causado grandes estragos.

En el otoño la situación cambió. Septiembre terminó sumando tres víctimas más y octubre se cobraba otras cinco vidas. Al no tener datos de enfermos, no puedo saber su número. A juzgar por las víctimas, a buen seguro que fueron muchos. Pasada la noche de los santos por las calles de Torres no circulaban niños. Sus escuelas se habían cerrado para evitar contagios. A los dos días un edicto informaba: «Se ha presentado en la localidad con carácter grave la epidemia de gripe reinante en muchos pueblos de la nación. Ya la consideraban grave.

Fue precisamente en el mes de noviembre donde la epidemia llegó a su punto más álgido. Cuarenta personas murieron en ese intervalo, más de la mitad del total de bajas por gripe en el año.

A la ausencia de niños se sumó la de las personas mayores. Las calles estaban desiertas. Nada difícil de imaginar. Lo hemos vivido en nuestras propias carnes.

Sin embargo, a pesar de ser noviembre el mes más álgido, lo peor estaba por llegar. Habían enterrado a trece personas y aún quedaban por sucumbir cuarenta y cuatro infelices más.

De las familias de las víctimas conozco un caso bastante trágico. Ya lo he apuntado al principio. La historia que referían mis padres era la de la familia

de su amigo, Antonio Gutiérrez Fernández. En el fatídico año de la gripe, sus abuelos, José Gutiérrez Cobo y Juana Molina Tello, tenían una finca arrendada en Pulpite. Uno de sus hijos, Marcos Gutiérrez Molina, se encontraba en Melilla cumpliendo el servicio militar. Un lunes lluvioso -así lo recuerda su hijo Antonio Gutiérrez Fernández- quebró su vida. El capitán llamó a su despacho al soldado. Rápidamente se presentó ante él y con marcialidad dijo:



El torreño Marcos Gutiérrez Molina en Melilla durante la pandemia.

—A sus órdenes mi capitán ¿Da usted su permiso?

—Sí pasa.

—Se presenta el soldado Marcos Gutiérrez.

—A discreción.

Sin crudeza militar y con cierta turbación por la noticia que tenía que dar, el capitán, sin rodeos, añadió:

—Tiene que volver a su pueblo. Han fallecido varios miembros de su familia.

El soldado no pudo contenerse. Casi se desplomó. Se echó a llorar y el capitán dejando al margen el rigor militar lo abrazó unos instantes.

Con la voz entrecortada, Gutiérrez se despidió sin el saludo protocolario, el capitán lo había eximido de formalismos.

Cuando llegó al pueblo las noticias exactas eran que en catorce días habían muerto, su padre, sus hermanos, Leonor, Francisco y Juan Manuel y su tío, Manuel Molina Tello. Únicamente quedó su madre. No podía irse. Tenía que recibir a su hijo para comunicarle tanto dolor.

Y aún podemos dar más nombres. La mala alimentación y la falta de higiene siempre han sido factores de riesgo añadidos para la propagación de infecciones. De hecho, el virus se ensañó en la zona marginal de las Cuevas, viviendas cuya insalubridad facilitaba su transmisión. Allí vivían Rafael Espinosa y su mujer Margarita Haro que perdieron a sus hijos, José María, un bebé de dieciocho meses y Gracia que acababa de cumplir trece. El virus también entró al hogar de Julián y M^a Dolores. Un lunes enterraban a su hijo Manuel, de dos años, y el vier-

nes moría su hermano Julián, un adolescente de quince años. Y por citar un caso más, los hermanos Josefa y Antonio Garzón Lanzas, de nueve y trece años respectivamente, como tantos otros no consiguieron vencer el mal y en menos de una semana dejaban en el más absoluto desamparo a sus padres Antonio y Mariana.

¿Y la capital?

En la provincia de Jaén, en el mes de junio se registraron 226 infectados, cuando la media que se venía padeciendo era de 147 fallecimientos al mes. A pesar de la evidencia hasta el mes de octubre la epidemia no tuvo reconocimiento oficial a nivel provincial.

En la capital, la prensa atribuía la epidemia a «las benevolencias del gobierno para el tránsito de ciertos contingentes desde Francia a Portugal, nos han acarreado una epidemia, que será más o menos grave, pero que realiza implacable su obra maestra». Se refería a la provincia, porque en la ciudad a principios de octubre, aún no se conocían «casos definidos», por lo que las medidas de seguridad no fueron rigurosas. En principio se aplazó la apertura del curso y no faltaron buenos propósitos para la adquisición de aparatos que pudieran esterilizar el agua. Se instaló una caseta sanitaria en el camino de Fuerte del Rey, lugar estratégico porque la vecina localidad ya estaba contagiada. Estación que de nada servía porque no fue acompañada de ningún tipo de material. Ni siquiera de médico. Un diario local recogía la extrañeza de un viajero estupefacto porque en Córdoba, de donde procedía, lo habían fumigado tanto a él como a su equipaje, y al llegar a Jaén nadie se cuidó de «decirle esta boca es mía». En realidad, el control sanitario sí estaba instalado en la estación de ferrocarril, pero al parecer tampoco funcionaba. A los pocos días, según podía leerse en la prensa, ya marchaba regularmente desinfectando a todos los viajeros, así como a los coches públicos que hacían el recorrido desde la estación. Tres brigadas fumigaban intensamente cafés, urinarios y calles. Dejando muestras del polvo blanco del hipoclorito de calcio por todas partes.

Se acercaba la feria y El Pueblo Católico advertía en sus páginas del riesgo de su celebración, ya que los preparativos se hacían con total normalidad. Las aglomeraciones indudablemente suponían un serio peligro, sobre todo la concentración de feriantes en el mercado de ganados, máxime teniendo en cuenta las precarias condiciones de las instalaciones del ferial, por lo que exigía las «necesarias e indispensables medidas de previsión sanitaria...si no queremos correr el riesgo de atraer acá la temible epidemia de que aún estamos libres en Jaén providencialmente». Con todo, no parecía haber demasiado interés por prevenir. Parecía como si a Jaén nunca fuese a entrar la masiva infección. Desconozco la incidencia en la capital. Las noticias de la prensa al respecto, durante todo

el año de 1918, siempre nos remiten a casos aislados. Pero sí mantienen cierta unanimidad, a pesar de las contradicciones, a la hora de valorar la operatividad de la defensa higiénica: «Ante la epidemia, que se recrudece en la provincia y que amarga seriamente a la capital, se imponen menos preparativos y más realidades, más energía, más ir al bulto...y más caridad también».

En fin, hemos vivido nuestra propia pandemia. Hemos asistido al dolor inmenso de ver como se nos iban nuestros mayores. Pero a pesar del sufrimiento, saber que los jóvenes quedaban libres ha sido un respiro.

Un hogar en el que el maldito bicho mata a los abuelos no es comparable a otro en el que escoge a los niños y jóvenes. Y eso es lo que pasó en 1918.

Jóvenes entre veinte y cuarenta años fue el perfil en el que oscilaron las víctimas por todo el mundo. En España también se ajustaron a esa franja de edad, concretamente entre los veinticinco y los treinta y nueve. En Torres fue aún peor. Los más afectados fueron los niños y jóvenes de uno a veintinueve años, seguido del grupo de veinte a treinta y nueve. En el último brote, el de enero de 1920, los bebés menores de un año fueron el objetivo del virus exterminador. Siendo responsable de una elevada mortalidad infantil: un 31% ¡Escalofriantes datos!

Una vez más me viene a la cabeza el pensamiento de que tan altas cotas de angustia y desolación infinita ya forman parte de nuestras vidas. Somos una generación que puede empatizar a la perfección con el desconsuelo de aquellas gentes de 1918.

Los misteriosos lamentos.

Cien años después, cuando entrevisté a los mayores en busca de algún dato que pudieran aportar, varios de ellos coincidieron en que recordaban contar a sus abuelos que, durante la epidemia, por las noches se oían unos angustiosos gemidos. Por eso, al esconderse la luna, las puertas y ventanas de todos los hogares se cerraban a cal y canto. A pesar de todo, llegada la medianoche, cuando todos dormían, el silencio se rompía con el eco de los lamentos de las desventuradas víctimas que aseguraban escuchar por todo el pueblo.

Todos sabían, porque ellos mismos lo hacían, que nada más morir echaban los cuerpos sin vida en carros que los trasladaban al cementerio. Lo mejor que se podía hacer para evitar la propagación.

Estoy convencida de que su inmenso sufrimiento producido no solo por la muerte de sus seres queridos, sino también por la rapidez del desalojo, les hacía creer que eran reales esos gemidos desgarradores que como plegarias emi-

tían sus muertos. Más de uno creería haber enterrado vivo a lo que más quería ¿Sería el rugir de sus conciencias lo que llegaba a sus oídos? Pobres desdichados. No era suficiente su consternación había que añadir miedo, angustia y culpabilidad por una tragedia que se había colado en sus vidas.

PARTE DECIMOQUINTA. SE SIRVEN EL CAFÉ Y LOS LICORES. PALABRAS DE ÁNGEL VIEDMA. UN SONETO DE JOSÉ GARCÍA. BALTASAR NOS DA UNA EXPLICACIÓN. JUAN ESLAVA ENTREGA UNA CARTA A BALTASAR DEL ALCÁZAR. FINAL DE REUNIÓN Y EMPLAZAMIENTO PARA LA SIGUIENTE.

Como siempre, las palabras de María José fueron escuchadas con mucha atención. Incluso vi como Pedro Galera apuntaba algo en un papel mientras ella hablaba. Luego, al terminar su discurso, se acercó a María José, sacó el papeletito y señalando con el dedo sobre él, se enzarzaron en una conversación que no pude escuchar.

A mi amigo (ya me deja llamarlo así) Baltasar le dije que lo del nombre de «española» a la pandemia de gripe que diezmo la población mundial en el 18 es algo indignante.

Las conversaciones se avivaron con el café y los dulces que pusieron a nuestro alcance; pestiños y almendrados. Yo comenté con Arturo y Eloisa que los almendrados venían de Albánchez de Mágina y estaban elaborados según una antigua receta andalusí, nada más y nada menos que del siglo XII, según dicen donde los encargué. Los hacen con almendra, huevos, azúcar, raspaduras de limón y canela. Luego se cocinan en el horno. A Baltasar le gustaron, pero dijo que él prefería los pestiños

Ángel Viedma, que se había acercado también y había estado prestando mucha atención a mis comentarios, sacó unas cuartillas de su bolsillo y me dijo: «Toma, he escrito unas palabras para que las incluyas en tu crónica, como adenda». Yo les eché una rápida ojeada y cuando ya se iba, lo cogí por el hombro y le dije que de eso nada. Que yo aprendí de «Les Luthiers», que cuando Marcos Mundstock, al que hemos perdido en este fatídico año, decía «Para terminar y ya fuera de programa», en realidad estaba anunciando lo mejor de toda la velada. Así que le devolví las cuartillas a Ángel y le dije que sin excusas tenía que leérselas a todos en ese momento. Le pedí licencia a nuestro prioste y Ángel, venciendo su discreción natural, no tuvo más remedio que leerlas, lo cual agradecemos todos. Aquí las copio para que puedan leerlas los que no asistieron a la cena.

Palabras de Ángel Viedma

Amigos de San Antón: Me he atrevido a pergeñar estas cuartetas, sólo con el ánimo de poner una leve nota de entretenimiento, que relaje el adusto semblante que nos ha dejado este infausto virus. Perdonad mi osadía y las imperfecciones de las rimas. Espero que la próxima cena pueda desarrollarse de una forma más habitual, aunque haya que usar mascarilla y respetar distancias.

CENA JOCOSA SIMULADA O VIRTUAL DE 2020

(LA CENA QUE PUDO SER Y NO FUE)

- | | |
|---|---|
| 1. En Jaén, donde resido,
nuestra gran Cena Jocosa,
con sus versos y su prosa,
este año no ha existido. | 6. Que ejercite de cronista
de una cena simulada,
que será muy celebrada
en su Crónica y revista. |
| 2. Fue por marzo, por sus idus,
cuando llegó del Oriente,
contagioso y muy potente,
un fatal Coronavirus. | 7. Muy gentil, con buenos modos,
pidió Felipe a testigos,
que en San Antón son amigos,
mandarle trabajos todos. |
| 3. Año veinte. Nuestra cena
no se celebró ¡pardiez!
No hay criado portugués,
pues el virus salió a escena. | 8. Y con esta solución
resolverá bien la cosa,
y así esta Cena Jocosa
nos «molará» un montón. |
| 4. Ni tampoco doña Inés;
y sin don Lope de Sosa,
aquesta Cena Jocosa
ha de esperar esta vez. | 9. Desde lejos, buenas mañas
y toques de campanilla,
dirige a la camarilla
nuestro prioste Casañas. |
| 5. Más el gran prioste opina,
con el bueno de Juan Cuevas,
y comunica estas nuevas
a don Felipe Molina: | 10. Este año no hay sorpresa;
no habrá, pues, cofrade nuevo,
ni vetusto, ni mancebo,
que aterrice en esta empresa. |

11. La mesa tenemos puesta,
lo que se ha de cenar junto,
las cervezas en su punto,
¡que comience ya la fiesta!

12. Esto tiene buen cariz:
aceitunas, peladillas,
de Paco las patatillas,
junto al paté de perdiz.

13. Copa de espera virtual:
Plácemes, saluciones;
de Jaén alcaparrones
con pan y aceite picual.

14. Un vinito de crianza:
yéchole la bendición;
yo tengo la devoción
de santiguar la pitanza.

15. La virtual campanilla
reclama nuestra atención,
pues nos llega la ocasión
de actuar como en capilla

16. Con la clásica oración,
que don José encadena,
benedicirá nuestra cena
dedicada a San Antón.

17. Y Felipe, con su antena,
que todo sabe y domina,
me adelanta, con sordina,
el programa de la cena.

18. En esta cena al trasluz:
versos de Pepe García
y Juan Cuevas, galanía,
recordando a Pedro Cruz.

19. Y llegan otros entrantes:
La ahorizada morcilla,
«regada» con manzanilla...
y seguimos tan campantes.

20. Regañás con «ajo atao»,
un «recluta» con cerveza,
que tomamos con presteza,
y algún garbanzo «tostao».

21. Lo mejor de aquesta cena,
hoy tan nula en calorías,
es que «vuelas señorías»
no harán dieta ¡enhorabuena!

22. Tras el entrante postrero,
todo muy rico y sabroso,
y con talante animoso,
llega ya López Cordero.

23. ¿De qué vos disertaréis?
le pregunto yo, correcto.
«De un hospital, al efecto,
y un prior del Dieciséis»

24. Y tras hablar mucho y bien,
y aplausos y alharacas,
picatostes y espinacas
al estilo de Jaén.

25. Con la cena en su apogeo
y abuso de servilleta,
le toca al «Premio Planeta»
que silencia el cuchicheo.

26. Y «rascando» en su memoria,
narró, entre otros asuntos,
su concurso en «Cesta y Puntos»,
Juan Eslava, con su historia.

27. ¡Es gran receta jaenera!
Viene el bacalao con leche,
yo les digo «¡que aproveche!
que Maribel nos espera».

28. Maribel Sancho, sutil,
narra un recuerdo paterno,
que él plasmó en un cuaderno,
allá en la guerra civil.

29. Nuestra felicitación
por tan singular relato;
nos olvidamos del flato
y prosigue la reunión.

30. Va la cena hacia el final.
con las gachas con tostones
para dulceros, glotones
y algún que otro comensal.

31. Pestiños y libación
dieron fin ¿qué viene ahora?
Sánchez Lozano, señora
que inicia su intervención.

32. Recordando esta pandemia;
evocó, con tal motivo,
gripe en su Torres nativo
en pretérita epidemia.

33. Y tras aplaudir con ganas,
con el anís me entretengo,
-que es de Jaén su abolengo-
y un licor de avellanas.

34. Mientras nos sirven café,
el anís de Ángel Tirado
y algún que otro mantecado,
me pregunto: ¿y, ahora, qué?

35. Pues que un amigo dilecto,
Arturo Vargas Machuca,
después de tanta manduca,
dio una charla de arquitecto.

36. Y doy fe que lo hizo bien:
Habló de las «Protegidas»,
viviendas tan conocidas,
y notorias en Jaén.

37. Entre yemas, mazapanes
y otros dulces de convento,
va terminando el evento,
y enfundamos los gabanes.

38. Y ya que habemos cenado,
tan bien y con tanto gusto,
parece que será justo
terminar lo programado.

39. Nuestro prioste, hogaño,
pone el «Himno de Jaén»,
damos nuestro parabién
y cantamos con apaño.

40. Con el menú te has pasado:
Felipe, has sido cruel;
a tu lado, Pantagruel
es un mero aficionado.

41. Pues, aunque sea virtual,
redactando estas cuartetas,
hube de usar servilletas
pensando que era real.

42. Y «colorín colorado»:
con la quimérica cena,
terminé ya la faena
y ¡acabó el desaguisado!

El aplauso fue unánime y las sonrisas no faltaron. Incluso Baltasar aplaudió con entusiasmo y me dijo que tendría que charlar largo y tendido con este vate antes de volver al monte Parnaso donde le aguardan Erato y Talía, aunque él prefiere a Inés, siempre lo ha dicho.

Animado por un final versificado en jocosas cuartetas, Pepe García, se arrancó de nuevo y, cuando los aplausos se estaban apagando, sacó de su bolsillo una cuartilla que tenía doblada y dijo:

—Un momento. Con el permiso de nuestro prioste, y ya puestos en ambiente, me gustaría leeros un soneto que he compuesto para esta insólita cena.

Pedro asintió con la cabeza y, como aún quedaba un rescoldo de conversaciones flotando en el aire, volvió a agitar su campanita y dijo: «Atentos, atentos, que Pepe nos va a leer otra poesía». Después de leída todos la celebraron con aplausos y vítores. Yo ahora os la copio en esta crónica para quede constancia y sus palabras puedan llegar a los que no asistieron a la cena o a los que estando presentes, bien por la hora bien por los vapores etílicos, la modorra que se adivinaba en sus párpados le impidió prestar la debida atención.

SONETO DE LA NO CENA DEL 2020

La Cena de este año, amigos míos,
no ha tenido lugar, como solemos,
en torno de la mesa que ponemos
en selecto espacio; mas, con bríos

forjados al vencer los desafíos
de tantas otras cenas, proponemos
que, al hilo de las Crónicas, cenemos
reviviendo rescoldos nunca fríos:

¡Ya entran la cerveza y el vinillo,
el queso, la morcilla y el chorizo!
¡Ya fluye la amistá en cada corrillo!

¡Ya embrujan las palabras y su hechizo!
¡Ya vuelve a repicar la campanilla!
¡San Antón está aquí...! ¡Qué maravilla!

[José García García, noviembre del 2020, (año infausto)]

Volvieron a oírse los aplausos y tras la lectura del soneto, Baltasar y yo nos acercamos hasta la tribuna para felicitarle. Eva de Dios y José María Pardo, que andaban cerca también se nos sumaron. Baltasar ensalzó el soneto de Pepe y este se lo agradeció. Después Pepe, apoyando su mano derecha en mi hombro y mirando de frente a Baltasar, dijo:

–No podemos dejar pasar esta excelente oportunidad que nos ofrece nuestro cronista al conseguir que vuesa merced aceptara ser el invitado de honor en esta cena sin hacerle la pregunta cuya respuesta, todos estamos impacientes por escuchar.

–Pregunte, pregunte –responde Baltasar espurreando sin recato parte de lo que masticaba–, que yo responderé si está en mi mano.

Eva se vuelve hacia el resto de los comensales que están a nuestras espaldas y, colocándose ambas manos abiertas a los lados de la boca a modo de altavoz, grita: «Silencio, por favor. Atended a lo que Don Baltasar nos va a decir. Atended todos, que nos va a sacar de dudas».

–Magnífico y apreciado Baltasar –dice Pepe con una levísima inclinación de la cabeza–, todos los presentes nos sabemos de memoria su famoso poema de la Cena Jocosa. En las dos primeras cuartetas de su crónica vuesa merced nos presenta a tres personajes, a Don Lope de Sosa, a Inés y a un criado portugués cuyo nombre no conoce o no viene a cuento. El caso es que nada más empezar su poema le anuncia a Inés, y de paso a nosotros, que le va a contar algún hecho extraordinario que le sucedió a Don Lope, narración que queda interrumpida por la cena. Cuando termina la cena le dice a Inés que va a retomar el cuento de la cosa más brava que haya oído y entonces nos da la segunda noticia inquietante. Que el criado portugués enfermó y que ese hecho parece tener relación con lo que le sucedió a Don Lope. Pero vuesa merced, con la excusa de que le vence el sueño... ¡nos deja en ayunas! A Inés y a todos nosotros. Hombre, eso no se hace...

–Claro, claro –interrumpo yo–. Al menos, teniendo en cuenta la relación que tenemos con ambos, sobre todo con el criado portugués que año tras año, salvo el actual, nos trae la invitación de Don Lope. Al menos, digo, cuéntenos de qué enfermó.

Baltasar, durante unos segundos, paseó su mirada por todos nosotros y, poco a poco, fue apareciendo una sonrisa en su boca que acabó en franca risotada, al cabo de la cual vuelve a fijar su mirada en mí.

–Voto a Bríos, que me sorprende vuestra simpleza e ignorancia. Os tenía por más sagaz –me grita Baltasar acercando su cabeza hasta casi contactar

con la mía—. Con tu comentario —¡es la primera vez que me tutea!— deduzco que no has leído toda mi poesía. En vuestro libro de negra portada figura un poema marcado con el número 131 que dice así: «Rvelóme ayer Luisa / un caso bien de reír; / quiéretelo, Inés, decir / porque te caigas de risa. / Has de saber que su tía... / No puedo de risa, Inés; / quiero reíllo, y después / lo diré, cuando no ría». También podéis leer ese otro que aparece marcado con el número 135 y así mismo dirigido a Inés: «Óyeme, así Dios te guarde, / que te quiero, Inés, contar / un cuento bien de gustar / que me sucedió esta tarde. / Has de saber que un francés / pasó vendiendo calderas... / Estáme atenta, no quieras / que lo cuente en balde, Inés. / Llamélo y desque me vido... / Escúchame con reposo; / que es el cuento más donoso / de cuantos habrás oído. / Díjele: «amigo, a contento, / ¿cuánto por esta caldera?...». / ¿No me escuchas?... Pues yo muera / sin olio si te lo cuento».

—Ya vemos que lo de dejarnos en ascuas lo ha empleado más veces — dice José María Pardo.

—Lo que le pasó a la tía de Luisa, el suceso con el calderero francés, la enfermedad del criado portugués o la brava historia de Don Lope, poco o nada importan. Mi intención en la «Cena Jocosa» era solamente poner en verso lo próximas que están gula y lujuria. ¿Por qué creéis que elegí la morcilla como uno de los platos principales? Desde luego no tanto por su exquisito sabor como por su forma. Lo del portugués y lo de Don Lope es un mero pretexto para introducir una escena erótico-golosa.

—Buena técnica la suya amigo Baltasar —dije yo.

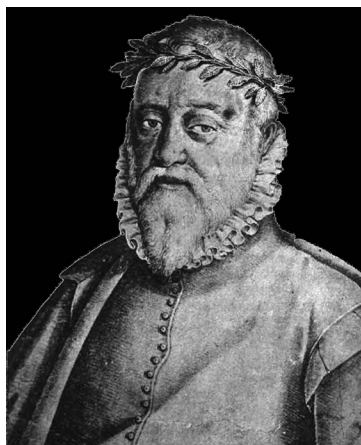
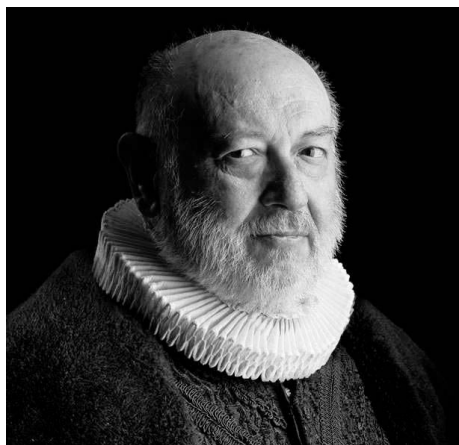
—Pues ya saben vuestas mercedes, en verdad yo no sé cuál fue el hecho memorable que le sucedió a Don Lope, que de seguro vivió más de uno, ni de qué enfermó su criado. Y ahora —Baltasar levanta su mano derecha y moviéndola en círculo señala a todos los presentes—, les reto a todos a que pongan su imaginación a funcionar y resuelvan ambos misterios y seguidamente cojan su cálamo y su tinta, tomen papel de buena calidad y dejen escrito en él sus conclusiones. Luego, si lo estiman conveniente y a nadie ofende, se lo pueden hacer llegar a este cronista de hoy para que él los componga de forma ordenada en un solo escrito y sea publicado en esos cuadernos que vuestas mercedes han dado en titular *Senda de los Huertos*, que luego, de alguna manera, tendré yo conocimiento del hecho y al punto, si me place y no tengo el seso embotado, lo leeré y daré por bueno si es que lo merece. Y ahora, déjenme terminar mi copa de licor.

Baltasar se dirigió a la mesa donde había quedado un plato con dos o tres pestiños, cogió uno y relleno su copa con anís. Durante un par de segundos reinó el silencio en el ambiente. Luego, de manera repentina, surgieron varias

conversaciones comentando sus últimas palabras. Pude apreciar como algunos de los presentes asentían con la cabeza y sonreían. Otros, llevándose su dedo índice a la sien, lo giraban en claro gesto de indicar que el asunto era de locos. Yo me quedé comentando con Eva y con Pepe García que, ya puestos y después de haber aceptado escribir la crónica de esta cena fingida y totalmente imaginada, a lo mejor aceptaba el reto que nos había lanzado Baltasar.

Ya bien entrado el día 26, cuando todos los jaeneros llevaban horas recluidos en sus casas (y más desde que teníamos toque de queda), algunos niños buenos durmiendo después de haber rezado sus oraciones (Cuatro esquinitas tiene mi cama, cuatro angelitos guardan mi alma. Jesús, José y María os doy mi corazón y el alma mía), otros, no tan niños, lamentándose de haber sufrido gatillazo y echándole la culpa al mucho morapio que esa noche han bebido y que les ha embotado los sentidos. En esos momentos, digo, nosotros empezamos a despedirnos. La señal de que la cena había concluido la dio nuestro prioste cuando se levantó de su silla y empezó a entonar el himno a Jaén que inmediatamente todos (salvo Baltasar) secundamos: «Eres harén con luz de sol en que cautivo se deshoja el corazón...». Conforme avanzaba nuestro canto me sentí acompañado y menos cohibido al comprobar que, otras tres o cuatro voces próximas a mí, desentonaban tanto o más que la mía. Le pediré a Dulce que me de unas cuantas lecciones de canto, así pongo a prueba su paciencia.

Bueno, en realidad no todos formábamos una piña de cantores desentonados. Baltasar y un Juan Eslava, misteriosamente transformado en personaje coetáneo a Del Alcázar, un tanto orondo y barbialbo como él y con la apariencia de no tener ni un pelo de tonto, se habían apartado y hablaban quedo entre ellos, mirando de reojo para ver si alguien se acercaba. Miradlos ahí. Fijaos en la mirada escrutadora y vigilante de Juan. Algo están tramando.



En un momento dado pude ver como Juan le entregaba con disimulo unos papeles doblados a Baltasar. Papeles que, una vez en mi casa y con Baltasar pedo (lo tuve que acompañar hasta la misma cama) y ya roncando después de un estruendoso pedo, pude sacar de su faltriquera y leer. Como supongo que Juan se los dio a Baltasar porque él es el único que, moviéndose en su mundo sin tiempo, puede entregárselos a Don Lope, su destinatario, después de leerlos y fotografíarlos (como en las películas del 007), se los devolví. Espero que pueda dárselos personalmente en persona (como dice Catarella, ese carabinero inocentón de la serie televisiva «El inspector Montalbano») a Don Lope porque lo que en ellos se dice es de buen provecho para todos nosotros.

Leedlos, leedlos, que con ese fin más abajo he copiado las fotos que saqué de ellos. Luego ya me diréis. Y cuando ya los hayáis leído un par de veces, pues de tan bien hilvanados que le han salido y con tanto gracejo que rezuman, seguro que no os conformaréis con leerlos solo una vez, entonces, después de leídos, pasad página y mirad que como punto final, he dado a la imprenta una nueva imagen de San Antón. La foto se la debemos a mi amigo Manolo, ese mismo amigo y compañero que he mencionado varias páginas atrás. ¡Gracias amigo!

Muy Magnífico Señor:

Mucho me holgaré de que estos papeles os encuentren gozando de tan buena salud como teníais la última vez que hubo junta de sanantoneros, yo quedo bueno de salud a Dios gracias. Entonces nos despedimos en buena paz sin sospechar las presentes calamidades en que ahora vivimos por nuestros muchos errores y pecados. ¿Quién iba a imaginar que tan presto habíamos de vernos desacompañados, mohínos y en las forzadas prisiones y clausuras en que nos hemos visto mientras la Parca se cebaba en nuestros parientes, amigos y vecinos? ¿Quién iba a pensar que con tantas boticas, remedios y cautelas como hoy se usan íbamos a sufrir la presente pestilencia del covid, que como engendro del Maligno aqueja por igual a cristianos y moros, papistas y luteranos sin respetar convento ni burdel, palacio ni ruin cabaña. De mí sé decir que en la procura de prevención contra la maligna pestilencia me han pinchado ya dos veces con la redomilla de aguja que introduce los humores salutíferos en el cuerpo y nos trae salud o lo que a Dios pluguiere, y hasta la presente no he tenido sobresalto. No obstante, por humana prevención, procuro que lo que pueda venir me coja confesado en el tribunal de la Penitencia, deudas satisfechas, recibos al cobro, bienes testados, amigos despedidos, parienta gozada y en paz con el mundo. Signo es de los tiempos, amigo don Lope, poner buena cara y llevar con paciencia las pruebas que el Cielo nos manda pasada ya la edad de la mocedad y llegada la de los achaques y los cuidados que afligen el ánimo y perturban los corazones. Tengamos pues pensamientos altos por más que la fortuna sea baja, que como predica el santo Job en el Libro Santo, en la conformidad del ánimo anidan los provechos del alma.

Bien eche de menos, cuando cupo y no hubo, la anual junta con los cofrades de san Antón que nos tomó el año pasado en domésticas prisiones. Tiempos son estos, amigo don Lope, muy aparejados para mostrar paciencia y conformidad más que enojo u ofensa, pues viniendo de Dios no hay sino acatarlo y aparejarse a andar con el rostro tapado como andan los malhechores que tienen la cabeza pregonada; tiempos serían, digo, de prolongado carnaval, si no fuera por el desasosiego con que nos vemos siempre embozados como mulos con bolsa cebadera o como canes con bozal, sin conocer vecino y recelando de muchedumbres, toses y ajenos alientos. De la presente circunstancia solo sacan provecho, a lo que se me alcanza en mis cortas luces, las damas feas que acogiéndose a la general ordenanza se han velado el rostro y tapando narices contrahechas y dientes desgobernados muestran solo unos ojos adobados con afeites del París de la Francia y hollín de chimenea con tal arte que hasta los ojos más churretosos, los parecientes a puñaladas en un tomate, pasan por los garzos que cantan en sus madrigales Cetina y otros poetas y si a eso añaden algún gentil meneo de antifonario y un parpadeo galante, arman el anzuelo y trampa para arrastrar tras ellas las voluntades y querencias del varón. Me condolería de ello, debo confesar, si no fuera porque cumplidos ya los setenta, pasada la edad de doñear, me hallo deshabitado de carnales apertencias y sin más consuelo terrenal que el de juntarme con los amigos a la llamada del criado portugués en torno a la mesa vestida de albos manteles donde gozaremos, entreverando honesta conversación, un guiso de olla carneril aparejada con morcillas humeantes y otros condumios. Ello es, mi señor don Lope, lo que nos deparará esa jornada venidera en la famosa y hospitalaria villa de Arjona donde celebraremos el reencuentro con abrazos palmeados a los viejos amigos y honestos donaires a las altas damas que a nuestra cofradía suman lustre y decoro. Dios mediante, seremos recibidos

por los notables de aquel Concejo con los parabienes y honores que la hospitalidad demanda y, tras visitar las lindezas y curiosidades de la villa, hallaremos conveniente posada en las casas de la Hermandad de los Santos Mártires donde nos aguardará una abundosa y cortesana cena de san Antón tan memorable como suele, en la que no han de faltar los vinos de excelentes añadas, ni acedos ni aguados que el botiller nos reserva para acompañar los manjares sabiamente salseados y especiados por guisanderos limpios y entendedores de su oficio a los que no han de faltar pimienta de Calicud, clavo de las Molucas, canela de Ceilán y jengibre de la India. Luego de la cena, que gastaremos en ligeras o graves conversaciones, alzados los manteles, nos despediremos hasta otro año, como la gente honrada que somos, sin hurtar pieza alguna de la mesa sino con el obsequio de ciertos libros de alguna enjundia que mi pobre ingenio ha perpetrado, los cuales si no merecieran lectura sabrán al menos calzar un mueble.

Rogando a Dios, nuestro Señor, guarde la vida de vuestra Excelencia como yo deseo, reciba los parabienes y respetos de

Juan Eslava



San Antón en el monasterio de Santa Cristina de Ribas de Sil (Orense)

Imagen tomada por Manuel Sáenz Monzón

Y para acabar quisiera contaros la cosa más extraordinaria que de Don Baltasar pueda contarse. Veréis, en su faltriquera además de los papeles para entregar a Don Lope encontré una moneda de oro. Era un doblón de a ocho, de los acuñados por los Reyes Católicos. También encontré un trozo de papel, amarillento de puro viejo, con los bordes agrietados y doblado por dos veces en el que había dibujado una especie de croquis que representaba una isla cercana a las costas de Yucatán..., pero veo que las once hace tiempo dieron; yo me duermo: quédese, amigos, esa historia para mañana.